

A close-up photograph of a white crocheted boot, possibly a sock or a small bootie, featuring a wooden heart-shaped button on the side. The boot is surrounded by autumn leaves in shades of yellow, orange, and brown. The background is dark and out of focus.

KATE DAWSON

**Vestida
de
Otoño**

Contenido

<u>Título</u>
<u>Créditos</u>
<u>Cap. 1</u>
<u>Cap. 2</u>
<u>Cap. 3</u>
<u>Cap. 4</u>
<u>Cap. 5</u>
<u>Cap. 6</u>
<u>Cap. 7</u>
<u>Cap. 8</u>
<u>Cap. 9</u>
<u>Cap. 10</u>
<u>Cap. 11</u>
<u>Cap. 12</u>
<u>Cap. 13</u>
<u>Cap. 14</u>

VESTIDA DE OTOÑO

Kate Dawson

Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra será constitutiva de delito y está bajo las sanciones que determinan las leyes.

© Kate Dawson

Portada: Kate Dawson

1ª Edición: febrero de 2018

Jamás olvidaré esa cara

El chófer de Catherine Dowse abrió la portezuela del coche y la famosa diseñadora de moda le agradeció el gesto con un movimiento de cabeza mientras hablaba por teléfono.

—No me importa el dinero que perdamos, mis diseños no se verán al lado de los de Len Fforde. Ya basta de hacer la vista gorda con esos malditos depredadores sexuales. Hay un montón de modelos que lo acusan de haber abusado de ellas y no quiero tener nada que ver con él. Redacta una nota de prensa lo más escueta posible dejando claro que este año no desfilaremos.

Atravesó las puertas del edificio y saludó al personal de seguridad. Los dos empleados la miraron con disimulo mientras esperaba el ascensor. Era una mujer alta y delgada de pelo rubio y lacio. Siempre iba extremadamente elegante y sobria y se movía con la misma clase con la que vestía. Aunque su mayor atractivo era su fuerte personalidad que hacía que tanto los hombres como las mujeres que trabajaban a su lado la respetasen y temiesen a partes iguales.

Cuando llegó a la sexta planta, donde estaba situada sus oficinas, Zelda, su asistente la recibió con un latte en la mano.

—Buenos días —dijo cambiándose por el bolso mientras caminaba junto a ella hacia el despacho—. Caryn Deverill ha llamado para decir que saldremos en el próximo especial de Vogue. Diez páginas.

—Dile que quince o nada —dijo Catherine y después bebió un sorbo de su café—. Perfecto, Zendra, como siempre.

—Gracias —la asistente sonrió y pasó la página de su cuaderno—. Soledad Staff se ha roto una pierna y no podrá desfilarse en ssherif

—¿Está bien?

—Sí, sí, no será nada, pero imposible contar con ella para el sábado. He pensado en Leona...

—No habrá desfile el sábado —dijo su jefa entrando en su despacho y yendo directamente hasta su mesa—. Acabo de hablar con Mortimer y le he dicho que no cuente con nosotros.

—¿Qué? —Zendra la miró aterrada—. ¿Por qué?

—¿No viste anoche a Galena, a Gwen y a Megan?

—¿Las acusaciones de abusos a Fforde? Pero ¡él es quién no debería desfilar, no nosotros!

—Pero son demasiado cobardes para pedirle que se haga a un lado —dijo Catherine sentándose en su silla después de haber cogido la carpeta que necesitaba—. No participaré en nada que incluya a un violador, por muy buen diseñador que sea.

—Sabes que te admiro, Catherine, pero en este mundo los principios pueden costar demasiado caro.

—Me arriesgaré —sentenció la diseñadora.

Zendra sabía que si tomaba una decisión nada la haría cambiar de opinión, así que siguió con su lista de cosas que debía decirle.

—La reunión con Tavish Ireson la tienes a las once y vendrá acompañado de Jean Brook que quiere pedirte consejo sobre algo.

—Seguro que es sobre su viaje a París —dijo Catherine sonriendo—. ¿Algo más?

—De momento eso es todo —dijo Zendra—. Ahora tú.

—Bien. —La diseñadora apoyó las manos sobre los papeles que tenía sobre la mesa y la miró—. Reserva en Lito's para la una, hoy como con Silvia, como cada mes. Después la llamas a ella y se lo confirmas. También quiero que llames a Rebecca Winter, nunca me acostumbraré a ese nombre, su madre debía ser una gran admiradora de du Maurier. Pregúntale si ya tiene los diseños de las joyas que le pedí y si no los tiene para esta tarde le dices que ya no nos interesan. Se ha retrasado dos días. Imperdonable.

Zendra lo iba apuntando todo y asentía con la cabeza. Sabía que su jefa era muy estricta, tanto como justa. Había encumbrado a muchos recién llegados al mundo de los grandes diseñadores, pero no tenía problema en cancelar un pedido en el último momento si detectaba falta de profesionalidad por la otra parte. Rebecca Winter era una jovencísima diseñadora de joyas a la que no recibían en ninguna parte hasta que Catherine Dowse la presentó en uno de sus desfiles.

—Programa una entrevista, para después de comer, con Lorenzo Castegliani. Iré yo, ya que salgo puedo pasarme por su oficina. Quiero comentarle algunas cosas sobre el anuncio de esta temporada. No me gustó cómo lo enfocó la temporada pasada y ya dije que esta vez supervisaría todo el proceso.

—Castegliani —apuntó Zendra—. ¿A las tres te irá bien?

—Tres y cuarto. Con Silvia solemos estar dos horas, ella aprovecha para

ir de compras antes de regresar a Somerville. ¿Lo tienes todo? —preguntó cogiendo el bolígrafo y colocándoselo entre los dientes.

—Sí —dijo Zendra caminando hacia la puerta.

—Perfecto, entonces pongámonos a trabajar —dijo centrando su atención en los documentos que tenía sobre la mesa.

Silvia Catlow era amiga de Catherine desde que se conocieron en la universidad. Silvia era la única de su antigua vida con la que todavía se relacionaba.

—Me encantan esos pantalones —dijo Silvia cuando se sentó frente a ella en el restaurante.

—Veo que ya has empezado sin mí. —Catherine señaló su Martini con una divertida sonrisa.

—Ay, chica, solo bebo cuando vengo a Manhattan a comer contigo —se justificó—. A Ronald no le gusta que beba porque dice que me pongo estupenda.

—Y tiene razón —dijo Catherine abriendo la carta.

—Dios los cría...

—¿Cómo está ese santo y tus niños?

—Todos bien —dijo Silvia dejando la copa en la mesa—. Te mandan cariños y quieren que vayas a verlos pronto.

El camarero se acercó a tomarles nota y Catherine pidió solo una ensalada y agua, mientras que Silvia pidió un Risotto ai Funghi y una merluza en salsa verde. Cuando volvieron a quedarse solas Silvia negaba con la cabeza con expresión recriminadora.

—De verdad, qué pena contigo —dijo.

Catherine sonrió.

—Tengo que cuidarme, ya lo sabes, vivo de la moda, no puedo engordar sin control.

—¿Sin control? Pero ¿tú te has visto? Cuando estábamos en la universidad pesabas más. ¿Qué digo? ¡Cuando tu madre te parió pesabas más que ahora!

Catherine se echó a reír. Debía reconocer que aquellos ratos con Silvia eran de los mejores del mes con diferencia. Su ajetreada vida no le permitía darse muchos caprichos, pero comer con su amiga una vez al mes era una cita

inexcusable. Pasara lo que pasara jamás cancelaba una comida con ella.

—¿Cuándo fue la última vez que te comiste un chuletón? —preguntó Silvia—. No, mejor contéstame a esto: ¿cuándo fue la última vez que te comiste un cucurucho de helado?

—Pues mira, justamente cuando estuve en tu casa —dijo Catherine sonriendo.

—¿Cuando estuviste en mi casa?

—Sí, hace dos años, en verano.

—¿Te das cuenta? Te tomaste dos días de vacaciones. ¡Dos días!

—Es cierto, vivo para mi trabajo —reconoció—. Trato de mantener vivo el legado de mi madre.

—¿La echas mucho de menos? —su amiga la miró con tristeza, sabía mejor que nadie lo unidas que habían estado y solo hacía dos meses que había fallecido.

—Muchísimo —reconoció.

Bette Dowse había sido una mujer extraordinaria. Proveniente de una familia muy humilde siempre tuvo claro lo que quería en la vida. Sus diseños deslumbraron en la Gran Manzana y consiguió llegar a niveles insospechados en su carrera. Era una mujer con una independencia casi enfermiza. Nunca quiso atarse a nadie y por eso decidió criar a su hija ella sola. Catherine no supo nunca quién era su padre hasta poco antes de que muriera, cuando le contó toda la historia. Ahora sabía que había un hombre en un pueblo de Carolina del Norte con el que compartía ADN sin que él lo supiese.

Desde que su madre murió había pensado en él muchas veces preguntándose qué rostro tendría y cómo sería. Le hubiese gustado poder verlo sin que él la viese, saber si tenía medio hermanos, si había alguien en Knightville que se pareciese a ella.

—¿En qué piensas? —preguntó Silvia con preocupación—. Se te ha puesto una cara...

—En nada —dijo sonriendo. No quería compartir su secreto ni siquiera con Silvia. Eso lo haría demasiado real.

—Ronald quiere comprar un coche nuevo. Yo quiero que espere un poco, Susi y Matt son demasiado pequeños aún y destrozarán la tapicería, pero está empeñado en...

Catherine se vio arrastrada a los problemas cotidianos de su amiga y sintió esa reconfortante sensación que la embargaba cada mes cuando tenían aquella cita ineludible. La sensación de que por unas pocas horas, el tiempo

que duraba aquella comida, era una persona normal, con preocupaciones normales. Casi podía imaginarse siendo parte de una familia como la de Silvia.

Ella nunca tuvo familia. Su madre jamás volvió a Nebraska de donde era su familia. Catherine no conoció a sus abuelos, tíos o primos, si es que los tenía. Tampoco tuvo padre, así que por esa parte el vacío era aún más intenso. Tan solo Bette y ella. Quizá por eso odiaba las Navidades, los días especiales era como si el destino pusiera un foco en su vida para que no le pasase desapercibido ni el más mínimo detalle. Mientras sus amigas de clase hablaban de celebraciones familiares, regalos o vacaciones ella pensaba en eventos de moda, flashes y gente desconocida en casa.

—Has estado muy callada hoy —dijo Silvia cuando se despedían en la puerta del restaurante. La cogió de la mano y la miró a los ojos—. ¿Estás bien? ¿Te pasa algo?

Catherine sonrió con ternura, sabía que su preocupación era sincera y la quería por eso. Por eso y por tantas cosas.

—Estoy bien, Silvia. Me he acordado de mi madre y me he puesto un poco melancólica. Me pasa mucho. Supongo que es cuestión de tiempo.

—¿Te acuerdas cómo estaba yo cuando murió mi madre? —dijo Silvia asintiendo—. Nunca la olvidarás, pero dejará de doler de esa manera.

—Lo sé.

Se dieron un abrazo y un beso.

—Dales muchos besos a esos pequeños y recuerdos a Ronald. Deja que se compre ese coche y disfrute ahora que le hace ilusión.

—Ven pronto a casa —dijo su amiga alejándose despacio—. Cógete unos días para pasarlos en Somerville. Ya sé que no es Nueva York, pero así cuando vuelvas todo te parecerá mucho mejor.

Catherine sonrió y la despidió con la mano. Después caminó hasta el coche en el que el chofer la esperaba con la puerta abierta.

—Gracias, Tom —dijo con una sonrisa.

—¿Una comida agradable? —preguntó solícito.

—Muy agradable, como siempre, Tom. ¿Y tú, has comido bien?

—Sí, gracias, señorita. He aprovechado que estábamos en esta zona para comer en casa de mi hermano —dijo Tom—. Vive ahí mismo, en ese edificio de ahí.

Señaló un bloque de ladrillo rojizo y Catherine pensó que a pesar de ser

un lugar humilde tenía su encanto. El chofer cerró la portezuela y dio la vuelta para entrar en el coche.

—La llevo a las oficinas de Castegliani —pidió confirmación una vez sentado y con el coche en marcha.

—Sí, Tom, tengo una reunión en diez minutos, así que no podemos entretenernos.

El conductor se introdujo en el tráfico con maestría y Catherine se preguntó cuánto hacía que no conducía ella misma. Su madre siempre decía que los trayectos también pueden ser aprovechables siempre y cuando no tengas que conducir. Con ella aprendió que cada segundo es oro y no puedes desperdiciarlo haciendo cosas que pueden hacer los demás. Por eso tenía una legión de sirvientes que se encargaban de hacer todo aquello que no era necesario que realizase ella misma.

—¿Cómo está Jeffrey, Tom? —preguntó al acordarse de que el pequeño de la familia Stanaway había cogido las paperas.

—Pues ya sabe cómo es, señorita Catherine, a pesar de la fiebre no para quieto. Melissa está agotada —dijo sonriéndole a través del retrovisor antes de girar para meterse por Gramercy Park—, cuando llego...

El primer disparo hizo que Tom frenase en seco y un hombre apareció delante de él agarrándose el cuello que sangraba profusamente. Catherine miró hacia el lugar de donde había aparecido y vio a un hombre elegante y bien parecido que lo apuntaba con un arma y que volvió a disparar sobre él dos veces más. Tom había salido del vehículo y le increpaba a voz en grito. De repente el que llevaba el arma la dirigió al chofer y disparó dos veces. Catherine gritó su nombre y se tumbó en el asiento segura de que iba a morir. El tipo se acercó a la ventanilla y la encañonó con una extraña y malvada expresión en su rostro. Catherine cerró los ojos y en una fracción de segundo toda su vida pasó ante sus ojos. De repente se escucharon gritos lejanos de una mujer que le daba el alto y el asesino huyó a toda velocidad de la escena del crimen.

Catherine bajó del vehículo y corrió a socorrer a Tom, pero cuando llegó junto a él se quedó paralizada. Tenía un enorme boquete en la cabeza y había pedazos de hueso esparcidos por el suelo. Rompió a llorar desesperada y se arrodilló junto a él.

—¡Tom! —lo llamó cogiéndolo de la mano—. ¡Tom, por favor!

—Señorita, ¿se encuentra bien? —la policía se inclinó a su lado y colocó una mano en el cuello de Tom—. ¿Ha visto al agresor? ¡Señorita! ¿Le ha

visto.

Catherine, que la miraba con el rostro lleno de lágrimas y una profunda desolación, asintió repetidamente.

—¿Podría reconocerlo? —insistió la policía.

—Jamás olvidaré esa cara —dijo asintiendo con firmeza.

Ya en la comisaría, con la ropa manchada de sangre y el rostro descompuesto señaló a Ignace Gilbourne, entre las fotografías que le enseñaron, como el autor del doble asesinato. El hombre que había aparecido delante del coche era Alistair Colchis, empresario y padre de familia. Aún no sabían los motivos por los que lo había matado, pero Gilbourne era un viejo conocido de la policía de Manhattan. Extorsión, tráfico de personas y asesinato eran algunas de las acusaciones que pesaban sobre él, pero nunca habían podido pillarle porque jamás dejaba testigos de sus crímenes. La vez que estuvieron más cerca de cogerlo, el único testigo murió un día antes del juicio. Le cortaron la carótida después de deshacerse de los dos policías que lo custodiaban en un piso franco.

—¿Me está diciendo que ese hombre va a matarme? —preguntó Catherine a la policía que la había llevado a declarar.

—Le estoy diciendo que estamos hablando de un hombre sumamente peligroso. Pertenece a una organización criminal muy activa y es un miembro destacado dentro de esa banda. Tienen ojos y oídos por todo Nueva York, no solo en Manhattan y harán todo lo posible porque usted no testifique —dijo la policía con sinceridad.

—¿Y si no lo hago? —preguntó Catherine muy asustada—. ¿Y digo que no vi nada?

Se sintió fatal al oírse decir aquello. Aquel hombre había matado a Tom.

—¡Dios —gimió—, la mujer de Tom!

—No se preocupe por eso, vayamos paso a paso.

Catherine la miró a los ojos. Los suyos le ardían por haber llorado tanto.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

—Dolores —dijo la policía.

—Dolores, no me hable como si yo no le importara en absoluto. Piense en mí como si fuese su hermana, su mejor amiga. Y ahora dígame qué debo hacer para seguir con vida.

La policía se recostó en el asiento y miró hacia el cristal que Catherine

tenía detrás. La diseñadora volvió la cabeza y supo que allí detrás había otros agentes observándolas.

—Si no declara la matarán igual. —Dolores decidió ser sincera—. Esos tipos no dejan cabos sueltos, si no la mató en ese momento fue porque de haberlo hecho yo habría tenido una excusa para dispararle. Yo no lo vi matar a nadie, desde donde yo estaba ni siquiera veía los cadáveres que había en el suelo. Tan solo vi a un tipo apuntando con un arma a alguien que estaba dentro de un coche. Debe entender que si él la hubiese matado, estaría muerto.

—Lo que quiere decir es que si sigue vivo es por mi culpa...

—No, por supuesto que no. Usted no tiene la culpa de nada, como tampoco la tenía su chofer. ¿Tom? —Catherine asintió y los ojos volvieron a llenarse de lágrimas a pesar de que pensaba que ya no le quedaban más—. Pero de una situación así no se sale diciendo que no vamos a decir nada. Él no se arriesgará.

—Pero a la última persona que intentó testificar contra él, la mataron y ustedes no pudieron protegerla.

—Señorita Dowse, haremos todo lo que podamos por...

La puerta de la sala se abrió y entró un hombre de unos cuarenta años, con barba y pelo negro.

—Señorita Dowse —dijo tendiéndole la mano—, mi nombre es Mitch Hunton y soy agente de protección de testigos.

Quería pedirte un favor, si no es molestia

—¿Me está diciendo que debo renunciar a todo? —Catherine miraba a Mitch Hunter como si se hubiese vuelto loco—. ¿Quieren que para que puedan detener a un asesino renuncie a mi vida entera?

—Solo hasta que declare en el juicio —aclaró el policía.

—¿Y eso cuándo será?

—No puedo darle una fecha exacta...

—Gilbourne intentará retrasarlo todo lo que pueda —dijo Dolores.

—Señorita Guzmán —dijo el policía de protección de testigos—, será mejor que me deje a solas con la señorita Dowse.

Dolores salió de la sala con el disgusto de Catherine que tenía la impresión de que era la única, de todos los interesados en que ella testificara, en quien podía confiar.

—No voy a renunciar a mi vida sin ninguna garantía —sentenció—. Tengo una empresa, el legado de mi madre...

—No sé si es usted consciente de dónde se ha metido señorita Dowse. ¿Puedo llamarla Catherine? —Ella asintió—. Catherine hablamos de un peligroso asesino que no dudará en llevarse por delante a cualquiera con tal de acabar con usted. ¿Tiene familia? ¿Con quién vive?

—No tengo a nadie —dijo ella negando con la cabeza—. Vivo en una casa en la calle sesenta y nueve, entre Madison y la quinta.

—¿Tiene servicio, Catherine? —Ella asintió—. Bien, pues le voy a contar lo que ocurrirá. Un día llegará a su casa y encontrará a todos los miembros del servicio tumbados sobre su propia sangre. ¿Recuerda lo que le ha pasado a su chofer? Pues lo mismo. El asesino la esperará tranquilamente sentado, sabiendo que no hay nada que usted pueda hacer para evitar que le rebane el cuello. La matará, se realizará el juicio y no habrá ningún testigo que pueda afirmar que Gilbourne fue el que apretó el gatillo y mató a esas dos personas que usted ha visto morir.

Catherine temblaba como una hoja.

—Desde el momento en que ha visto lo que ha visto todas las personas que comparten algún ámbito con usted, están en peligro de muerte. Sus compañeros de trabajo, amigos, el panadero al que le compra el pan, sus

vecinos y, por supuesto, sus empleados, todos ellos tienen una diana en la frente hasta que usted declare en el juicio.

La diseñadora se tapó la cara con las manos tratando de borrar la imagen que se había formado en su cerebro con todas aquellas personas muertas. El cuerpo de Tom tirado en medio de la calzada sería una imagen imborrable el resto de su vida.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó derrotada.

—Nosotros podemos protegerla. Le daremos una nueva identidad y la llevaremos a un lugar seguro. Una nueva vida que durará el tiempo que tengamos que esperar para el juicio —explicó Hunton—. Es cierto lo que ha dicho Dolores, Gilbourne hará todo lo que esté en su mano para dilatarlo en el tiempo. No sabemos si tardará un mes o un año, pero si la mantenemos con vida el juicio se celebrará y ese asesino acabará sus días en la cárcel.

Catherine frunció el ceño y se quedó pensativa durante unos segundos.

—¿Cómo supo dónde se escondía el anterior testigo? —preguntó.

Hunton no pudo disimular su incomodidad.

—¿Cree que hay alguien corrupto en su organización? —preguntó la diseñadora.

Mitch Hunton negó con la cabeza.

—Creemos que encontraron el modo de entrar en el sistema —confesó.

—¿Y qué garantías tengo de que no vuelva a ocurrir?

—Ya le he explicado la otra...

—No estoy diciendo que no vaya a hacerlo, lo que digo es que lo haremos a mi manera —dijo mientras el plan se entramaba en su cabeza—. Ustedes me proporcionarán una identidad nueva, sí, y quiero línea directa con usted.

Mitch la miró con curiosidad. Se había encontrado con muchas personas en esa situación, pero nunca ninguna había decidido tomar las riendas como ella. Se notaba que estaba acostumbrada a dirigir.

—Yo decidiré el lugar en el que me esconderé. Nadie sabe que tengo un vínculo con ese lugar, de hecho yo no lo supe hasta hace unos pocos meses. —Se puso de pie y asintió mirando al cristal—. ¿Hay alguien ahí? —le preguntó al agente.

—No —negó—. Estamos solos.

Ella entrecerró los ojos.

—Bien —asintió—. Necesitaré algunas cosas de mi casa y llamar a varias personas para que sepan cómo actuar.

—Pero no puede decirle a...

—Tranquilo, nadie sabrá lo que voy a hacer.

—Si se lo cuenta a alguien lo estará condenando a muerte —dijo él.

Ella asintió con la maquinaria funcionando a tope.

—Supongo que no podré tocar mis cuentas bancarias —dijo ella.

—No, nada de sacar dinero desde un cajero ni mirar nada que tenga que ver con usted en Internet. De hecho yo le recomiendo que no utilice Internet en absoluto.

Catherine asintió.

—Compraré un móvil prepago cuando llegue al lugar al que iré y buscaré un trabajo para integrarme lo máximo posible —dijo juntando las manos—. Allí donde voy dudo que nadie haya oído hablar de mí, así que por ese lado tampoco habrá peligro.

—Yo iré a su casa a buscar lo que necesite —dijo el agente poniéndose de pie—. Ya deben de estar vigilándola y si la ven entrar torturarán al servicio hasta estar seguros de que no saben nada. En cambio si me ven a mí sabrán que ha entrado en protección de testigos y sus seres cercanos dejarán de estar en peligro.

—Pero tengo que hacer algunas llamadas con instrucciones —dijo ella.

El agente negó con la cabeza.

—¿Con quién necesita hablar? —preguntó.

—Con Zendra, mi secretaria. Con el director de mi banco. Y con Silvia, mi mejor amiga —enumeró.

—Bien, esas personas sabrán que usted ha entrado en protección de testigos y que durante una temporada no tendrán noticias suyas. Lo haremos de manera oficial como se hace en estos casos. Pero de ningún modo puede entrar en contacto con nadie de su círculo de relaciones.

—Pero la empresa...

—Ya le he dicho cómo funciona esto, señorita Dowse —la cortó el agente, malhumorado por su insistencia—. Deberá confiar en sus empleados y si ha sido una buena jefa ellos procurarán que las cosas funcionen para cuando usted vuelva.

Catherine pensó en Zendra. Estaba segura de que su asistente la apreciaba de verdad y se esforzaría en que todo siguiese adelante como si ella estuviese allí.

—Ahora hágame una lista con las cosas que quiere que le traiga y si tiene algo de dinero en casa...

—Sí —afirmó ella—. Tengo una caja fuerte, le daré el número.

—Ahora es usted Larissa Hogan. —La agente de protección de testigos le dio los documentos de identidad, un carnet de conducir y un móvil de prepago lleno de fotografías de desconocidos—. Esos son sus amigos y familiares. Aproveche el viaje en autobús para ponerles nombre e inventarse una historia creíble. Tiene dinero suficiente para los primeros días. En caso de que las cosas no salgan como espera, allí donde va, envíe un mensaje al número de teléfono que le he memorizado.

—¿Es el de Mitch Hunton? —preguntó.

—No. Mitch se quemó al ir a su casa y a su trabajo, mejor que olvide su número. Los hombres de Gilbourne lo han visto bien y está fuera de este caso. Yo la acompañaré en tren hasta el siguiente punto en el que la estará esperando otro agente que la acompañará otro tramo y así hasta llegar a Virginia. Allí, el último agente la dejará sola tal y como usted decidió. —La mujer la miraba con las manos en la cintura y expresión crítica—. ¿No quiere replanteárselo? Nosotros podríamos ayudarla...

—¿Como ayudaron al último? —dijo ella con cinismo—. No, gracias, ya me espabilo yo sola.

—Bien, pues pongámonos en camino —dijo la agente acercándose a la puerta y mirando hacia fuera antes de hacerla salir.

—No me ha dicho cómo se llama —preguntó Catherine con la mano en el pomo.

—Velda Falk —dijo la agente sin dejar de otear el exterior.

—Encantada, Velda —dijo Catherine y abrió la puerta con decisión.

Ignace Gilbourne estaba colgado de la barra en la que hacía dominadas todos los días. Levantaba el peso de su cuerpo más la pesa de veinte kilos que sujetaba entre las piernas. Terminó la quinta serie, le hizo un gesto a Jerry para que cogiera la pesa y se dejó caer. Ignace cogió la toalla del banco y se la puso en el cuello secándose el sudor de la cara.

—¿Habéis averiguado algo? —preguntó acercándose a la jarra de agua y llenando un vaso.

—Nada —dijo Jerry a su lado—, los de protección de testigos la han hecho desaparecer.

—Traedme a Bruno —ordenó su jefe.

Jerry no se hizo de rogar, salió de la habitación y volvió con un joven de unos veinte años y pelo rizado con aspecto de hispano. El muchacho parecía asustado, estaba claro que sabía quién era Ignace.

—¡Hola, Bruno! Qué bueno que viniste —dijo en un rudimentario español.

—Hola, Ignace —dijo él con expresión atribulada.

—Ven, ven hombre, no voy comerte —dijo riendo el otro—, siéntate aquí a mi lado. Jerry tráenos algo de picar, anda.

Bruno se sentó donde le indicaban, con el corazón latiendo desbocado en su pecho.

—¿Qué tal la familia, Bruno? Hace tiempo que no veo a tu madre, me han dicho que está enferma —dijo poniéndole una mano en el hombro—. Pobrecita, espero que se recupere pronto y ya sabes que si necesitáis algo, tu hermana Dolores o tú, no tenéis más que decírmelo.

—Gra-gracias —respondió Bruno sin levantar la mirada de sus zapatos.

Jerry volvió con cervezas y una bolsa de patatas y lo dejó todo sobre la mesa antes de dejarse caer en el otro sofá.

—Bruno, yo quería pedirte un favor, si no es molestia, claro. —Miraba al chaval con expresión amistosa, pero todo el mundo en el barrio sabía quién era Gilbourne, así que el crío no bajaba la guardia—. ¿Tienes móvil? ¡Claro que tienes móvil! Todos los chavales lo tienen. Cuando yo tenía tu edad no tenía, no pienses que siempre ha sido así.

Bruno sacó su móvil del bolsillo con manos temblorosas e Ignace sonrió.

—Muy bien, chaval, veo que nos entendemos. Bien, vas a llamar a Dolores y le vas a decir que estás conmigo pasando un buen rato —dijo sonriendo al tiempo que le señalaba el teléfono—. Dile que no se preocupe si ve que no vas a comer, que Ignace Gilbourne te ha invitado.

El chaval hizo lo que el matón le decía y llamó a su hermana.

—Dolores...

—¿Qué pasa, niño? —La policía respondió en español—. ¿Va todo bien? ¿Pasa algo con mamá?

—No, no pasa nada con mamá —dijo él—. Eee-estoy con Ignace Gilbourne...

Dolores soltó el bolígrafo con el que escribía y cambió de postura.

—¿Qué pasa, Bruno?

—Voy a quedarme a comer con él —dijo nervioso—. Me ha dicho que te avise para que no te preocupes.

—Pásame el teléfono, hijo —dijo Ignace sonriendo—, está claro que si no hablo yo con ella se va a preocupar. Hola Dolores, ¿cómo te va?

—Ignace, deja en paz a mi hermano —dijo la policía entre dientes bajando la voz para que nadie la escuchara.

—Estamos tomándonos unas birras, ¿qué pasa contigo?

—Sé lo que estás haciendo —dijo ella en el mismo tono bajo—. No sé nada de lo que te interesa.

—Yo no te he preguntado, ¿verdad? Tan solo estoy relacionándome con tu hermanito. Es bueno conocer a tus vecinos, nunca sabes cuándo puedes necesitar algo.

—Te repito que no sé dónde está. Ignace, por favor, deja a Bruno.

—Aún no te había agradecido que no me dispararas —dijo Gilbourne recostándose en el sofá—. Fue un gesto muy honroso por tu parte.

Dolores resopló por la nariz y sintió asco de ella misma. Honroso no es la palabra que ella habría escogido para definir lo que hizo.

—Entonces reconoce que me debes una y deja a mi hermano tranquilo.

—Pero si tu hermano está perfectamente, no sé de qué te preocupas. Mira, Dolores, Bruno se quedará a comer conmigo y luego volverá a casa con vuestra mamá. Ahora mismo está Lucy con ella por si le hace falta algo, así que no tienes nada de qué preocuparte...

Dolores cogió la chaqueta que estaba colgada en su silla y se puso de pie dispuesta a salir.

—Si les haces daño te juro...

—Ay, Dolores, Dolores. Mira que con el tiempo que hace que nos conocemos y aún me hablas así. Lo único que pretendo es ayudarte, liberarte un poco de tu carga familiar para que puedas dedicarte en cuerpo y alma a tu trabajo. ¿Qué hay de malo en que un amigo ayude a otro? ¡Nada! Como tú has dicho, te debo una. Simplemente te la estoy pagando.

Dolores salió de la oficina sin apartarse el auricular de la oreja. Sabía que Ignace estaría enfadado con ella. Pero ¿qué quería que hiciera? ¿Que pasara de largo cuando vio que apuntaba a alguien dentro del coche?

—Mi compañero te habría disparado —dijo entre dientes.

—Es posible —dijo él cambiando su tono amigable por otro mucho más frío—. También es posible que aquella mujer hubiese muerto y tu compañero también. Pero apareciste tú.

—Te dejé escapar —dijo ella—. No lo olvides.

Dolores echó a correr hacia su casa con el corazón latiéndole desbocado.

Sentía una opresión insoportable en el pecho por tratar de contener las lágrimas. Si le había hecho algo a su madre...

—¡Mamá! ¡Mamá!

—¡Estoy aquí, hija! —respondió la mujer desde su habitación.

Al entrar Dolores se encontró con Lucy que estaba dándole un plato de sopa. Su hija le quitó el plato de las manos y lo dejó sobre la mesilla.

—Ya sigo yo, Lucy, puedes irte —dijo jadeando.

—Ignace me ha mandado...

—He dicho que puedes irte —ordenó la policía con malos modos.

Cuando se quedaron solas cogió la sopa y la llevó a la cocina. Antes de tirarla al fregadero la olió y le pareció que olía raro.

—¿Cuánto has comido, mamá? —preguntó al regresar al cuarto.

—Nada, dos cucharaditas —dijo su madre preocupada—. ¿Qué pasa, hija?

—Nada mamá, me quedaré contigo hasta que vuelva Bruno.

—¿Dónde está tu hermano? Ya debería haber vuelto de clase.

—Hoy vendrá más tarde. Voy a prepararte algo de comer.

La policía se quitó la chaqueta y salió de la habitación. En el salón se dobló apoyándose en las rodillas. Sabía lo que iba a pasar, Ignace acabaría matando a su madre o a su hermano.

—Debería haberlo dejado estar —susurró en voz alta—. ¡Maldita sea!

—¿Has dicho algo, Dolores? —su madre gritó desde la cama.

—No, mamá, no he dicho nada.

Apretó los dientes y se metió en la cocina para prepararle algo de comer que no contuviese veneno.

Catherine sintió un flechazo irresistible cuando estuvo frente a la casa de Zachary Scholefield. La serenidad que experimentó al detenerse a una distancia tal que le permitiese verla en su conjunto, le dijo que aquel lugar tenía algo especial. De ángulos elegantes y rincones acertados, lo que más llamaba la atención eran sus ventanas amplias y curvadas que guardaban una simetría perfecta. El hermoso revestimiento y el presuntuoso intento de ornamentar la fachada provocó en Catherine una tierna sonrisa. Estaba claro que era un diseño de otra época y, aunque sorprendía lo bien cuidada que estaba, era evidente que se trataba de una casa colonial.

Siguió acercándose hasta pisar la propiedad y se detuvo frente a los escalones de la entrada. Al mirar a su alrededor comprendió que el hombre que vivía allí no se había esmerado en tener un jardín cuidado. Las plantas salvajes crecían con casi total libertad, a excepción de la porción de tierra que rodeaba la casa y que alguien se preocupaba de mantener despejada.

Se acercó a la puerta y tocó con los nudillos primero, pero, al ver que nadie acudía a su llamada, optó por hacer uso de la aldaba y golpeó dos veces contra el tas anclado en la madera.

—No hay nadie. —La voz sonó a su espalda—. Zachary ha ido a pescar, como todos los martes.

Catherine se volvió despacio con evidente prevención. El desconocido llevaba unos pantalones vaqueros, una camisa a cuadros y las típicas botas camperas. A sus rasgos esculpidos: nariz afilada y rotundo mentón, se añadía un abundante pelo negro azabache que creaba la impresión de estar ante un tipo duro. Pero al mirar con más atención, sus rasgos eran suavemente armónicos y la expresión de sus ojos azules era casi tierna, lo que le dio a entender a Catherine que tras aquella fachada de hombre duro había mucho de artificio.

La diseñadora estaba acostumbrada a analizar a todo el mundo y ese sexto sentido que tenía para captar lo que no se ve a simple vista le había ayudado mucho a la hora de tomar decisiones complicadas.

—Soy Ca Larissa Hogan —dijo acercándose con la mano tendida.

—Hola, Calarissa, yo soy Brett Wenham, el vecino de Zachary.

—Larissa —dijo ella—. Calarissa, no. Larissa.

—Has dicho...

—Ya, ya sé lo que he dicho —sonrió—, pero es Larissa.

Brett la miró con curiosidad y se mordió el labio en un gesto aprendido. Estaba claro que muchas mujeres debían mirar esa boca deseando probarla. Catherine tuvo que reconocer que su presencia era impactante: hombros anchos, caderas estrechas y cuerpo atlético, pero con los músculos muy marcados. Seguro que estaba acostumbrado a encandilar a todas las féminas que se acercaran atraídas por la luz que desprendía.

No te ofendas, pensó para sí, no estoy en un buen momento.

—¿Sabes cuánto tardará en volver? —preguntó.

Brett miró el sol entrecerrando los ojos.

—Una hora, más o menos —dijo.

—Vale —asintió Catherine—, le esperaré.

Caminó hasta los escalones de la entrada y se sentó. Brett se quedó mirándola con las manos en la cintura y la cadera ligeramente ladeada.

—Vivo ahí —dijo señalando otra casa que se adivinaba entre los árboles a unos cuantos metros—. ¿Te apetece un té o un café?

Catherine lo miró con cierta admiración.

—Estas casas son preciosas —dijo—. Parecen antiguas.

—Lo son —respondió Brett—. La de Zachary tiene ciento veinte años. La mía es un poco más reciente, de 1912.

Catherine se puso de pie y sacudió sus pantalones con gesto mecánico.

—Un té estará bien —dijo.

Brett sacó el móvil del bolsillo y escribió un mensaje.

—Le digo a Zachary que tiene una visita esperando en mi casa. Donde está no hay cobertura, pero lo verá cuando baje del coche. Siempre mira el móvil antes de entrar en casa y después lo mete en un cajón y no vuelve a mirarlo hasta que vuelve a salir.

Parece que se te ha dado regular

—Yo restauré la casa de Zachary. Fue mi primer trabajo y él mi primer capataz—explicaba Brett, mientras tomaban un té sentados en su amplia cocina.

—¿Eres... restaurador de casas? —preguntó sin saber muy bien si eso existía.

Brett sonrió abiertamente, mientras se preguntaba de qué gran ciudad venía aquella extraña visitante.

—Sí —afirmó—, soy restaurador. No conoces a muchos, me da la impresión.

Catherine se encogió de hombros y bebió de su taza para no responder.

—¿De dónde vienes? —preguntó él con curiosidad.

—De... Somerville —dijo recordando el pueblo de Silvia.

—¿Massachussets?

—Nueva Jersey.

—¿Y de qué conoces a Zachary? —preguntó Brett sin abandonar su curiosidad—. Por lo que yo sé ese viejo cascarrabias no ha salido nunca de Knightville.

—No lo conozco, aún —dijo ella bajando la mirada.

No es que Brett Wenham fuese un hombre curioso, de hecho no lo era en absoluto, pero aquella recién llegada estaba exacerbando una parte de su cerebro que jamás había utilizado con nadie.

—Vaya —dijo—. ¿Y piensas quedarte por aquí algún tiempo?

Catherine asintió.

—Si Zachary está de acuerdo. —Se llevó la taza a los labios y sopló suavemente para enfriar la capa superior antes de beber.

Se puso de pie y miró a su alrededor. Aquella cocina era una maravilla. No es que fuese una gran admiradora de esa parte de la casa. Jamás había cocinado nada, ni sabría hacerlo si lo intentase, pero esa en concreto le recordaba a las que salían en las películas antiguas, aquellas en blanco y negro que solía ver de niña con su madre. Suspiró con nostalgia.

—¿No te gusta? —preguntó él acercándose.

El penetrante aroma de su colonia llegó a ella como un saludo y Catherine

lo aspiró casi con deleite. No tenía ni idea de qué era, jamás lo había olido, pero resultaba tremendamente sensual y agradable. Apartó la mirada con timidez y caminó por la cocina como si estuviese analizándola.

—Me gusta muchísimo —dijo después de unos segundos.

—Bien. Ya estaba pensando cómo librarme de tu cadáver —dijo él sonriendo.

Catherine lo miró con expresión aterrada y sus manos se crisparon sobre la taza.

—Es una broma —dijo él sin saber si echarse a reír o ponerse serio.

—No me gustan esa clase de bromas —dijo ella muy seria y, dejando la taza sobre la mesa cogió la mochila que había dejado sobre una silla y se dirigió a la puerta.

—Perdona, chica —dijo él cortándole el paso—, no quería molestarte. No te vayas. ¿Vas a esperar a Zachary sentada en los escalones de su casa? Tómate el té, no volveré a hacer ninguna broma, lo prometo.

Catherine dudó un momento, pero finalmente soltó la mochila y volvió a coger la taza. Se sentaron en aquellas preciosas sillas de madera, con respaldo de barras y un mullido cojín en el asiento.

—¿Y a qué te dedicas? —preguntó Brett tratando de entablar conversación.

—Tenía una tienda... de ropa —mintió. Había buscado una profesión que se asemejase a lo que hacía de manera que pudiese defender la mentira.

—¿Tenías?

Catherine asintió justo antes de beber otro sorbo de té.

—Los negocios son difíciles de mantener —dijo él—. La crisis ha afectado a mucha gente. Yo trabajé hasta hace dos años en Buterfield & Tools, llevaba la sucursal de Washington.

—Es una empresa muy importante —dijo ella admirada.

—¿La conoces? —se sorprendió.

—Bueno, leo el periódico de vez en cuando —dijo sonriendo.

Brett también sonrió.

—¿Y por qué lo dejaste? —preguntó ella.

—Me di cuenta de que no era lo que quería —dijo con sencillez—. Lo siento, no tengo ninguna gran historia ni drama personal. Simplemente me di cuenta de que no quería pasarme el resto de mi vida ganando dinero, no era esa una meta que me motivase. Lo cierto es que no tenía ninguna meta, me limitaba a hacer todos los días mi trabajo lo mejor que podía y la verdad es

que era bueno. Pero mi vocación es la madera, me gusta trabajarla, tratarla, dominarla. Me apasiona.

No hacía falta que lo dijese, Catherine reconoció la pasión en sus ojos mientras hablaba y casi pudo sentirla en su propio pecho.

—Y decidiste volver a este pueblo por...

Brett sonrió.

—¿Sabías que Knightville es el pueblo con mayor número de casas de más de cien años? —preguntó, divertido.

—¿En serio? ¿Knightville? —¿Cómo era posible que jamás hubiese oído hablar de ese pueblo de Carolina del Norte?

—Además, aquí estaba el hombre que me había inculcado esa vocación: Zach. Así que volví y me uní a su empresa de restauración. Desde hace un par de años la llevo yo y él vive de renta, como los potentados. Tengo a cuatro muchachos trabajando conmigo. Cuando una barandilla se daña o un suelo cruje, o una columna sufre alguna clase de contratiempo nos llaman a nosotros. Ahora no gano tanto dinero como antes, pero hago lo que realmente me gusta.

Catherine sentía una enorme paz escuchándolo hablar, a pesar de que sus ojos azules la turbaban de un modo extraño y no podía dejar de pensar cómo sería coger una de aquellas fuertes manos.

—¿Y tú? Háblame de tu trabajo —pidió él.

—¿Yo? —Catherine pensó en su guion—. Pues tenía una tienda pequeñita de ropa de mujer. No era nada del otro mundo, pero me daba para vivir.

Estaba claro que él esperaba algo más, pero Catherine no podía dárselo. No podía hablarle de lo que a ella le apasionaba. No podía contarle lo mucho que había trabajado para estar a la altura de las expectativas de su madre. No podía decirle las noches sin dormir que había acumulado para acabar un diseño y que estuviese listo para una presentación de escala mundial. No podía confesarle el precio astronómico que se pagaba por una de sus colecciones.

—Ya ha pasado una hora —dijo después de mirar el reloj un poco impaciente.

—Es cierto —dijo Brett después de comprobarlo—. Vayamos hacia allí, si quieres, le esperaremos juntos y luego os dejaré solos.

Catherine hizo ademán de coger su mochila, pero Brett se le adelantó y se la colgó a la espalda. Salieron de la casa por la puerta de la cocina y

atravesaron el jardín. Algunas flores de las que Catherine desconocía el nombre bordeaban el sendero. Pensó en preguntar, pero se despidió al ver la pinocha en la base de los árboles como si fuese el borde insolente de su vestido.

—¿Cómo sabes cuál es tu terreno? No he visto vallas de ninguna clase —dijo ella con curiosidad.

—En este caso no tiene importancia, en esta zona solo estamos Zachary y yo y a ninguno de los dos nos importa dónde empieza y dónde acaban nuestras tierras —explicó con sinceridad.

—¿Os conocéis desde hace mucho? —preguntó ella.

Brett sonrió abiertamente.

—Desde que nací —dijo—. Zachary y mi padre eran muy amigos. Él cuidó de mí cuando me quedé huérfano con doce años y te aseguro que yo no era un crío fácil.

Catherine sintió una punzada de envidia atravesándole el costado, pero no dijo nada y siguió con la mirada puesta en el suelo.

—Él tampoco es que tuviese mucha práctica, claro, nunca tuvo hijos. Ni siquiera ha estado casado —siguió contando Brett—. Pero, bueno, tú ya debes de saber todo eso.

La miró esperando una respuesta, pero Catherine no dijo nada y él pensó que se había cansado de su charla así que no dijo nada más. Cuando llegaban frente a la casa la camioneta de Zachary apareció por el camino.

—Ahí está —dijo Brett saludándolo con la mano al tiempo que se acercaba para ayudarlo a sacar los bártulos de pesca—. Parece que se te ha dado regular.

—¿Regular? —dijo Zachary—. Qué gracioso eres.

Catherine lo miró como debe mirarse algo que has anhelado durante años sin atreverte siquiera a mencionarlo.

—¿Quién es tu amiga? —preguntó Zachary bajando la voz para que solo Brett lo escuchara.

—No es mi amiga —dijo con una sonrisa—, ha venido a verte a ti.

Zachary volvió a mirarla ahora con mayor interés y con la caja de pesca en una mano y la caña en la otra se acercó a Catherine y se detuvo frente a ella con escrutadora mirada. Aquellos ojos ambarinos, la nariz fina y ligeramente respingona y su piel aterciopelada lo estremecieron. Fue como ver a un fantasma, alguien a quien recuerdas a diario, pero al que no has visto desde hace incontables años.

—Me llamo... —miró un instante hacia Brett—. Larissa Hogan y me gustaría hablar con usted. En privado.

—Larissa Hogan... —Zachary la miraba con los ojos entrecerrados.

Brett se acercó a ellos con el cubo de pescado.

—Esto es tuyo —dijo entregándole su mochila—. Y también te dejo los peces a ti. Yo me voy. Encantado de conocerte, Calarissa. Hasta luego Zach.

Después de que Catherine le cogió el cubo Brett se alejó con una sonrisa.

—Será mejor que entremos —dijo el viejo subiendo los escalones de la entrada.

Catherine lo acompañó al interior y observó con disimulo cada detalle de la casa. La entrada era amplia y estaba decorada con austeridad: todas las cosas tenían una razón de ser y no había nada superfluo. Había un perchero para los abrigos con una repisa para dejar el sombrero. Un paragüero, aunque no parecía que allí lloviese muy a menudo y un pequeño mueble sobre el que había una bandeja en la que Zachary dejó las llaves de la camioneta. Dejó la caña de pesca apoyada en la pared y la caja de herramientas al lado, después se volvió hacia Catherine y le cogió el cubo de pescado y le hizo un gesto para que lo siguiera.

—Tengo que poner esto en la cocina —dijo.

Ella lo siguió sin saber qué hacer o qué decir. Había pensado mucho en ese momento, pero en su cabeza todo había sucedido de manera muy distinta.

—Siéntate —ordenó Zach sin mucha delicadeza—. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias. Brett me ha hecho un té —explicó ella.

—Bien —dijo mirándola cuando hubo metido el pescado en la nevera—. ¿A qué debo tu visita?

Catherine se sorprendió de que la tuteara sin conocerla, pero no dijo nada.

—No sé cómo empezar —se sinceró—. Había pensado mucho en este momento, pero ahora que estoy aquí no sé cómo decir lo que he venido a decir.

Zachary se acercó y se apoyó en el respaldo de una de las sillas de madera que rodeaban la mesa de la cocina. La miraba con una intensidad casi dolorosa, como si algo se le estuviese retorciendo por dentro.

—Eres igual que ella —dijo al fin.

Catherine sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. No podía creer

que estuviese frente a su padre y que él la reconociese. Era un hombre duro, se veía por las líneas que la vida había marcado en su rostro. Sus ojos miraban acerados y sus labios, aun gruesos a pesar de la edad, se mantenían fríos en una mueca distante.

—Mi madre me dijo que si alguna vez necesitaba ayuda viniese a verte —dijo limpiándose una lágrima con disimulo.

Zach frunció el ceño y apartó la silla para sentarse.

—¿Cómo está? —preguntó con temor sabiendo de antemano la respuesta.

—Murió hace poco más de dos meses —dijo ella con delicadeza.

Zach asintió despacio y durante unos segundos ninguno dijo nada.

—Tres días antes de morir me habló de ti —empezó a contar—. Me dijo quién eras y dónde vivías. Me explicó cómo te conoció y lo importante que fuiste para ella...

Zach torció una sonrisa amarga.

—¿Importante? ¿Te dijo que yo fui importante para ella?

Catherine asintió.

—Me dijo que fuiste el amor de su vida —aseguró.

El viejo movió la cabeza sin dar crédito.

—Entonces a lo mejor te contó también por qué me dejó, porque a mí nunca me lo explicó. Simplemente hizo la maleta y se fue —dijo dolido—. De nada sirvieron mis súplicas. No hubo ninguna palabra que la hiciese dudar siquiera. ¿Te contó que corrí detrás de su coche llorando como un crío?

Catherine sintió que las lágrimas volvían, pero esta vez no trató de contenerlas. Asintió.

—Sí, me lo explicó todo. También que fuiste a verla a Nueva York.

El viejo asintió resoplando por la nariz como si se avergonzase de sí mismo.

—¿Y qué tiene todo esto que ver contigo? —preguntó mirándola fijamente.

—Eres mi padre.

No pretendía soltarle aquella bomba, pero no encontró otro modo de hacerlo. No tenía sentido darle vueltas, al final iba a tener que decirlo.

El viejo Zach la miraba como si estuviese loca.

—¿Que yo soy tu padre?

Catherine asintió.

—En realidad no me llamo Larissa Hogan, sino Catherine Dowse —explicó—, y Estoy en peligro. Tuve la mala suerte de presenciar un doble

asesinato y vi al hombre que disparó. La única manera de que lo atrapen es que yo declare en el juicio y él va a intentar de todas las formas posibles acabar conmigo.

Zachary no movió ni un músculo. De pronto se puso de pie y fue hasta un armario del que sacó dos vasitos. Después cogió una botella de otro armario y lo llevó todo a la mesa.

—Creo que necesitaremos un trago —dijo llenando los vasos y empujando uno hacia Catherine. Se sentó de nuevo y miró a la joven con otros ojos—. ¿Estás en protección de testigos?

—Algo así —asintió—. Ellos me han conseguido una identidad, pero yo he sido la que ha escogido a donde ir. Nadie sabe que estoy aquí.

—¿Nadie? ¿Ni la policía? —preguntó.

Catherine negó con la cabeza.

—Tengo un teléfono prepago con número oculto para ponerme en contacto con un agente. Yo tengo su número, pero él no tiene el mío. Debo ponerme en contacto con él una vez por semana y me mantendrá informada de todo lo que necesito saber.

—¿No habría sido más inteligente que hubieses aceptado la protección que ellos te brindaban? —preguntó después de apurar su bebida de un solo trago.

—Mi madre renunció a todo por conseguir su sueño y yo no voy a renunciar a ello por un maldito cabrón asesino —espetó con rabia.

Zach sonrió sin darse cuenta.

—¿Te hace gracia? —preguntó ella, molesta.

—Eres igual que ella —dijo con tristeza—, es como si estuviese viéndola ahí mismo donde estás sentada.

—Me dijo que te dijera algo si alguna vez te veía...

—No me vengas con mensajitos del más allá, ¿quieres? —la cortó él—. Supongo que has venido para que yo te esconda.

Catherine asintió.

—¿Se lo has contado a Brett? —preguntó Zach.

—No —dijo rotunda—. Nadie más debe saberlo. Si esto queda entre tú y yo, no me encontrarán y nadie correrá peligro. Pero si lo supiera alguien más estaríamos poniendo en riesgo su vida. No quiero tener que cargar con una muerte a mis espaldas. Por eso, si no quieres ayudarme, lo entenderé. Buscaré otro pueblo y me instalaré en otro lugar...

—No digas tonterías —dijo él, pensativo—. Brett es muy listo y además

es como un hijo para mí. Será difícil mantenerlo alejado. Lo mejor es que os llevéis mal.

Catherine afiló su mirada.

—Si os hacéis amigos verás que es un tipo de ley y acabarás por contárselo todo. Además a mí me resultará mucho más difícil no decírselo si te coge aprecio —sentenció—. Así que debes conseguir que te deteste y no le interese para nada tu vida.

—No sé si sabré como...

—Estoy seguro de que sabrás. Eres hija de tu madre —dijo como si aquello lo explicase todo—. Eres Larissa Hogan, hija de una antigua amiga que...

Zach se puso de pie nervioso, como si de pronto aquello fuese cosa suya. Catherine no pudo evitar cierto alivio y también un extraño sentimiento de pertenencia. Algo que solo había sentido con su madre.

—No —dijo mirándola—, vamos a hacerlo mucho mejor. Diremos la verdad, que eres mi hija, pero sin revelar tu verdadera identidad. Después de que tu madre me abandonase estuve un tiempo deambulando por ahí. No podía vivir en esta casa...

—¿De verdad crees que es buena idea?

—Es lo mejor —aseguró él sin dejar de darle vueltas—. Conocí a tu madre en... ¿De dónde se supone que vienes?

—De Montana.

—Bien —asintió—, estuve en Montana y la gente lo sabe. Vale pues conocí a tu madre y la dejé embarazada...

—Y yo he venido a conocerte —siguió ella.

—Y te quedarás una temporada por aquí porque yo te lo he pedido —terminó él.

—¿De verdad crees que es necesario que no me lleve bien con Brett? Parece un tipo muy majo.

—Es un tipo muy majo, demasiado majo como para que lo pongas en peligro. Por lo que dices de ese tipo, si por desgracia acaba localizándote acabará con todo aquel que sepa algo del tema.

Catherine comprendió que eso lo incluía a él y se sintió terriblemente culpable por haberlo involucrado.

—Sé lo que estás pensando. Deja de pensarlo. Yo soy tu padre y ya he vivido bastante —aseveró—. ¿Cómo se llamaba tu madre?

—Bette... —dijo ella sin comprender.

Zach la miró con tal ironía que la hizo sonreír. Esa era una mirada que ella utilizaba a menudo.

—Me refiero a la madre de Larissa —dijo con tono cansado.

—¡Ah, claro! —se rio Catherine—. Mary, se llama Mary y su esposo, que me hizo de padre, Paul. Mary y Paul Hogan.

—Ok. Pues ahora, vamos, escogerás una habitación.

Catherine se puso de pie y cogió su mochila con una extraña sensación de alegría. A pesar de todo lo malo que le había sucedido en los últimos meses la idea de estar en la casa de su padre y saber que él la aceptaba sin reparos ni reticencias era motivo suficiente como para sentirse casi feliz.

Pero al seguirlo escaleras arriba una nube cubrió el sol en su brillante cielo. Brett Wenham era el hombre más atractivo que hubiese visto nunca, pero es que, además, era un tipo encantador de lo más agradable. Y era como un hijo para Zach. Saber que debía enemistarse con él no le hacía ninguna gracia, pero sabía que su padre tenía razón: era por su seguridad.

Todo en esta vida sigue unas pautas

Mientras Zach se duchaba Catherine recorrió la casa con mirada curiosa deteniéndose en cada rincón y observando cada detalle. Los cuadros que colgaban de las paredes eran antiguos y mostraban paisajes y jardines que daban frescura y color a cada estancia. Se detuvo en medio del amplio vestíbulo y trató de imaginar a las personas que habían pasado por ahí desde su construcción. Mujeres con largos vestidos que susurrarían al moverse con la soltura que da lo habitual y cotidiano.

Se acercó para acariciar los brillantes postes de arranque de la escalera y comenzó a subir despacio, sin que su mano abandonase el contacto sobre el pasamanos. Al llegar arriba se dijo que había demasiadas habitaciones en aquella casa para un hombre solo. Claro que él no quiso que fuese así. Seguramente había soñado con tener una familia, niños corriendo por aquellos pasillos.

Entró de nuevo en la habitación que había escogido. Lo había hecho al azar, nerviosa por la presión que sintió al verse interpelada, y apenas la había mirado cuando entró a dejar su mochila sobre la cama. Ahora, más tranquila, observó los detalles. Las paredes tenían un color azul pálido y las cortinas de las ventanas hacían juego con él. Lo que más la atrajo fue el pequeño escritorio junto a la ventana. Se acercó a acariciar la madera y miró hacia abajo, al jardín trasero, que al contrario que pasaba con el que había en la casa de Brett, se veía abandonado. Se volvió a la cama imperio sobre la que descansaba su mochila y decidió sacar sus pocas pertenencias y meterlas en el armario de dos cuerpos.

Necesitaría comprarse ropa, se dijo una vez colocó todo lo que llevaba. Dos pantalones, contando el que llevaba puesto, y dos camisas. Se sentó en la cama sin apartar la mirada del armario vacío. Recordó el vestidor que tenía en su casa, allí en Nueva York y sonrió. Había prendas de ropa que no se había puesto más que una vez y, si quisiera, jamás tendría que repetir una prenda. Y ya no hablemos de los zapatos, no se había entretenido en contarlos pero su casa tenía un vestidor únicamente para ellos.

Bajó la mirada a sus pies y las zapatillas sucias le sacaron la lengua con burla. No era ninguna estúpida, sabía que había miles de personas que vivían

con mucho menos de lo que ella tenía. No era una esnob que ignorase lo que ocurría a su alrededor, tan solo aceptaba las cosas como eran y procuraba no empeorarlas.

Suspiró pensativa y se puso de pie con las manos en la cintura. Necesitaría alguna prenda más si iba a pasar allí más de dos días. Y tendría que aprender a usar una lavadora...

—¿Hay alguien en casa?

Catherine dio un respingo al escuchar la voz de Brett que venía de abajo. Pensó en todo lo que habían hablado y en lo que su padre le había dicho. Se miró en el espejo que había sobre la cómoda y pellizcó sus mejillas. Mejor que la viese colorada nada más aparecer, así no se daría cuenta si se ruborizaba.

Brett la vio en lo alto de la escalera y sintió una sensación totalmente desconocida para él.

—Hola —dijo sonriendo—. Veo que sigues por aquí.

Catherine bajó despacio los escalones mientras arrastraba el dedo por encima del pasamanos.

—¿No deberías haber llamado a la puerta? —preguntó ella con expresión de fastidio—. De donde yo vengo la gente tiene esa civilizada costumbre.

Brett frunció el ceño, desconcertado y Catherine hizo un gesto con el brazo como si la manga se le hubiese enganchado en el poste de arranque de la escalera.

—¡Mierda! —exclamó—. Maldita escalera, ya es la segunda vez que me engancho.

Brett se acercó rápidamente para observar en detalle y pasó la mano lentamente buscando el defecto.

—No me digas que la has hecho tú —dijo Catherine con desprecio—, pensaba que era vieja y que por eso resultaba tan burda.

—No es vieja, es antigua —dijo Brett, molesto.

—Pues parece vieja, como toda la casa —siguió en su papel.

Brett respiró hondo para calmar su enfado. Seguro que no era eso...

—Espero que a partir de hoy te dignes a llamar a la puerta antes de entrar —siguió hablando Catherine.

—¿A partir de hoy? —preguntó taimado.

—Sí, porque ahora yo viviré también aquí... con mi padre.

Brett empalideció.

—¿Zach es tu padre?

Catherine asintió mientras se movía por el vestíbulo.

—Como comprenderás esta ya no es solo la casa de tu solitario vecino, a la que entrabas sin ton ni son. Ahora Zach vivirá con su hija y es evidente que no puedes aparecer cuando te plazca —dijo acercándose a la puerta y abriéndola—. Espero que entiendas que las cosas han cambiado.

Brett frunció el ceño y la miró sin dar crédito.

—¿Me estás echando? —preguntó.

—Es el primer día que pasamos juntos —dijo ella con una perversa sonrisa—, creo que deberías dejarnos un poco de intimidad.

Brett miró hacia lo alto de la escalera para ver si Zach aparecía, pero al ver que no hacía acto de presencia optó por marcharse. Cuando se volvió desde el porche para despedirse vio cómo la puerta se cerraba en sus narices. Apretó los labios y negó con la cabeza. ¿Qué se había creído esa...?

Catherine lo vio alejarse hacia su casa sintiéndose fatal. Estaba claro que lo había ofendido y no se lo merecía.

—Es lo mejor para él —dijo Zach bajando las escaleras—. Aunque debo decir que lo has hecho mucho mejor de lo que me esperaba.

—Me he sentido muy mal —confesó ella.

—Lo sé —dijo abriendo la puerta—. Iré a hablar con él y haré que lo entienda. No quiero que piense que lo he sustituido por ti, le dejaré claro hacia quién debe dirigir su enfado.

Catherine lo vio seguir el camino que había tomado Brett y sintió un creciente disgusto. No entendía por qué le importaba tanto tener que llevarse mal con ese hombre, en realidad no lo conocía de nada y no debería importarle lo más mínimo.

—¡Brett! —lo llamó Zach antes de que entrase en su casa.

El joven se detuvo al escucharlo y se volvió caminando hacia él.

—¿Quién es esa tía, Zach? ¡Me ha echado de tu casa!

—Es mi hija, Brett, y va a quedarse una temporada —dijo cogiéndolo del brazo y dirigiéndolo hacia su casa—. Anda, invítame a un café y te lo cuento todo.

—De acuerdo —aceptó después de escuchar toda la historia—, me mantendré alejado y os dejaré espacio.

—Será solo por un tiempo, no creo ni que llegue al otoño —dijo Zach—. Y tú y yo seguiremos como siempre, excepto por lo de venir a mi casa.

Brett asintió y lo miró con interés.

—Debes estar en una nube —dijo sonriendo—. Descubrir de pronto que tienes una hija...

Zach sonrió también.

—Lo cierto es que sí. No te diré que me lo imaginaba, porque jamás se me pasó por la cabeza que.. Mary hubiese tenido una cría y no me lo hubiese dicho.

—Nunca me has hablado de ella —dijo Brett extrañado—. Te confieso que cuando me ha dicho que era tu hija pensé que sería de Bette.

Zach no movió un músculo y se mantuvo impertérrito.

—Eso habría sido demasiado —dijo muy serio.

Brett asintió. Conocía bien la historia de Bette y Zach y sabía el daño atroz que esa mujer le había causado al abandonarlo. De hecho lo había inhabilitado para mantener una relación normal con otra mujer. De no ser así, quizá Glennys habría tenido alguna oportunidad.

—¿Qué va a hacer? —preguntó Brett—. ¿Se va a pasar el día en casa sin hacer nada?

—Había pensado pedirle a Glennys que la contrate mientras esté aquí. Sé que necesita ayuda en la tienda, ya no es ninguna niña. Antes cuando tenía que mover muebles o coger cosas pesadas llamaba a Raven, pero desde que se marchó a la universidad no la ayuda nadie.

—Sí, he ido un par de veces a ayudarla y también mis chicos —asintió Brett.

—Hablaré con ella. No hace falta que le pague mucho.

—Sabes que te dirá que sí —dijo Brett—. Aunque no sé si es justo para ella. No te enfades, pero tu hija es muy desagradable. Y debo confesar que cuando estuvo aquí pensé que solo era tímida.

—No es muy simpática, no —mintió Zach—. Y me da la impresión de que no le has caído muy bien.

—¿Muy bien? —Brett soltó una carcajada—. ¡Solo le ha faltado escupirme en la cara!

—Qué exagerado eres —dijo Zach después de terminarse el té—. Pues voy a acercarme al pueblo a hablar con Glennys, a ver qué le parece.

—Supongo que la cena de mañana queda anulada hasta que ella se marche —dijo Brett acompañándolo a la puerta.

Zach se volvió muy despacio. La cena de los jueves se había mantenido durante años sin que ninguno de los dos la cancelase jamás por ningún

motivo.

—No, Brett, mañana vendré a cenar contigo como siempre —dijo.

—¿Y vas a dejarla sola en su segunda noche? —Brett negó con la cabeza

—. No puedo permitirlo, si vienes tráela contigo.

Zach negó con la cabeza orgulloso de su comportamiento.

—Es algo nuestro, no le pasará nada por cenar sola una noche.

—Glennys, esta es Larissa Hogan, mi hija —dijo Zach sin rodeos.

—¿Tu hija? —la mujer intentó mostrar una expresión serena y lo cierto es que lo consiguió.

—Acabo de enterarme —explicó él—, no tenía ni idea.

—Encantada de conocerte, Larissa. —Le dio dos besos.

—Muchas gracias. —Catherine fue plenamente consciente del modo en el que esa mujer miraba a su padre y comprendió el caos emocional que estaba sufriendo en ese momento—. Tiene usted una tienda preciosa.

—¿Te gusta? —Glennys agradeció que sacase ese tema y la ayudase a deshacerse de la confusión mental en la que se encontraba—. Hace muchos años que la tengo. Treinta y cuatro, para ser exactos. Y lo cierto es que apenas ha cambiado nada desde entonces.

Catherine se paseó por el recinto observando cada objeto y acariciando alguno de vez en cuando.

—¿Y has venido de visita o vas a quedarte una temporada con... tu padre? —preguntó Glennys acercándose a ella.

—Me quedaré un tiempo —respondió Catherine con simpatía—. Aunque no deseo ser una carga para mi padre. En Somerville tenía una tienda de ropa, nada que ver con esto, pero lo cierto es que se me da bien vender...

Glennys miró a Zach interrogadora y después de nuevo a Larissa.

—¿Estás buscando trabajo? —preguntó sorprendida.

—Bueno, me iría bien hacer algo mientras estoy aquí. No me gusta estar ociosa —dijo mirándola con franqueza—. No necesito cobrar mucho, lo suficiente para comprarme otros pantalones, solo he traído dos y no creo que sean suficientes.

Glennys soltó una carcajada y asintió.

—Pues me vendrá muy bien tu ayuda, la verdad. Procuero mantenerme en

forma, pero lo cierto es que estos brazos son bastante inútiles en cuanto a soportar peso se refiere. —Se metió detrás del mostrador y sacó un librito que abrió por una página y se puso a consultar.

Catherine y Zach se miraron expectantes mientras la mujer revisaba sus cuentas.

—Bien, esto es lo que podría pagarte —dijo mostrándole un número que había anotado en la libreta.

Catherine tuvo que contenerse para no echarse a reír. ¿Eso se suponía que era un sueldo para alguien? Estaba segura de que no había conocido a nadie que cobrase tan poco por su trabajo. Levantó la cabeza y miró a Glennys con una enorme sonrisa que la mujer interpretó como un gesto satisfactorio por su parte.

—Me parece muy bien —dijo Catherine.

—Estupendo entonces —dijo guardando la libreta—. Si quieres puedes empezar esta tarde mismo. Supongo que ahora iréis a comer.

—Sí —dijo Zach—, había pensado llevarla a donde Colleen.

Glennys sonrió al tiempo que asentía.

—Collen hace el mejor estofado de Carolina del Norte, te lo aseguro.

—¿Por qué no se viene? —preguntó Catherine con un gesto de ánimo.

—No quiero molestar...

—Pero ¿qué dice? No molesta en absoluto, ¿verdad, Zach?

—Por supuesto, Glennys. Vente, no seas tonta.

La mujer no disimulaba su satisfacción.

—Si me esperáis un momento, me arreglo un poco y voy con vosotros.

Cuando Glennys desapareció en la trastienda Catherine miró a su padre sorprendida.

—¿Qué? —preguntó él.

—Nada —dijo ella moviendo la cabeza. ¿Cómo era posible que los hombres fuesen tan tontos?

—Estas cosas de aquí son cachivaches —le explicaba Glennys cuando volvieron a la tienda después de comer—. No conseguirás venderlas porque no tienen utilidad, ni están de moda... No me mires así, las antigüedades también siguen unas modas, ¿no lo sabías? Todo en esta vida sigue unas pautas. Alguien se pone no sé qué cosa y sale por televisión y al día siguiente ves a todo el mundo imitándola. Los seres humanos somos muy básicos.

Catherine sonrió aprovechando que Glennys estaba de espaldas a ella y no podía verla. Si ella le contara lo mucho que sabía de esos temas...

—Eso de ahí, por ejemplo —señaló una bandeja con dos tazas victorianas—. ¿Quién va a comprar dos tazas victorianas sin una tetera?

Catherine se acercó a mirar aquellas tazas que eran realmente preciosas, pero era cierto que puestas sobre aquella bandeja, también victoriana, no realizaban demasiado. Además las tenía colocadas sobre un barril de madera que no parecía el mejor sitio.

—Son de mucha calidad y tienen más de cien años, pero nadie las compra porque cincuenta dólares es un precio demasiado elevado para un par de tazas que no tienen ni tetera.

Catherine miró aquellas tazas y pensó que cincuenta euros por sobrevivir más de cien años era un precio demasiado pequeño.

—En esta zona tengo lo que considero más valioso, porque es más caro o porque es más antiguo, casi siempre los dos conceptos van unidos. —Glennys siguió el recorrido por la tienda—. Lo demás está repartido por todas partes. No sigue un orden muy claro, pero yo sé dónde está todo.

Catherine pensó que la tienda era un auténtico caos y que no invitaba a comprar si no a ponerse a ordenar, pero acababa de llegar y en cuanto saliese el juicio se marcharía por lo que no iba a ponerse a organizarle la vida a la gente de ese pueblo.

Ni siquiera a Zach. Apenas llevaba unas horas en Knightville y ya se había dado cuenta de los sentimientos de Glennys hacia él, era imposible que ese hombre no se hubiese percatado de ello en todos aquellos años. Estaba claro que él no sentía lo mismo. Lo sintió por ella, le caía bien y parecía una mujer digna de ser amada.

—Larissa.

Glennys dejó lo que estaba haciendo y se volvió hacia ella al ver que no respondía.

—Larissa —insistió con el mismo resultado. Frunció el ceño desconcertada.

—¿Te apetece un café? —dijo cogiéndola del brazo.

—Perdona —dijo Catherine dándose cuenta de que había estado llamándola a ella—, estaba ensimismada.

—Yo si no tomo café por la tarde no puedo trabajar —dijo sonriendo—. Me quedo «ensimismada», así como tú.

Catherine se rio con la broma, pero se advirtió mentalmente de que debía

tener más cuidado. Había ensayado con los agentes encargados de acompañarla hasta Virginia, pero no había interiorizado lo suficiente aquel nombre. Eso le traería problemas si no iba con cuidado, se notaba que Glennys era una mujer muy perspicaz.

—Ven, nos tomaremos el café en la trastienda —dijo la mujer haciéndole un gesto para que la siguiera—. Aún falta un buen rato para que abramos.

Cruzaron una puerta que las llevó a una especie de apartamento de una sola pieza. Había una cama pequeña, una cocina y una mesa con dos sillas. También había un pequeño sofá y aparato de radio antiguo que Catherine estaba segura de que aún funcionaba.

—La música se escucha de otra manera, te lo aseguro —dijo Glennys siguiendo su mirada—. Muchos días, después de comer me siento en ese sofá con un café y escucho música hasta que llega la hora de abrir. Yo lo llamo mi ratito tarta de chocolate.

—¿Tarta de chocolate? —Catherine no pudo evitar una sonrisa divertida.

Glennys la miró sonriendo también mientras ponía el café en la cafetera.

—¿Te gusta el café expreso? Si no te gusta creo que también lo tengo de sobre...

—Sí me gusta —dijo ella.

Puso la cafetera en el fuego y se sentó junto a ella en el sofá mientras se hacía.

—Mi madre siempre celebraba los momentos especiales con tarta de chocolate —explicó Glennys—. No era necesario que fuese algo importante: que había encontrado un objeto que llevaba tiempo buscando, que mi hermana aprobaba una materia, que me había caído de la bicicleta y no me había roto ningún diente. Cualquier cosa que a ella le pareciera digna de celebrarse. Se metía en la cocina y preparaba una de sus deliciosas tartas de chocolate.

—Que costumbre tan bonita —dijo Catherine con sinceridad.

—Yo siempre pensé que si tenía hijos haría lo mismo. Pero no los tuve...

La cafetera empezó a sonar y Glennys se levantó para apagar el fuego y servir el café en las tazas. Catherine no quería sentir tristeza, porque era evidente que aquella mujer no era de las que se lamenta y no quería que dejase de contarle.

—No me tengas lástima —dijo al entregarle la taza como si le leyera el pensamiento—. He tenido la vida que he querido tener. No me faltaron pretendientes. Podría darte una lista bien larga. Viví con dos hombres con los

que todavía me hablo y tuve unas cuantas aventuras. No soy una monja, no te vayas a creer otra cosa. Pero no encontré la motivación para consolidar esas relaciones con un hijo. Ya ves, a pesar de lo moderna que siempre fui, en cuestión de descendencia soy una anciana de doscientos años. No quiero hijos sin padres. Quizá porque gocé de los míos hasta que murieron no me conformaba con menos para mis hijos.

—Yo tampoco —dijo Catherine con sinceridad—. Yo solo tuve a mi madre y fue la mejor madre del mundo, a pesar de que siempre estaba volcada en su trabajo y eso le quitaba la mayor parte del tiempo. Pero siempre me tuvo cerca, no dejó nunca que el trabajo la apartase de mí. Me llevaba a todas partes, a cualquier evento...

Glennys entrecerró los ojos cuando se detuvo.

—Mi madre era... profesora y... había... reuniones... y...

—Tienes sus mismos ojos —la cortó la mujer con una sonrisa cómplice—. Debo ser la única persona de Knightville, sin contar a tu padre, que se acuerda de ella. Supongo que nunca te habló de mí, pero fuimos buenas amigas mientras estuvo aquí.

Catherine empalideció completamente y la taza le tembló en las manos.

—Te reconocí en cuanto entraste por la puerta, pero al decirme que Zach era tu padre ya no tuve ninguna duda.

La diseñadora dejó la taza sobre la mesa antes de que se derramara el líquido y volvió a mirar a la mujer con expresión aterrada.

—Nadie debe saber quién soy —suplicó.

—¿Tan grave es?

Catherine asintió y decidió contarle toda la verdad. Así quizá podría asegurarse de su total secretismo.

Mala cosa, Dolores, mala cosa

Dolores entró en la nave después de que la cachearan. Todo el departamento de policía estaba buscando a Ignace Gilbourne y él se escondía a escasos metros de su casa en una nave industrial en la que se fabricaban neumáticos.

—Vaya, vaya Dolores, estás cada día más guapa, chica —dijo Ignace saliendo a recibirla como si aquello fuera una reunión de amigos—. Bienvenida, a este humilde rincón. Siento no poder recibirte como mereces, pero, como sabes, no puedo estar en un sitio fijo porque me están buscando. Tengo mi casa acordonada y no puedo acercarme a ninguno de mis amigos.

Al ver que la policía no decía nada le indicó que lo siguiera hasta una habitación donde podrían hablar tranquilos mientras sus hombres vigilaban que todo estuviese seguro para ellos.

—¿Quieres una copa? —preguntó Ignace cuando estuvieron a solas y ella se hubo sentado en el único sofá que había.

Dolores negó mientras miraba a su alrededor. Ignace se sirvió algo en un vaso y se sentó en el sobre de la mesa frente a ella. Lanzó un suspiro antes de beber y después dio un largo trago. La policía llevaba la melena rizada, suelta, y se había puesto un vestido y zapatos de tacón como si hubiese salido a divertirse. No quería despertar sospechas en caso de encontrarse con alguien.

—Estás muy guapa, Dolores —dijo Ignace mirándola con deseo—. Tú y yo podríamos divertirnos mucho si tú quisieras.

—Pero no quiero —dijo ella tajante.

Ignace soltó una carcajada y después bebió otro trago.

—¿Y bien? —preguntó.

—No he podido averiguar dónde está —dijo ella—. Nadie lo sabe. Ni su mejor amiga, ni la gente de la empresa, nadie. No dejaron que hablase con nadie. Su agente se encargó de todo, ni siquiera la dejaron volver a casa a buscar nada.

Ignace hizo un gesto con la boca y chasqueó la lengua.

—Mala cosa, Dolores, mala cosa.

—Escúchame, Ignace, te juro por mis muertos que nadie sabe nada. Los

únicos que tienen esa información son los de Protección de testigos y no sueltan prenda. Si pregunto más me van a descubrir y entonces ya no te serviré de nada —dijo mordiendo las palabras.

—Pero Dolores, querida, si tú ya no me sirves de nada. Ni hiciste la vista gorda cuando me viste, ni me traes información...

—Sabes que estoy atenta y que si escucho algo...

—Si escucho algo, si escucho algo... —Ignace dejó el vaso en la mesa y fue a sentarse junto a ella—. Verás, Dolores, el único motivo por el que no te he metido la polla en la boca aún es porque siempre te he respetado. Crecimos en el mismo barrio y luchaste por salir de él. Yo también, pero lo tuyo fue más difícil, lo reconozco. Por eso he dejado en paz a los tuyos durante todos estos años. No intenté quedarme con tu hermanito y dejé que lo mantuvieras lejos de mi banda. No intervine cuando tu madre se negó a pagar a mis chicos por su protección e incluso hice que la protegieran igual.

—Ignace, te juro que voy a...

El mafioso la agarró por la garganta con su mano y apretó con fuerza dejándola sin voz.

—Siempre me has gustado, desde que éramos críos —dijo empujándola en el sofá y poniéndose sobre ella—. Aun así te respeté porque sabía que eras diferente a las otras. Tenías ambiciones y sueños y estabas dispuesta a luchar duro por conseguirlos. Pero el día que me diste el alto comprendí que no eras mejor que todas las putas que había conocido en mi vida. Eras una más.

La soltó y se puso de pie volviendo a sentarse sobre el escritorio, mientras Dolores se agarraba la garganta y tosía desesperada por recuperar el aire. Ignace se desabrochó el cinturón y después el botón del pantalón y la cremallera, ante la aterrada mirada de Dolores. El mafioso señaló sus genitales con las dos manos mirándola perverso.

—He imaginado muchas veces este momento —dijo cerrando los ojos—, es como cumplir un sueño erótico de esos.

Dolores miró la pared de cristal y cómo algunos de los hombres de Ignace estaban mirando. Algunos de aquellos muchachos crecieron con ella en el barrio. Fueron al mismo colegio y metieron los pies en los mismos charcos que ella.

—Por favor Ignace —suplicó con las lágrimas cayendo a borbotones y llevándose la máscara de pestañas con ellas—. No me hagas esto. Con todos ellos mirando...

Ignace hizo un gesto a sus hombres y todos se dieron la vuelta. Entonces

él volvió al sofá y se sentó después de bajarse los pantalones.

—Arrodíllate —dijo señalando dónde debía colocarse.

Dolores sintió una rabia profunda e inhumana. Si no hubiese tenido a su madre y a su hermano a su cargo se habría metido aquel miembro en la boca y se lo habría arrancado de un mordisco, aunque fuese lo último que hiciese. Hubiese merecido la pena por verlo morir desangrado después de escupir su polla en el suelo. Pero no estaba sola y sabía lo que los hombres de Gilbourne les harían a los suyos si no hacía lo que le ordenaba.

Se colocó entre sus piernas y se arrodilló mientras Ignace se recostaba cómodamente sin dejar de mirarla.

—¿Es para un regalo? —preguntó Catherine mirando a la clienta que trataba de decidir si se llevaba una mesita auxiliar o un juego de café.

—Sí, es para el aniversario de mis padres —explicó la joven.

—¿Cuántos años cumplen? —preguntó de nuevo la dependienta.

Glennys la observaba con disimulo desde detrás del mostrador mientras limpiaba algunos objetos.

—Cincuenta años —dijo la joven con orgullo.

—¡Cincuenta años! —exclamó admirada—. ¿Y a qué se dedicaban tus padres si no es mucha indiscreción? De ese modo podría aconsejarte mejor.

—Pues mi madre era profesora de literatura y mi padre trabajaba en un banco —explicó la muchacha mirando aquel juego de café de seis piezas con la jarra y la tetera incluidas.

—Creo que tengo el regalo perfecto, pero... —Catherine se llevó la mano a la barbilla y su expresión se tornó dubitativa—. Es que no sé si... Espera un momento y te lo traigo.

Glennys la vio desaparecer en el rincón de los cachivaches y dejó de limpiar dispuesta a observarla ya sin disimulo. La clienta la miró con curiosidad y ella le sonrió como si supiese perfectamente lo que Catherine había ido a buscar.

La diseñadora apareció con una caja de madera y le dijo a la clienta que se acercase al mostrador.

—Verás es un objeto muy valioso, que aún no habíamos puesto a la venta porque no nos ponemos de acuerdo en cuál debería ser su precio. —Abrió la caja y Glennys se sorprendió al ver las dos tazas de porcelana que no sabía cómo catalogar.

Catherine sacó una de las tazas con sumo cuidado, como si tuviese entre manos el Santo Grial, y se la mostró a la joven.

—Este par de tazas pertenecieron a Edith Wharton. Fue un regalo que su buena amiga Mercedes de Acosta le trajo de uno de sus viajes a Europa.

La clienta cogió la taza con sumo cuidado, de las manos de Catherine.

—Son unas tazas preciosas —dijo la clienta—. ¿No tienen la tetera a juego?

Glennys observó a Catherine con atención, estaba deseando ver cómo resolvía el problema.

—Desgraciadamente esa tetera se rompió junto al resto del juego —explicó Catherine muy seria—. Supongo que conoce usted el episodio entre Edith y Mercedes por culpa de Greta Garbo.

La joven la miró con curiosidad y negó con la cabeza.

—Bueno, al parecer Edith y Mercedes mantenían una relación —explicó—, pero Mercedes también compartía sus afectos con Greta Garbo. Al enterarse, parece ser que Edith estrelló la tetera contra el suelo en un arranque de celos y tras ella el resto de tazas con sus respectivos platitos. Y cuentan que estas cuatro piezas hubiesen corrido la misma suerte de no impedírsele su buen amigo Henry James.

—¡Oh! —exclamó la clienta emocionada—. ¡Pero esto es maravilloso! ¡Mi madre estará encantada con un regalo como este!

Catherine sonrió.

—¿Qué te parece si busco algo de una categoría similar para su padre? —preguntó.

—Primero tendríamos que hablar del precio, no sé de cuánto estamos hablando —dijo mirándolas a las dos.

—Cien dólares —dijo Catherine rápidamente antes de que Glennys se le adelantase—. ¿Le parece un precio justo?

—¡Oh! ¡Sí! Me parece un precio increíble para un objeto tan perfecto —asintió la joven clienta entusiasmada. Y no será necesario buscar algo para mi padre, este regalo les gustará a ambos por igual. Mi padre es un ávido lector y Edith Wharton es una de sus autoras preferidas.

Catherine miró a Glennys que trataba de no mostrar su sorpresa.

—¡Perfecto, entonces! —exclamó la diseñadora—. Lo envolveremos para regalo.

Cuando la clienta salió de la tienda Glennys se volvió hacia Catherine sin disimulos.

—Me has dejado sin palabras —reconoció—. Ha sido una experiencia de lo más enriquecedora.

La dependienta miró a su jefa con satisfacción.

—Esas tazas pudieron pertenecer a cualquiera, eran de máxima calidad y estoy segura de que valen lo que esa joven ha pagado —dijo—. Yo opino que las cosas tienen el valor que nosotros queramos darles y para esa joven las tazas son un objeto muy valioso que va a regalar a sus padres con motivo de una fecha muy especial. Estoy segura de que ellos sabrán apreciar el detalle en lo que vale.

—¿Y cómo se te ha ocurrido esa historia? —Zach la miraba divertido desde el otro lado de la mesa mientras cenaban.

—Ese era un juego que practicaba con mamá cuando estaba estudiando —explicó Catherine—. Cogíamos la biografía de un escritor, un físico o un presidente de Estados Unidos e imaginábamos historias que no se contaban en ella, pero que fuesen creíbles. Mamá era mucho mejor que yo, pero lo cierto es que no se me da mal tampoco.

—Glennys se habrá quedado a cuadros —dijo su padre.

—Tendrías que haber visto su cara cuando la chica ha dicho que le parecían baratas —dijo riendo. Pero de repente se puso seria—. No quiero que pienses que he engañado a esa chica para sacarle su dinero. No era esa mi intención. Lo que pretendía era que se llevase el regalo más especial y no creo que en la tienda hubiese nada a la altura. Cosas mucho más caras, sí, pero con una historia como esa...

—Y si se lo hubieses venido por menos no se hubiese creído que eran auténticas —dijo su padre—. Al llegar a casa de sus padres se habría sentido decepcionada y engañada, como cuando compras una imitación y ves que por dentro es todo plástico barato.

Catherine sonrió. Se sentía bien y todo estaba resultando tan agradable que casi le daba miedo.

—Me da la impresión de que has tenido un buen día —dijo Zach terminándose la sopa.

Catherine asintió sonriendo. Ninguno de los dos se percató de que Brett los observaba a través de la ventana del jardín trasero. Al restaurador no le pareció que aquella joven risueña que miraba a Zach con complicidad tuviese nada que ver con la arisca y antipática que lo había tratado tan mal de

repente. Aquella se parecía más a la joven que se había tomado un té con él en su casa. Allí había algo que olía a chamusquina y él iba a descubrir qué era.

Catherine escuchó la campanilla de la puerta desde la trastienda.

—¿Glennys, te encargas tú? —preguntó elevando la voz.

—¡Sí, querida! No te preocupes —respondió la dueña—. ¡Brett, qué bueno que estás aquí!

—Vengo a ver ese techo, Glennys —dijo el restaurador.

—Creí que no vendrías hasta la semana que viene —dijo la mujer acompañándolo a la parte de atrás de la tienda—. ¿Ya has terminado con la casa de los Ellis?

—No, pero los chicos pueden encargarse solos de lo que falta y no quería retrasar más días lo de tu techo por si llueve.

Catherine salió de la trastienda y se encontró con ellos de frente.

—Larissa —dijo Glennys con buen tino—, Brett ha venido a echarle un ojo al techo de atrás. ¿Podrías acompañarle tú, por favor? Estoy a medias de una cuenta interminable y veo que tú ya has terminado.

Catherine no supo cómo negarse así que asintió y Glennys volvió a la tienda.

—Parece que vas a tener que soportar mi compañía —dijo él sonriendo con el juego.

—Lo único que tengo que hacer en enseñarte el techo —respondió ella cuando estuvieron en la parte de atrás de la casa—. Es ese.

—¿A qué juegas? —preguntó ante de que volviese a la casa y lo dejase allí fuera.

Catherine lo miró girando la cabeza.

—¿De qué hablas?

—Está claro que aquí pasa algo raro. Yo no te caigo tan mal y Zach quiere tenerme alejado de su casa mientras estés allí por algo. —Se puso las manos en la cintura en una pose relajada que a Catherine le pareció de lo más sexy—. Podemos hacer dos cosas: seguimos con el jueguito hasta que yo descubra el misterio o me lo cuentas y dejamos de comportarnos como dos críos.

Catherine se dio la vuelta y entró en la tienda. Si Brett hubiese podido verla habría visto que su sonrisa divertida que era idéntica a la que bailaba en

sus labios.

—¿No se lo habéis contado? —preguntó Glennys en voz baja cuando la vio aparecer.

Catherine negó con la cabeza.

—No debe saberlo —dijo.

—Es como un hijo para Zach, claro que debe saberlo.

—Es muy peligroso Glennys. Ya te lo dije, cuanta más gente lo sepa...

—Brett no es gente, Catherine. Él es de la familia.

Oyeron la puerta de atrás y las dos se apresuraron a disimular.

—Tienes razón, pero no podemos conseguirlo todo en un día —dijo Glennys simulando una conversación—. Ah, Brett, ¿ya has visto lo que necesitabas?

—Sí, Glennys —dijo él con expresión divertida—. Esta tarde volveré con el material que necesito y te lo arreglaré.

—¿Esta tarde? —preguntó ella frunciendo el ceño—. Voy a Chapel Hill a una subasta, pero tú no me necesitas para nada. A todo lo que me digas te diré que de acuerdo, así que tú sabrás lo que hacer. Si necesitas algo estará Larissa.

—Muy bien —dijo Brett sin abandonar aquella expresión divertida—. Pues hasta la tarde, Calarissa.

Glennys los miró a ambos confusa, pero no dijo nada hasta que estuvieron solas.

—¿Cómo te ha llamado?

—Calarissa. —Movi6 la cabeza con cansancio—. El día que me presenté casi le digo que me llamo Catherine y al tratar de arreglarlo diciéndole cómo me llamaba a él le hizo gracia. Me llama así desde entonces.

—Brett es muy inteligente —le advirtió Glennys—, y si sospecha algo no parará hasta descubrirlo. Es mejor que se lo expliques tú misma.

—Sospecha algo —afirmó Catherine—, pero Zach quiere protegerlo. Lo quiere mucho.

—Es normal, prácticamente lo ha criado él.

Catherine se metió detrás del mostrador y empezó a sacar brillo a los objetos de plata que dejado allí para limpiar cuando tuviese tiempo.

—¿Qué pasó? —preguntó tratando de que no se notara demasiado su interés.

—Nora y Kenny tuvieron un accidente de coche. Habían salido a celebrar su aniversario de bodas, hacía quince años que se habían casado.

Catherine la miró conmovida.

—¿Cuántos años tenía Brett? —preguntó.

—Doce —respondió Glennys—. Se quedó con Zach como hacía siempre que su padres no estaban. Zach fue su padrino de bautismo, los padres de Brett eran católicos y aunque tu padre no es creyente cumplió con su cometido desde el primer día como si lo fuese. Cuando Brett se quedó solo Zach dio todos los pasos necesarios para que el chaval se quedara con él. No le costó mucho, Nora y Kenny así lo habían estipulado en su testamento y fue una cuestión burocrática más que otra cosa.

—¿Y Brett vivió con él a partir de entonces?

La mujer asintió.

—Se trasladó a la casa de sus padres cuando regresó de la universidad. Lo hizo más por la casa que por otra cosa, quería restaurarla y todo el mundo sabe que una casa vacía se acaba cayendo. Pero para él su hogar está donde esté Zach.

—Y ahora llego yo y no lo dejo ni acercarse. —Se sintió culpable por alterar así la vida de aquellas personas.

—Debes contárselo o encontrar el modo de que las cosas sigan siendo como hasta ahora. No es justo lo que habéis decidido Zach y tú —dijo Glennys negando con la cabeza—. Ya sé que lo único que quiere ese cabezota es protegerlo, pero le haréis daño y no es justo.

Catherine siguió limpiando la plata con ahínco. Sabía que Glennys tenía razón.

Catherine salió por la puerta de atrás y se acercó a la escalera por la que Brett había subido al tejado.

—¿Te apetece un café? —preguntó elevando un poco la voz—. Acabo de hacerlo y voy a tomarme uno.

Brett dejó la herramienta que estaba usando y se limpió el sudor con un trapo antes de mirar hacia abajo. Trabajaba sin camisa y el sol se reflejaba en su sudor y lanzaba destellos brillantes. Mientras bajaba por la escalera que había apoyado en el tejado Catherine no pudo evitar estudiar a fondo su anatomía. Tenía un cuerpo musculado, sin excesos, y bien proporcionado.

Cuando se volvió hacia ella tenía aquella sonrisa divertida que Catherine conocía ya muy bien.

—¿Firmamos un armisticio? —preguntó él poniéndose la camisa que había dejado en uno de los peldaños.

—Tenemos que hablar —dijo ella asintiendo.

Catherine se adelantó sintiendo la presencia masculina muy cerca. No es que se sintiese intimidada por él, pero había algo en su personalidad y en su físico que la atraía poderosamente.

—¿Aún no has abierto? —preguntó él sentándose en una de las sillas.

—Todavía falta un rato —respondió ella sirviendo el café en las tazas.

Se sentó frente a él y se quedó con la mirada fija en la taza durante unos segundos mientras pensaba bien lo que decir. Sabía que Zach no quería que él lo supiera y no quería empezar aquella relación con su padre haciéndolo enfadar solo dos días después de su llegada. Pero Glennys tenía razón, no era justo para Brett y tampoco para Zach.

Brett bebía de su café mientras la observaba con atención. Estaba claro que lo que iba a decirle no era ninguna tontería, a juzgar por lo mucho que le estaba costando. Empezó a sentir que todo aquello no era lo que él pensaba y su preocupación fue en aumento a medida que la escuchó hablar. Catherine le narró los hechos tal y como sucedieron y lo que ocurrió con su vida a continuación hasta llegar a Knightville. Brett se olvidó del café y de todo lo que no fuese aquella boca lanzando palabras como dardos envenenados.

—Nadie más sabe del vínculo que tenemos Zach y yo y pensé que era un buen momento para que mi padre supiese de mi existencia —terminó.

Catherine se recostó en la silla sintiendo que se había quitado un peso de encima. Miró a Brett esperando su reacción, pero él daba vueltas a su taza sobre el plato sin decir nada.

—Zach no quería que lo supieras para protegerte —explicó Catherine interpretando su silencio como enfado—, ese hombre es muy peligroso y cuanta menos gente conozca mi identidad más a salvo estaremos todos.

Brett levantó la mirada y clavó sus fríos y acerados ojos azules en ella. Tenía la mandíbula apretada y los labios eran una fina línea en su rostro. Catherine comprendió que estaba muy enfadado y no supo qué más decir.

—¿Me estás diciendo que has venido a decirle a Zach que tiene una hija justo en el momento en el que esa confianza pone su vida en peligro? ¿Es eso lo que me acabas de contar?

Catherine empalideció cuando Brett dio un brusco golpe en la mesa y se puso de pie.

—¿Cómo has podido hacerle esto? —exclamó furioso—. ¡No os habéis

preocupado por él ninguna de las dos en todos estos años! ¿Y te atreves a venir a traerle tus mierdas?

—No tienes derecho a...

—¿Que no tengo derecho? ¿Que no tengo derecho? —estaba realmente fuera de sí—. ¡Zach es como mi padre!

—Pero no es tu padre. Es el mío —dijo ella muy serena.

Brett se desinfló como un globo al que le hubiesen quitado el cierre que lo sujetaba.

—Y te importa justo ahora, cuando lo necesitas —dijo él con desprecio en su mirada.

—No lo supe hasta hace dos meses —explicó ella—. Mi madre me lo dijo cuando supo que iba a morir...

—Y viniste corriendo a verlo, ¿verdad? —El desprecio de Brett iba en aumento por momentos—. Sentiste la necesidad de preocuparte por él, de saber si estaba bien, si necesitaba algo de ti...

—Yo no... —Apartó la mirada para que no viese el daño que le hacían sus palabras.

—Tu madre lo destrozó por completo —siguió Brett, ahondando en la herida—. Lo dejó como un trapo viejo que ya no le servía. Se volvió un hombre amargado y huraño aislado de todo y de todos.

—¿Y tú cómo lo sabes? —dijo ella furiosa—. ¡Debías ser un crío!

—Mi padre era su mejor amigo —dijo entre dientes—. Ni un solo día dejó de intentar sacarlo del pozo en el que lo dejó tu madre. La mala pu...

—¡Brett! —gritó Catherine poniéndose de pie furiosa.

Él la miró conteniéndose y apretó los labios para impedir que las palabras salieran de su boca.

—Ni siquiera sabemos si es cierto —dijo al fin—. No creo que la palabra de esa mujer valga nada.

Catherine sintió que sus palabras la atravesaban como la fría hoja de un puñal.

—Ha sido un error —dijo ella atormentada—. No debería haberte dicho nada.

—No, no ha sido un error —dijo él respirando agitado—, lo habría descubierto igual. Tienes que irte de este pueblo.

Ella lo miró dolida.

—No tengo a donde ir.

—Me importa una mierda —dijo sin contemplaciones—. Te largas ya.

Catherine sintió que le ardían los ojos y se esforzó en aguantarse las ganas de llorar.

—Zach...

—De Zach me encargo yo —dijo él y sin esperar respuesta salió de la trastienda.

Catherine escuchó la campanilla de la entrada y entonces el torrente de lágrimas que había estado conteniendo se precipitó sin freno.

La quiero muerta y bien muerta

Zach estaba arrancando las malas hierbas que habían crecido en su abandonado jardín.

—¿Qué haces? —preguntó Brett sorprendido.

—Este jardín necesita un lavado de cara, ¿no crees?

¿Que si no lo creía? Había intentado durante años que le dejase arreglarlo, sin éxito.

—Catherine me lo ha contado todo —dijo a bocajarro.

Zach se irguió despacio y soltó el manojito de hierba, que acababa de arrancar, sobre la carretilla.

—Tiene que irse y no se lo impedirás —sentenció Brett.

El viejo se quitó los guantes y los soltó sobre las hierbas que había arrancado.

—Entremos, prepararé un té —dijo con actitud serena.

Brett lo siguió hasta la casa y entró tras él. Sentía una rabia honda, como cuando alguien amenaza con quitarte algo que aprecias demasiado y que se llevará el resto de tu vida.

—Sé que crees que es tu hija...

—Es mi hija, Brett —lo interrumpió sin dejar de preparar el café.

—No puedes estar seguro.

—Lo estoy. Tú no conociste a Bette, jamás habría mentido sobre eso. Ni sobre nada.

—Te mintió a ti. Te abandonó.

—No me mintió. —Zach llevó las tazas a la mesa y se sentó frente a él—. Yo sabía que se marcharía. Lo supe casi desde el mismo momento en que llegó. Bette era un alma libre, tenía sueños y no iba a dejar que nadie le impidiese realizarlos. Me lo advirtió, la primera vez que hicimos el amor me dijo que no me pertenecía, que no pertenecería jamás a nadie. Decía que eso no era amor, era necesidad, apego, pero no amor. Que amar es dejar que el otro vuele libre en busca de su Ítaca.

—Pamplinas —dijo Zach negando con la cabeza.

—Escúchame, Zach. Tú crees, como creía tu padre, que ella fue la que me destruyó, pero te equivocas. —Lo miraba a los ojos con una intensidad que

no le había visto jamás—. Fui yo, yo me destruí. Ella me pidió que la acompañara, me quería a su lado. Pero fui un cobarde y la dejé marchar. Al principio creí que volvería, estaba seguro de que me amaba y me dije a mí mismo que no podría vivir sin mí. Después, cuando vi que no regresaba, me dije que iría a buscarla. Habían pasado dos años de su partida cuando la vi en una revista. Había creado su primera colección, algo sencillo y sin grandes estridencias, pero tuvo éxito y reconocimiento con ella. Cuando vi aquello comprendí que la había perdido para siempre. Ya no podría ir a buscarla y ella no volvería.

Brett lo miraba sin comprender. ¿Por qué dejó que pasara el tiempo? ¿Por qué no fue a buscarla enseguida?

—Sé lo que estás pensando —dijo con una triste sonrisa—. Y la respuesta es muy sencilla y evidente: era un maldito cobarde. Darme cuenta de eso fue lo que me destruyó, lo que me lanzó al pozo negro en el que viví durante años. Hasta que tuve que encargarme de un chaval de doce años que se había quedado solo en el mundo. Como yo.

Brett lo miró con tristeza recordando aquellos aciagos días de su infancia.

—Tú me trajiste de vuelta, Brett. Me diste una razón para existir.

—Pero, si la amabas, ¿cómo dejaste que se marchara así?

El anciano suspiró y se encogió de hombros.

—Era un hombre simple, con una manera de ver la vida también simple. En el fondo Bette me asustaba. Su vitalidad, sus ganas de comerse el mundo... Creo que supe desde el principio que yo solo sería un lastre para ella. ¿Me ves a mí en Manhattan? ¿Yendo a desfiles de moda con gente de postín? No —dijo negando con la cabeza—, aquello no era para mí. Yo solo podía ofrecerle esta vieja casa y mi amor. Nada más.

—¿Jamás se puso en contacto contigo? ¿No te habló de tu hija?

Zach negó con la cabeza de nuevo y Brett se quedó pensativo. Quizá ella creyó que la seguiría y al ver que no lo hacía pensó que no la quería lo suficiente.

—A pesar de todo tuvo a la niña —dijo Brett.

Su amigo asintió con la cabeza lentamente.

—Y no debió ser fácil para ella. No creo que haya muchas mujeres que hayan conseguido lo que ella logró, llevando a cuestas una criatura.

Al oír su nombre Brett se acordó de por qué estaban manteniendo esa conversación.

—Igualmente tiene que irse —dijo rotundo.

—No va a ir a ninguna parte —dijo Zach poniéndose serio—. Catherine es mi hija y no dejaré que se enfrente a esto sola.

—Zach, por favor, es muy peligroso...

—Por eso mismo —dijo enfadado—. ¿Cómo me dices eso? ¡Tú, que eres capaz de curar a un oso herido sin preguntarte dónde estará su madre!

Brett frunció el ceño sin saber a qué venía aquello.

—¿Quieres que la eche de aquí y la deje a su suerte? ¿Qué crees que sentiríamos si viésemos en las noticias que la han matado? ¿Tú qué sentirías?

Brett empalideció. No se había parado a pensar en ello y sintió una profunda angustia al pensar que realmente la vida de Catherine estaba en peligro.

—No habla tu inteligencia, solo tu mala leche —dijo Zach moviendo la cabeza con pesar—. Debemos protegerla, es de la familia.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó dolido—. Me excluiste como si yo ya no perteneciese a tu familia.

—Brett —dijo mirándolo a los ojos con fijeza—, eres mi hijo. Lo único que quería era protegerlos a los dos.

—Pues no vuelvas a hacerlo. Si hay que protegerla lo haremos juntos.

—¿Estás seguro? Ese tipo es un mafioso, capaz de cualquier cosa.

—Tengo una buena escopeta en mi casa y nadie entra o sale del pueblo sin que todo el mundo lo sepa. Si llega algún forastero, lo sabremos.

—Nadie tiene que venir a buscarla porque nadie sabe que soy su padre —dijo Zach.

Brett sonrió con ironía.

—Bueno, teniendo en cuenta que solo lleva dos días aquí y ya se lo ha contado a tres personas, no tardará mucho en saberlo todo el pueblo.

—Pues tienes razón —dijo Zach sonriendo también.

—¿Cuánto tiempo crees que durará esto? —preguntó Brett después de beberse el café.

—No lo sé, pero espero que lo cojan pronto y pueda celebrarse el juicio cuanto antes.

—No entiendo cómo aún no lo han cazado.

—Esta vez lo vas a tener un poco más difícil, Norris —dijo Ignace

sentándose frente a él.

Norris Klein era un asesino a sueldo con un gran historial a sus espaldas. Parecía un vendedor de teléfonos móviles; le encantaba la tecnología y tenía toda clase de maquinitas. Le gustaban los videojuegos y tocaba la batería para relajarse. Aparentemente era un tipo agradable, hablaba con todo el mundo y tenía una risa fácil. Adoraba a los gatitos, eran su debilidad, aunque no tenía ninguno porque no podría ocuparse de ellos.

Ignace le entregó una fotografía y Norris a su vez le hizo una foto con su móvil.

—Se llama Catherine Dowse, es diseñadora de moda. Su madre era Bette Dowse, si la buscas en Google te darás cuenta de que era alguien muy importante. Tiene mucha pasta y recursos. Ha entrado en protección de testigos, pero mi contacto dice que no hay datos de ella en ninguna base. Parece ser que no aceptó las condiciones excepto una nueva identidad: Larissa Hogan. No sé cuántas Larissa Hogan habrá en el país, pero quiero que la encuentres y la mates.

Norris Klein se inclinó sobre la mesa y cogió una patata frita de la bolsa que uno de los hombres de Ignace había dejado junto a dos cervezas.

—No parece un trabajo difícil —dijo limpiándose la manos con el pañuelo que sacó de su bolsillo—. ¿Quién es tu contacto?

—Dolores Guzmán.

—¿Y la señorita Guzmán sabe quién es, pero no sabe dónde está?

—Exacto. Sabe quién es porque ella fue quién me dio el alto y quién le salvó la vida.

—Interesante. —Klein cogió su botella de cerveza y dio un largo trago.

—Parece que los de protección de testigos no se fían ni de los suyos y no hay datos de su paradero. Tienes un nombre y tienes sus fotografías en Internet. Hoy casi todo el mundo está en Internet —dijo con expresión de fastidio—, aunque no me gusten las redes reconozco que para algunas cosas resulta práctico.

—¿Cómo puedes decir que no te gustan? —Norris lo miró como si estuviera loco—. Es lo mejor del mundo. Puedes contactar con personas que están en el otro hemisferio, ver la aurora boreal desde tu sillón en tiempo real. ¡No sabes lo que dices Ignace!

—Lo que tú digas —el mafioso se llevó la botella a la boca al tiempo que arqueaba una ceja—. Tú bórrala y te pagaré tanta pasta que podrás comprarte un satélite para ti solo.

Norris sonrió.

—No tienes ni idea de lo que cuesta un satélite.

—Pues ni zorra, la verdad. —Ignace se apoyó en el respaldo con expresión fría y calculadora—. Te pagaré el doble que la otra vez y todos los gastos que tengas hasta que la encuentres. Jerry te dará la mitad ahora y una tarjeta que puedes utilizar sin problemas. En caso de me cojan el tiempo empezará a correr y deberás actuar con mayor celeridad. No me importa si tienes que cargártela cuando suba las escaleras de los juzgados. Ni siquiera me importaría si estuvieses sentado en la misma puta sala. La quiero muerta y bien muerta.

—Intentaré que sea antes, si no te importa. —Norris se sacudió el pantalón y se puso de pie—. No tengo ningún interés en que me enchironen.

—Por cobrar no tienes que preocuparte, la persona que tiene tu dinero no está fichada y no corre peligro. Pase lo que pase, si haces tu trabajo, cobrarás.

—Esa Dolores... ¿Le tienes algún aprecio?

—Haz lo que tengas que hacer —sentenció Ignace.

Catherine cerró la tienda y miró a uno y otro lado de la calle. No es que tuviese miedo, pero tampoco se sentía tan segura como antes. Se suponía que Glennys era la encargada de llevarla a casa todas las noches, pero la mujer no estaba, así que tendría que buscar otro modo de llegar. Se fijó en la camioneta aparcada cuando Brett encendió las luces. El hombre le hizo un gesto para que se acercase, pero ella no se movió. ¿En serio pretendía que se subiese a su vehículo después de la horrible discusión que habían tenido?

—¿Vamos a estar aquí toda la noche? —preguntó desde el otro lado de la calzada.

—Buenas noches, Brett —dijo una mujer al pasar delante de Catherine.

—Buenas noches, señora Saunders.

Catherine cruzó la calle y se quedó parada delante de la puerta del copiloto, mirándolo a través de la ventanilla bajada.

—Tú padre me ha enviado a recogerte —explicó él—. Glennys le dijo que hoy no podía acompañarte. Anda, sube de una vez.

Catherine dudó unos segundos, pero finalmente obedeció consciente de que había mucho trecho hasta la casa de Zach y que no le apetecía caminar

por el bosque en plena noche.

Brett puso el motor en marcha mirándola de soslayo. Catherine tenía la cabeza girada hacia la ventanilla y no se movía.

—¿Qué tal las ventas? —preguntó él.

La diseñadora lo miró desconcertada.

—¿En serio quieres mantener una conversación trivial conmigo?

Brett hizo gestos con la boca mientras pensaba en una respuesta válida.

—Siento haber sido tan duro contigo —dijo.

Aquello sí que la sorprendió. Había estado llorando durante una hora después de que se marchara, sintiéndose la persona más horrible y egoísta del planeta. ¿Y ahora se disculpaba?

—Eres la hija de Zach y eso nos convierte en algo así como hermanos — dijo él mirándola de vez en cuando sin perder de vista la carretera—. Somos familia y la familia se ayuda cuando está en dificultades.

Catherine bufó por la nariz y volvió a mirar por la ventanilla.

—¿No dices nada? —preguntó él metiéndose por el sendero que llevaba a la casa de Zach.

—¿Qué quieres que diga? —Se le quebró la voz y no pudo contener los sollozos.

Brett aparcó saliéndose del sendero y se giró hacia ella.

—Catherine —la llamó por su nombre.

—No deberías llamarme así —dijo mirándolo con la cara bañada en lágrimas—, debemos mantener la tapadera.

—Entonces te llamaré Calarissa —dijo sonriendo.

Catherine sonrió también y su aspecto fue demoledoramente vulnerable.

—No me di cuenta de que mi decisión fuese tan egoísta —explicó limpiándose la cara—. Estaba tan asustada y me sentía tan sola...

—No estás sola —dijo él apartando un mechón de pelo que se le había pegado al rostro.

—Tienes razón en que debí venir a verlo en cuanto lo supe. Sobre todo después de que mamá muriese. —Los sollozos volvieron sin que pudiese impedirlo—. Pero no me atreví. No sabía nada de él, si tenía una familia, si querría conocerme. Pensé que encontrarse de pronto con una hija de la que no sabía nada podía no ser una buena noticia.

—Eres digna hija suya —dijo Brett con ternura—. Los dos pensáis demasiado.

Catherine se calmó y limpió de nuevo sus lágrimas con el pañuelo que

encontró perdido en uno de los bolsillos de sus vaqueros.

—Cuando la policía quiso meterme en protección de testigos pensé en él y me negué. Podía venir y comprobar qué clase de persona era. Tenía que abandonarlo todo por un tiempo así que tampoco es que tuviera muchas opciones. Me resultó más fácil arriesgarme. —Lo miró con ojos de mono asustado—. Eso me convierte en una soberana cobarde, ¿verdad?

—También en eso os parecéis —dijo él sonriendo.

—No sé cómo tomarme eso —respondió ella empezando a tranquilizarse.

—No podemos estar analizando todo lo que hacemos, Calarissa. Somos humanos y la cagamos constantemente, lo importante es saber regresar al punto de inflexión.

—¿Y yo estoy en ese punto ahora?

Brett asintió.

—¿Ya no quieres que me marche?

El restaurador hizo como si se lo estuviese pensando y luego sonrió.

—La familia —dijo juntando todos los dedos señalando hacia arriba como hacía la mafia italiana.

—Llegó con un montón de arañazos y golpes en las rodillas —explicaba Zach.

—Los golpes en las rodillas fue de cuando me caí huyendo de él —aclaró Brett.

—Sí, al principio huyó al verlo, pero después, al darse cuenta de que estaba herido regresó para ayudarlo. —Zach acabó de contar la historia de cómo Brett había ayudado a una cría de oso que estaba herida.

—¿Cuántos años tenías? —preguntó Catherine asombrada.

—Catorce —respondió Brett.

—¿Y no tuviste miedo? —siguió interrogándolo sin prestar atención a la comida de su plato.

—La verdad es que no lo recuerdo —dijo—. Simplemente lo vi allí atrapado en aquella trampa, herido y llorando...

—¿Llorando? —Catherine estaba conmovida.

—Para Brett todos los animales lloran, incluso los peces —explicó Zach—. No soporta la pesca, traté de que viniese conmigo muchas veces, pero

acabábamos enfadados así que dejó de venir.

—Al menos conseguí que solo pescara lo que fuese capaz de comerse —sonrió Brett.

—¿Por eso vas a pescar solo? —preguntó Catherine.

—Claro, no es agradable tener a alguien pegado a tu culo diciéndote que el pobre pez está llorando.

—Serás idiota —dijo Brett.

Catherine se echó a reír y los dos hombres la miraron satisfechos. En los diez días que llevaba allí era la primera vez que la veían reír a carcajadas y su risa era tan agradable y contagiosa que acabaron riendo los tres a mandíbula batiente.

Catherine se sentó junto a Zach en el porche trasero cuando ya estaban solos.

—Me encanta la relación que tenéis. Es como si de verdad fueseis padre e hijo.

Zach se llevó la pipa a la boca y aspiró el humo con deleite.

—¿Sabes que fumar mata? —preguntó Catherine sin poder contenerse.

—Sí, hija, lo sé —dijo y después aspiró de nuevo—. La vida se acaba en un momento u otro, lo importante es que cuando llegue sientas que ha merecido la pena.

Catherine se recostó contra la pared y miró el cielo estrellado disfrutando del momento. Por primera vez desde que tuvo que ver morir a Tom sintió cierta paz en su ánimo.

—¿Por qué nunca te casaste? —preguntó—. ¿No hubo ninguna mujer especial en este tiempo?

Zach no contestó inmediatamente, parecía necesitar pensarlo.

—No lo suficiente —dijo.

Catherine estaba pensando en Glennys. Había visto cómo la anciana lo miraba y era evidente que sentía un profundo sentimiento hacia él. No estaba segura cómo es el amor a esa edad, pero sospechaba que no se diferenciaba demasiado de lo que se siente a cualquier otra.

—Glennys se me declaró hace años —dijo Zach de pronto.

—¿Qué? —Se incorporó para mirarlo con atención.

—Esa mujer está loca —dijo sonriendo divertido—. Se presentó aquí un día por la noche, estaba recogiendo los platos de la cena y entró sin llamar.

Por aquel entonces las puertas de las casas siempre estaban abiertas...

—¿Cuándo fue eso? —preguntó con interés.

—Pues, vamos a ver... —dijo pensativo—. Ese verano me marché y estuve fuera dos años. Era primavera, así que hace veintitrés años. Yo tenía treinta y ocho y ella debía rondar los treinta y dos.

—¿Y qué le dijiste?

—Que me marchaba y que no sabía si volvería.

Catherine percibió un deje de tristeza.

—Se quedó conmigo aquella noche. —La miró por encima de su pipa—. Supongo que estas no son cosas que se hablan con una hija.

Catherine se encogió de hombros.

—No tengo mucha experiencia en eso —dijo con tristeza.

—¿De qué hablabais con tu madre?

Catherine sospechaba que aquella no era la pregunta que deseaba hacerle.

—De todo —dijo—. Siempre fue muy franca conmigo en todos los aspectos de su vida, excepto en lo referente a mi padre. La única vez que hablamos de ti fue cuando estaba a punto de morir. Entonces me contó que fuiste el amor de su vida, que nunca amó a nadie como te amó a ti. Que eras un ser especial y único y que te tuvo presente todos los días de su vida.

Zach se mantuvo inmóvil con la mirada fija en el horizonte, pero Catherine percibió la tensión que se ocultaba bajo esa capa de indiferencia.

—Me dijo que si alguna vez necesitaba consuelo, ayuda o protección, que acudiese a ti, porque aunque nunca hubieses sabido de mi existencia me acogerías con los brazos abiertos.

—Cuando la conocí tenía tu edad —explicó él sin dejar de mirar los árboles del bosque—. Te pareces mucho a ella, aunque estás más flaca. A Bette le gustaba mucho comer y siempre estaba corriendo y haciendo ejercicio para no engordarse. Me hizo poner un columpio ahí, entre esos dos árboles y era capaz de pasarse horas columpiándose mientras cantaba.

—¿Mamá cantaba?

—¿Que si cantaba? —dijo él riendo—. ¡No paraba nunca! Era capaz de agotarme con sus trinos.

Catherine vio que se ponía triste de repente.

—Después no soportaba el silencio que dejó tras de sí. Me sentía como si hubiese muerto y se hubiesen olvidado de mí.

Su hija se levantó y fue a arrodillarse junto a él. Le cogió la mano y se la llevó a la cara cerrando los ojos, trasmitiéndole todo su cariño.

—No me hagas caso —dijo Zach soltándose para ponerse de pie. Apagó la pipa y vació las cenizas golpeándola contra una de las columnas del porche —. Hablo como un viejo.

Catherine lo vio entrar en la casa y volvió a sentarse en la silla que había ocupado junto a él. Recordó todos los momentos en que vio triste a su madre. Las veces la escuchó llorar sin que consiguiera saber nunca el motivo. Ahora ya lo sabía, estaba segura que sus lágrimas eran por él y por todo a lo que renunció para conseguir su sueño.

Se preguntó si había valido la pena. Si no hubiesen sido más felices juntos, viviendo en aquella casa de un pueblo perdido de Carolina del Norte. Rodeados de amor y ternura.

No quería juzgar a su madre, era la persona a la que más había querido, y siempre había sido buena con ella. Además cada uno ha de vivir su vida como mejor le parezca y aceptar si después las decisiones que hemos tomado no nos compensan por los que hemos perdido.

Ella estaba allí en ese momento y no desperdiciaría la oportunidad que le había dado la vida para conocer a su padre y saborear de algún modo la vida que pudo haber tenido.

Algo que no le había pasado nunca

—No podemos darte mucho más margen, Glennys. Van a ejecutar la hipoteca como no encuentres el modo de pagar algún plazo. He venido porque soy tu amiga, pero los bancos no entienden de amistad y lo sabes.

—Gracias Keely —dijo la anticuaria con pesar—. Veré qué se me ocurre.

Catherine se mantuvo en la parte de atrás de la tienda hasta escuchar la campanilla.

—¿Tienes problemas con el banco? —preguntó con todo el tacto de que fue capaz.

—¿No te han enseñado que es de mala educación escuchar las miserias ajenas? —dijo Glennys con una sonrisa—. ¡Ay, sí! Llevo un poco de retraso en mis pagos y creo que me he metido en un problema del que no voy a poder salir.

Catherine se acercó a ella y la cogió de las manos.

—¿Cuánto retraso? —preguntó.

—Dos años.

—¡Dos años!

—Sí, ya sé que parece mucho, pero es que a la gente no parece interesarles las antigüedades y cada vez vienen menos turistas...

—Pero ¿cómo me contrataste? No puedes pagarme un sueldo en estas condiciones.

—Claro que puedo —dijo Glennys con expresión ofendida—. Siempre he pagado a todas las personas que he contratado y te aseguro que han sido muchas en todos estos años.

—Pero no puedes hacerlo, Glennys, te quitarán la tienda.

—¿Solo llevas aquí dos semanas y ya crees que conoces a esta gente? —preguntó negando con la cabeza—. No, a ellos les interesa que a mí me vaya bien, esperarán a que llegue una buena racha...

Catherine la cogió por los hombros y la miró fijamente tratando de averiguar si estaba hablando en serio o se trataba de una broma.

—¿Cuánto dinero necesitas? —preguntó.

Glennys se soltó de inmediato y negó con la cabeza.

—De ninguna manera, no vas a darme tu dinero...

—Tengo dinero de sobra —dijo Catherine sin darse cuenta y se sintió mal al instante—. Quiero decir que puedo ayudarte sin problema.

Entonces recordó dónde estaba y lo que la había llevado allí. Soltó a Glennys y se llevó la mano a la cabeza.

—No puedo —dijo pensativa—. No puedo tocar mis cuentas, ni sacar dinero de ningún modo. Eso le serviría a Gilbourne para localizarme.

—Tampoco lo aceptaría —dijo Glennys con expresión orgullosa.

—Pues debemos encontrar una solución —dijo Catherine.

Glennys la miró un instante y después de unos segundos de duda abrió el cajón en el que guardaba los libros de cuentas y los sacó dejándolos sobre el mostrador.

—Aquí tienes —dijo—, puedes mirarlos cuanto quieras. Te aseguro que me quitarás un peso de encima si encuentras un modo que haga que sea rentable otra vez. Esta tienda es mi vida y quisiera morirme trabajando en ella.

Catherine respiró hondo mirando aquellos arcaicos libros. No imaginaba que todavía hubiese gente que llevase su contabilidad así. Asintió y cogió los cuadernos. A llevar las cuentas fue lo primero que le enseñó su madre.

—¿Te importa si me los llevo a la trastienda para revisarlos?

Durante toda la tarde estuvo mirándose cada apunte y cada dato escrito en aquellos libros. Especialmente los de los últimos dos años, que era el tiempo que Glennys llevaba sin pagar sus plazos.

Cuando terminó de revisarlos se dio cuenta de que necesitaba un ordenador, pero Glennys no tenía. Pensó en la casa de Zach y se dio cuenta de que allí tampoco había visto ninguno. Su última esperanza era Brett. Sacó el móvil de su bolsillo y marcó el número del restaurador.

—¿Diga?

—Hola, Brett, soy...

—Calarissa —la cortó él al otro lado y Catherine detectó una sonrisa en su voz—. Tengo tu número memorizado, no es necesario que me digas tu nombre cada vez que me llamas.

—Es la primera vez que te llamo.

—También es verdad.

—Bueno, te llamaba para preguntarte si tienes ordenador.

—¿Ordenador? ¿Te refieres a esa cosa con pantalla y un teclado con letras? Esos cacharros los carga el diablo.

—Deja de reírte de mí y contéstame en serio, es importante.

—Claro que tengo —dijo él apoyándose en la pared y cruzando un pie sobre otro en pose relajada—. No soy un troglodita.

—Zach no tiene. —Catherine se recostó en el sofá y subió los pies a la mesa.

—Zach es un troglodita. ¿Para qué lo necesitas? Si puede saberse, claro.

—No es para ver porno, que supongo que es para lo que tú lo usas.

Brett sonrió más abiertamente y se mordió el labio antes de contestar.

—También veo videos musicales, no creas —dijo riendo.

—Claro, seguro.

—¿No me crees? Te dejo que mires el historial, nunca lo borro.

—Lo haré —dijo ella—, pero solo porque me has dado permiso. Soy una chica muy obediente.

—Me da a mí que esa es la mentira más gorda que has dicho desde que te conozco. Y mira que has dicho unas cuantas.

—Necesito hacer una hoja de cálculo —dijo poniéndose seria—. Glennys tiene problemas económicos, ¿lo sabías?

—Me temo que «Glennys» y «problemas económicos» son sinónimos —dijo Brett poniéndose serio también.

—¿De verdad? —Catherine bajó los pies al suelo y se llevó una mano a la cabeza con preocupación—. El banco está amenazando con ejecutar su hipoteca, lleva dos años sin pagar los plazos. No entiendo cómo han esperado tanto.

—Porque en Knightville todo el mundo conoce a Glennys. El banco también.

—Quiero ayudarla.

—No podrás —sentenció él—. Mira, hacemos una cosa. En una hora acabo aquí, me paso por la tienda, te recojo y vamos a mi casa. A Glennys no le importará que hoy salgas antes, además estarás trabajando para ella. Te explicaré una cuantas cosas sobre esa adorable mujer y luego, cuando vayamos a cenar con Zach, te llevas el portátil, yo puedo apañarme con el de sobremesa.

—¡Vaya! —exclamó Catherine riendo—. No solo tienes un ordenador, tienes dos.

—Para ser exactos, tres. Tengo uno grande en el despacho que es con el que hago mis diseños. El portátil solo lo uso para ver porno en la cama, es más cómodo, ya sabes.

—¿Y qué vas a hacer sin él? —Catherine trataba de aguantarse la risa.

—Ya se me ocurrirá algo.

Cuando colgaron Catherine volvió a recostarse en el sofá con el teléfono apoyado en los labios. Por un momento su mente la obligó a imaginarse a Brett Wenham haciéndose una paja y el corazón se le aceleró peligrosamente.

—¿De verdad no te importa? —preguntó con la mano en el pomo de la puerta antes de salir.

—No seas tonta —dijo Glennys señalando los libros de cuentas que llevaba en la mano—, encima que vas a mirarte eso.

—Voy a hacer algo más que mirármelos, voy a encontrar una solución para tu problema, te lo prometo —dijo Catherine sonriendo.

Salió de la tienda y corrió para subirse a la camioneta.

—Hola —dijo cerrando de un portazo.

—Para ser tan finolis hay que ver los golpes que le das a mi carroza, en una de esas te quedas con la puerta colgando.

Catherine se echó a reír al recordar que su madre le decía lo mismo.

—Soy muy bruta cerrando las puertas, por eso Tom no me dejaba nunca cerrarl...

De repente se puso pálida y se agarró al asiento como si perdiera el equilibrio. La imagen de la cabeza de Tom reventada por el disparo a bocajarro la hizo cerrar los ojos aterrada.

—Tom era tu chofer —dijo Brett con suavidad.

Catherine asintió y apretó los labios tratando de contener las lágrimas. Abrió los ojos y parpadeó varias veces mientras se daba aire con la mano y soplaba, como si aquello pudiese alejar la angustia.

—No pasa nada que llores —dijo él sonriendo con ternura—, ya te he visto antes. De hecho, creo que estás más atractiva con la nariz completamente roja y la cara empapada. Eso realza tu belleza natural.

Catherine se echó a reír y le dio un falso golpe en el hombro que apenas lo desplazó medio centímetro.

—Vámonos de una vez.

Catherine puso la radio y buscó una emisora de Rock. Brett la miró sorprendido.

—¿En serio? ¿ACDC?

—¿Qué te pensabas? ¿Qué era más de Pop?

—No sé, yo habría dicho que eras de Cristina Aguilera, Taylor Swift...

—Me gusta Taylor Swift, pero prefiero ACDC —dijo Catherine y subiendo el volumen empezó a hacer los coros de Thunderstruck para deleite de Brett.

Entraron en la casa y Catherine lo siguió en busca del portátil.

—No sé dónde lo dejé ayer —decía él mientras entraban y salían de la cocina sin éxito—, voy con él a todas partes cuando no estoy sentado trabajando y lo dejo cada vez en un sitio. Estoy pensando seriamente en ponerle un sensor de rastreo.

Entraron en el despacho y Catherine se quedó maravillada de aquella estancia. De repente se sintió transportada a los años veinte del siglo pasado y lanzó una exclamación admirada.

—¿No habías entrado aquí? —preguntó él con evidente satisfacción.

Catherine negó con la cabeza sin disimular su entusiasmo.

—¿Te gusta?

—¡Me encanta! —dijo contemplando la preciosa librería de madera que ocupaba la pared más grande. Después caminó hasta los sillones con orejones, tapizados en verde hoja y acarició la mesa de centro con patas torneadas. Pero lo que más llamó la atención fue el escritorio antiguo situado de espaldas a la ventana.

—Es victoriano —dijo Brett acercándose al mueble y acariciándolo con suavidad—. Madera de caoba. Lo traje desde Inglaterra. A estos escritorios se los llamaba «de socios» porque pueden utilizarse por los dos lados —le hizo un gesto para que lo rodease y lo viese por ella misma—. Por un lado es todo de cajones y por el otro tiene dos puertas.

—Es enorme —dijo Catherine tocando en la superficie un rectángulo de color verde.

—Es cuero original —explicó Brett acariciándolo también—. La restauré yo mismo.

Sus manos se tocaron y Catherine se sintió ridículamente turbada lo que la hizo apartarse de golpe. Brett mostró una de sus sonrisas divertidas y la diseñadora decidió actuar como si nada.

—Bueno, al final me iré sin portátil, ya lo veo.

—¡Ya sé dónde lo dejé! —dijo de golpe y salió del despacho rápidamente seguido de cerca por Catherine.

Subieron las escaleras hasta la primera planta y entraron en el baño. Sobre la encimera de mármol descansaba el ordenador.

—Me di un baño anoche y lo traje para escuchar música mientras me relajaba.

Catherine frunció el ceño desconcertada. ¿En serio se había dado un baño?

—¿Qué? —preguntó él mirándola con curiosidad.

—No sé, me preguntaba si también te pondrías velas —dijo aguantándose la risa—. ¿Y sales? ¿Usas sales de baño?

—¿Te estás cachondeando? —preguntó entrecerrando los ojos.

—Nnnno. —Cada vez le costaba más aguantarse mientras giraba sobre sí misma buscando algo.

—Venga, suéltalo, ¿qué buscas?

—El gorro —dijo y sin poder aguantarse más rompió a reír a carcajadas—, busco el gorro de baño y la bata de boatiné.

—¿Te estás divirtiendo? —preguntó él sin inmutarse.

—Mucho —siguió riendo ella—. Tengo una imaginación prodigiosa.

—Ya veo. —Brett cogió el portátil y salió del baño seguido por las risas de Catherine.

Bajaron las escaleras y Brett entró en la cocina dejando el portátil sobre la mesa.

—No tiene contraseña —explicó abriéndolo para mostrárselo—. Si necesitas conectarte a Internet tendrás que venir aquí, Zach no tiene wifi.

—No creo que lo necesite, al menos de momento —comprobó que tenía un programa de hoja de cálculo y ya iba a cerrarlo cuando tuvo una duda.

—¿Te importa si miro algo en Internet? —preguntó.

—Claro —dijo él—. Adelante. Tengo que hablar por teléfono con los chicos. Estaré ahí fuera.

Catherine quiso decirle que no hacía falta que se marchase, pero no fue lo bastante rápida.

Buscó noticias en internet sobre lo que había pasado y vio algunas fotos del entierro de Tom y la fotografía que se había publicado de Ignace Gilbourne, que estaba en busca y captura.

Escribió en el buscador el nombre del mafioso y buscó durante unos minutos. Encontró diversas fotografías y también lo mencionaban en algunos artículos sobre los niños de la calle que acababan en bandas u otras organizaciones criminales. Entre las fotografías había una en la que posaba

toda una clase del colegio al que asistió Ignace. La amplió por curiosidad morbosa. Quería ver qué cara tenía aquel asesino sanguinario cuando solo era una inocente criatura. No había en él ningún rasgo que indicase en qué se convertiría en el futuro. Era igual que los demás críos que aparecían en aquella fotografía. Igual que la niña que estaba delante de él y a la que parecía querer tirar del pelo. Seguro que le gustaba...

Catherine entrecerró los ojos para enfocar mejor y empalideció. Volvió al buscador y escribió el nombre de Dolores Guzmán y lo que encontró le heló la sangre en las venas. Habían hallado muerta a la policía junto a su madre y a su hermano. Alguien había entrado en su casa y los había matado después de torturarlos.

Se puso de pie temblando como una hoja, el corazón le latía desbocado y tenía ganas de vomitar. Se acercó al fregadero y abrió el grifo para mojarse la cara. Brett se dio cuenta de que algo iba mal y colgó el teléfono.

—¿Te ocurre algo? —Se acercó y le puso una mano en la espalda con suavidad.

Catherine no lo pensó se volvió hacia él y lo abrazó apoyando la cara en su pecho.

—La ha matado, Gilbourne la ha matado.

Catherine estaba ya más tranquila. Se habían sentado y Brett le había preparado una tila para que se calmase.

—Estoy segura de que los torturaron para sacarles información. —Se estremeció.

—Pero si es la de la foto del colegio de Gilbourne quiere decir que se conocían desde niños —dijo Brett—. ¿No crees que eso signifique algo para él? Quizá estaba bajo su protección y quienes la han matado no tengan nada que ver con tu caso.

—Ella me salvó la vida, hizo que él huyera y no me disparase. Iba a matarme. —Movi6 la cabeza negando—. Es demasiada casualidad. Quizá no tenga nada que ver, pero no puedo evitar que mi cabeza me diga que sí que, sea quien sea el que lo hizo, me busca a mí.

—Bien. Hagamos como que eso es cierto. ¿La policía sabe donde te escondes? ¿Tienen alguna información sobre tu paradero?

Catherine negó antes de responder.

—No, solo una persona lo sabe y te aseguro que no va a contárselo a nadie. Es un profesional muy experimentado en estos temas. Él fue el que

organizó el operativo de manera que ninguno de los agentes sabía quién era yo y de donde venía. Cada uno me esperaba en un punto al que yo llegaba desde el punto en el que me había dejado el anterior. No se vieron, no contactaron entre ellos. Todo para que nadie supiese a dónde iba. Solo Mitch Hunton.

—¿No estás dentro de ninguna base de datos? Dolores tendría acceso...

—No —le cortó ella—. No se me introdujo en el sistema. Era una persona de alto riesgo. Gilbourne mató al anterior testigo cuando iba a testificar. No se arriesgarán a perderlo de nuevo.

—Aún no lo han cogido —dijo Brett con preocupación.

—Lo cogerán —afirmó Catherine nerviosa—. Tienen que cogerlo.

Él la miró con ternura y la cogió del brazo tratando de infundirle seguridad.

—No estás sola. Zach y yo estamos contigo. No dejaremos que te pase nada.

—¡Oh, Brett! No sabes el miedo que tengo —confesó—. Cada vez que cierro los ojos veo a Tom con el cráneo destrozado, en medio de un charco de sangre y recuerdo el terror que sentí cuando ese monstruo me apuntó con el arma...

Brett la atrajo hacia él y la abrazó con firmeza, tratando de infundirle seguridad. No fue algo planeado, simplemente bajó la cabeza y buscó sus labios de manera instintiva. Catherine entreabrió la boca y lo dejó entrar sin reservas. El fuego se encendió entre ambos y la calidez se tornó en fiebre. Brett le acariciaba el pelo sin dejar de explorar con su lengua mientras Catherine se rendía por completo ante él.

Brett siguió con las caricias, bajando por el cuello, recorriendo su espalda. Ella se estremeció al percibir la fuerza que emanaba de él, sus músculos y aquellas rotundas manos que la acariciaban con tanta suavidad. La sangre latía frenética dentro de su cuerpo y abrió los ojos para mirarlo. Brett se quedó prendado en su mirada y supo que algo le estaba pasando. Algo que no le había pasado nunca. Se asustó y la apartó con suavidad al tiempo que negaba con la cabeza.

—Esto no está bien —dijo—. Zach...

Catherine lo miraba confusa, aún no se había deshecho del embrujo que acababa de poseerlos.

—Zach —susurró y de pronto la preocupación volvió a cubrirlo todo—. Zach no debe saberlo. No le hables de Dolores ni de lo que le ha pasado, por

favor.

Brett asintió sin poder evitar aquel sentimiento de decepción al ver que lo único que a ella le preocupaba era aquello. Tenía razón, Zach no debía saberlo, solo serviría para que se preocupase.

—Tranquila, no le diré nada.

Ninguno de los dos mencionaría lo que acababa de ocurrir.

—Glennys no tiene remedio —dijo Zach enfadado—. ¿Por qué no ha dicho nada?

—Es muy orgullosa —dijo Catherine—, no quiere ni oír hablar de que la ayuden.

—Pues hay que ayudarla igual —sentenció Brett.

—Yo no puedo tocar mis cuentas —explicó Catherine—. Podrían localizarme si hago algún movimiento en ese sentido. Pero podríais darle el dinero vosotros y cuando todo esto se solucione yo os lo devolvería.

—Habló la potentada —dijo Brett mirando a Zach con una sonrisa.

—Se piensa que somos unos miserables —respondió Zach en el mismo tono.

—Claro, ella viene Nueva York y nosotros solo somos unos paletos de Carolina.

—Ya te digo —asintió Zach.

—Vale ya, que estoy aquí —Catherine ya sabía que le estaban tomando el pelo.

Se había propuesto que su padre no se percatara de su preocupación, así que les seguía el juego tratando de parecer relajada.

—Lo malo con Glennys es que volverá a hacerlo —dijo Zach jugando con las migas de pan que habían caído en el mantel—. Aún recuerdo cuando quiso hipotecar su casa para ayudar a los Langford. Tuve que sacarla del banco a empujones, y porque me llamó Keely que si no...

Catherine lo miró sin comprender.

—Explícaselo tú, anda —dijo Zach mirando a Brett.

—Glennys es de ese tipo de persona que cree que puede ayudar a todo el mundo —explicó Brett—. Si se entera de que a alguien le hace falta algo es la primera en acudir a socorrerlo. Eso le ha procurado muchos problemas y la ha dejado sin dinero demasiadas veces. El caso de los Langford fue

sangrante. Jon Langford era un irresponsable manirroto que arruinó a su familia a fuerza de gastar su dinero en ideas estúpidas que creía que lo harían rico. Si no hubiese tenido la delicadeza de morirse habría acabado arrastrando a Glennys a la ruina. Ella estuvo a punto de hipotecar su casa para ayudarles solo porque Cora Langford estudió con ella. Pero Glennys siempre ha sido así con el dinero. Pagó la comunión de los Cassidy, la boda de Page Ridd, el viaje por los cincuenta años de Kim y Rob... No acabaría nunca.

Catherine no daba crédito a lo que escuchaba.

—¿En serio? —preguntó anonadada—. Ahora entiendo todos esos apuntes en los libros. Pensaba que eran pedidos que no se habían cobrado.

—Sus amigos siempre intentamos estar atentos para cuando se propone alguna locura de esas, pero a veces no llegamos a tiempo —dijo Zach.

Su hija lo miró con atención preguntándose si ese había sido el motivo que impidió que Glennys y él tuviesen algo más que una noche de sexo sin compromiso.

—Igualmente hay que ayudarla —dijo rotunda—. No dejaré que le quiten su tienda, sé que suena fatal, pero para mí el dinero no es un problema y lo sabéis. Dejadme que la ayude.

—Yo puedo prestarle el dinero para pagar estos dos años —dijo Brett asintiendo—. No lo necesito para nada.

—Solo si después me permites devolvértelo —condicionó Catherine con firmeza.

—Para mí tampoco es un problema el dinero —dijo Brett muy serio—. No tendré nunca tanto como tú, pero conozco a Glennys desde siempre. Estuvo haciéndome tarta de chocolate durante años después de la muerte de mis padres. Al salir del Instituto me pasaba por su tienda y ella me daba mi porción de tarta especial. Aunque parezca una tontería aquel gesto suyo me hizo sentir menos huérfano y, después de Zach, es la única persona a la que he considerado siempre de mi familia. No dejaré que se quede sin la tienda y no hace falta que me devuelvas nada.

Catherine comprendió que le ofendería si seguía insistiendo y no dijo nada más.

No merece la pena arriesgarse

Después de mucho rato tratando de que el sueño llegara, se dio por vencida, encendió la luz y se sentó en la cama. La noticia del asesinato de Dolores y su familia la atormentaban y sabía que así no podría conciliar el sueño. Se levantó y cogió el portátil de Brett para llevárselo a la cama. Empezó a organizar todas las anotaciones de los dos últimos años del libro de Glennys e hizo un estudio de idoneidad del negocio. Revisó las compras y ventas, el tipo de cliente, las fechas de mayor afluencia...

Era más de la una cuando acabó de implementar una base de datos con todo lo que necesitaba saber. Se reclinó sobre los cojines para descansar la espalda y pensó en la tienda. La recorrió mentalmente buscando el potencial. En su cabeza cada cosa fue colocándose de manera adecuada y la configuración del local se fue transfigurando poco a poco de manera eficiente.

Había hecho eso muchas veces, aunque nunca con un negocio de antigüedades. Era diseñadora de ropa y su mente tenía una capacidad innata para visualizar sus pensamientos como si se proyectasen en una pantalla gigante.

Estaba claro que el negocio no funcionaba. Lo que era válido hace unos años, ahora no servía. La tienda necesitaba una página web, la posibilidad de comprar y vender online. También había que dar contenido y simbolismo a algunos objetos, a la gente le gustan los cuentos. La chica que había comprado las dos tazas no se llevaba dos simples cuencos de porcelana, se llevaba un pedazo de sueño, una porción de fantasía.

Empezaría por la web, eso era fácil. Se incorporó y volvió a coger el ordenador. Abrió el navegador, pero enseguida se dio cuenta de que no podría hacerlo porque Zach no tenía wifi. Miró el reloj de su mesita y se dijo que Brett estaría durmiendo. Nunca echaba el seguro a la puerta del jardín que daba a la cocina. Seguro que no le molestaría. Le dijo que podía ir cuando lo necesitase.

Encendió la linterna y salió al herboso jardín que crecía salvaje a las puertas de la casa de su padre. La noche era oscura y Catherine agradeció el

haz de luz, aunque no aliviaba demasiado su angustia al atravesar el trecho que la llevaba hasta el bosque.

Si fuese de día podría ver parte de la casa de Brett entre los árboles, pero en aquella oscuridad tan solo vislumbraba las hojas que pisaba y algún matojo o piedra del camino.

Aceleró el paso al recordar a Dolores. No había visto la fotografía de los cadáveres, pero era capaz de imaginar lo que se encontró la policía cuando llegó a su casa. Sobre todo por lo explícitos que eran algunos periodistas al narrar los hechos. Uñas arrancadas, piel quemada, dientes por el suelo...

Se estremeció y apretó el ordenador contra su pecho, como si aquel aparato pudiese protegerla del peligro que la acechaba y aceleró el paso.

Dio la vuelta hasta la parte de atrás y deslizó la puerta sobre su carril con sumo cuidado tratando de no hacer ruido. Se coló en cuanto la apertura dio paso a su pequeño cuerpo y la dejó abierta para no arriesgarse a que hiciese ruido al cerrarla. Esperaba que ningún animal nocturno se acercara a hacerle compañía. Ni siquiera encendió la luz, con la del portátil se apañaría. Apagó la linterna y la dejó sobre la mesa de la cocina junto al ordenador. Todavía no se creía que hubiese sido capaz de caminar por el bosque ella sola en plena noche. Sintió un escalofrío recorriendo su espalda y se apretó la chaqueta como si pudiese protegerla de los misteriosos peligros acechaban ahí fuera.

—Y luego tengo que volver —susurró.

Se quitó aquellos pensamientos de la cabeza y abrió el navegador de Internet. Lo primero que hizo fue escribir su nombre en la cajita del buscador. Llevó la flecha del ratón hasta la lupa y clicó.

Se desplegó una lista de páginas que hablaban de ella y de sus diseños. Ninguna mencionaba su desaparición. Zendra lo estaba haciendo bien manteniendo el secreto. Confiaba plenamente en su asistente y estaba segura de que se estaba encargando de todo a la perfección. Cuando pudiese volver a su vida la ascendería y le daría el despacho que se merecía, además de una sustanciosa subida de sueldo, claro.

Durante unos minutos siguió mirando su vida a través del objetivo de una cámara y poco a poco se fue sintiendo más y más triste. Se dio cuenta de que, aparte de su madre, no tenía a nadie en su vida. Nadie la esperaba en ningún sitio para darle un pedazo de tarta de chocolate.

Respiró hondo, se sacudió aquel depresivo estado de ánimo y buscó una de esas *webs de webs*. En una hora ya tenía hecha una primera versión. Era muy fácil trabajar con esos formatos ya preestablecidos y solo tenía que

retocar un poco para convertirlo en algo útil a tus necesidades.

Por supuesto le haría falta una versión de pago, aquella gratuita no la verían ni buscándola. Una que apareciese en los buscadores y tuviera una buena cobertura. Pero ella no podía introducir su cuenta bancaria. Se mordió el labio pensativa y se encogió dentro de la chaqueta. Había empezado a refrescar por las noches y la temperatura exterior se estaba colando en la habitación a través de la puerta abierta. Miró a su alrededor, la iluminación de la pantalla no es que abarcase demasiado trozo. Podría haber alguien escondido a dos metros y no lo vería.

Pensó en lo fácil que sería para alguien como Gilbourne acabar con ella. Lo fácil que es matar a una persona si tienes tripas para ello. La imagen de Tom y la de Dolores y su familia volvieron a su cabeza y sintió aquella pena reseca que se te incrusta en las venas. Recordó la última conversación con su chofer: su pequeño hijito estaba enfermo. Nunca volvería a ver a su padre.

Como Brett. También debió ser terrible para él perderlos a los dos así, de golpe, sin poder hacerse a la idea. Sin despedirse. Ella tuvo tiempo de despedirse de su madre. Pudo cogerla de la mano mientras se iba y besarla antes de que expirase su último aliento.

Se puso de pie y cerró con cuidado la puerta al jardín. Después encendió la luz y se acercó a la cocina para calentar agua. Se prepararía un té y Brett ni se enteraría. Su habitación estaba en el piso de arriba y ella no haría ningún ruido.

No se dio cuenta de que el asa de la cafetera estaba enganchada en la de la tetera y al sacarla se la llevó por delante. Intentó poner el pie para parar la caída contra el suelo y amortiguar el ruido, pero el golpe de la cafetera le hizo daño e instintivamente le dio una patada lanzándola contra la pared. El estrépito fue catastrófico y se quedó inmóvil, sujetándose el pie que le dolía enormemente y apretando los ojos como si así pudiese evitar lo que venía después.

Brett apareció en pijama y con una escopeta. Catherine levantó las manos en un gesto de rendición.

—Lo siento —dijo mortificada—. Se suponía que no ibas a enterarte.

El hombre miró a su alrededor, el portátil en la mesa, la cafetera y la tetera por el suelo y ella agachada con las manos levantadas. Se echó a reír a carcajadas y dejó la escopeta de pie, apoyada en una viga, para recoger los cacharros, mientras Catherine volvía a apretarse el pie que seguía doliendo un montón.

—Déjame ver —dijo él haciendo que se sentara y quitándole la zapatilla—. Tienes los pies helados, por eso te ha dolido tanto.

—Le he dado una patada a una cafetera de hierro —dijo ella—, supongo que eso también ha tenido que ver.

—Si fuese de hierro te habrías roto los dedos —respondió Brett poniéndole la zapatilla de nuevo—. Deduzco que prefieres el té, a juzgar por cómo has tratado a la pobre cafetera.

Catherine asintió sintiéndose fatal.

—Siento mucho haberte despertado, no quería, de verdad. He tenido mucho cuidado. Ni siquiera había cerrado la puerta para no hacer ruido. Pero me estaba quedando helada y he pensado que podía prepararme un té. Soy un desastre.

Brett preparó la tetera, la puso en el fuego y después se apoyó en la encimera mirándola con los brazos cruzados apoyados en el pecho desnudo.

—Vas a coger frío —dijo ella con timidez, preguntándose por qué no se ponía una camiseta como todo el mundo—. Deberías volver a la cama. Te prometo que me estaré quietecita.

La sonrisa de Brett se hizo más amplia y bajó los brazos.

—Deduzco que piensas pasar aquí la noche —dijo él acercándose.

Catherine pensó que el pantalón de su pijama era demasiado fino. Se esforzó en mantener su mirada a raya lejos de aquella parte tan íntima de su anatomía que se marcaba con tan incómoda claridad.

—Estarías más cómoda en una cama —dijo él.

¿Aquello era una invitación?

—Estoy bien aquí, gracias.

Brett le dio la espalda y Catherine no pudo evitar que sus ojos se fueran directos a aquel duro trasero que se marcaba bajo el pantalón. Cuando desapareció sin dar ninguna explicación ella se quedó mirando el hueco de la puerta con expresión desconcertada.

La tetera sonaba cuando Brett volvió a la cocina, con una camiseta lo bastante larga como para que Catherine pudiese relajarse un poco. Su involuntario anfitrión colocó una taza de té delante de Catherine y se sentó frente a ella con la suya en las manos.

—¿Qué hacías? —preguntó señalando el ordenador.

—¿A parte de robarte el Wifi? —la diseñadora sonrió—. Estaba haciendo una página Web para la tienda.

Brett asintió aprobador y se llevó la taza a los labios para beber. Catherine

no podía apartar la mirada de aquella boca y carraspeó al tiempo que cambiaba de postura. Se sentía tan estúpida que resultaba evidente.

—¿Te ocurre algo? —preguntó Brett.

—No, nada —mintió ella—. ¿Quieres verla?

Brett asintió y acercó el ordenador.

—Está muy bien. Sencilla, pero eficaz. Has hecho un buen trabajo.

—He utilizado una plantilla de base, pero después me he fijado en otras y he copiado algunos detalles.

—Esto y esto —dijo señalando dos barras laterales—, es de la de tu empresa.

—Te has dado cuenta —dijo sorprendida.

—Quítalo —dijo rotundo—. Si lo he visto yo, pueden verlo otros. Es demasiado original.

En un primer momento Catherine frunció el ceño sin comprender, pero al darse cuenta de por qué lo decía empalideció.

—No van a reconocer... Cualquiera podría...

—No merece la pena arriesgarse. Quítalo.

Catherine asintió y entró en el diseño para cambiarlo.

—¿Quién te enseñó a hacer páginas web? No creo que tenga mucho que ver con diseñar vestidos —preguntó Brett después de aprobar el nuevo formato de la Web.

—Mi madre —respondió Catherine subiendo el pie, aún dolorido, a la silla y cogiendo la taza caliente con las dos manos—, siempre decía que no importaba que tuviésemos gente que sabía hacer esas cosas, que la vida da muchas vueltas y debemos estar preparados para todo.

—Estabais muy unidas.

—Tuve mucha suerte por tenerla —dijo ella con un intenso brillo en la mirada—. Siempre hacía que todo fuese fácil y natural. La echo mucho de menos.

Brett sintió una punzada de dolor que le atravesó el costado y apartó la mirada sin darse cuenta. Catherine comprendió en qué estaba pensando.

—Tú también los echas de menos —dijo.

Brett la miró con aquella dulzura en los ojos que hacía que su pecho se caldease mejor que ninguna estufa.

—Fueron buenos padres —explicó—, aunque yo no les di muchas alegrías.

—Seguro que te adoraban.

—A pesar de todo —corroboró él con expresión triste—. Supongo que su muerte me cambió. Podría haberlo hecho para peor y, de no ser por Zach, creo que así habría sido. Pero enfrentarme a la pérdida me hizo darme cuenta de lo estúpido que había sido y dejé de comportarme como un gamberro. Algunas personas de este pueblo todavía me miran con mala cara —dijo con una sonrisa torcida.

—Pero ¿qué les hiciste? —preguntó sin disimular su curiosidad.

Brett bufó por la boca.

—Son tantas cosas que no tendría suficiente con una noche para contártelas —dijo—. Robar baratijas para regalárselas a la chica que me gustaba, rajar los sacos de trigo para hacer una guerra con mis amigos. Esperar a que el señor Tappin terminase de amontonar las hojas y correr a esparcirlas en cuanto entraba en su casa... Pero todo empeoró cuando pusimos un nabo en el tubo de escape del sherif.

—¡Eras un auténtico delincuente! —dijo Catherine asombrada.

—Bueno, Zach tuvo trabajo conmigo, realmente. —Sonrió—. Una vez me dio con el palo de la escoba, mira —dijo señalándose en la frente— la cicatriz que me dejó.

Catherine bajó el pie al suelo y se inclinó acercándose para verlo. Durante unos segundos sus rostros estuvieron a solo unos pocos centímetros de distancia. Sintió su aliento con el aroma del té rozándole los labios y recordó la suave textura de los suyos con un ansia muda.

—Juntos conseguimos revertir mi reputación con mucho esfuerzo —dijo él mirándola de un modo intenso, como si se hubiese dado cuenta de cuáles eran sus pensamientos.

—Por lo que he visto la gente te respeta —dijo ella.

—Tengo treinta años, ya ha llovido bastante desde entonces. Sería muy triste que no hubiese conseguido limpiar mi expediente frente a los vecinos de Knightville.

Catherine asintió y volvió a subir el pie a la silla.

—¿Y tú? —preguntó Brett mirándola con interés.

—¿Yo?

—Sí, ¿qué clase de niña eras?

—Buena.

—¿Buena?

Asintió, sonriendo divertida.

—Obediente, cariñosa, buena estudiante...

—Te comías las verduras y no te ensuciabas jugando con otras niñas.

—Básicamente esa es mi biografía, sí. —No dejaba de sonreír.

Brett asintió mordiéndose el labio en un gesto que resultó tremendamente sexy a ojos de Catherine.

—¿Y luego? ¿También fuiste una adolescente modosita?

—Pues, más o menos lo mismo. —Subió el otro pie a la silla y se abrazó a las rodillas—. Siempre he sido más bien sosa.

—Ya veo.

—Quizá era por la presión de ser hija única, saber que mi madre solo me tenía a mí era mucha responsabilidad. Lo cierto es que mis amigas de la universidad me decían que no sabía divertirme. No me gustaba beber, no me sentía atraída por las drogas y no me interesaba salir de fiesta.

—Todo un muermo. —Brett mostraba una decepción tan exagerada que resultaba muy divertido—. No quiero ni pensar cómo celebrabas tu cumpleaños.

—Pues la verdad es que solía salir a cenar con mi madre, luego íbamos al cine, o comprábamos chucherías y veíamos una peli en casa.

—¡Oh, Dios mío! —Brett se tapó la cara horrorizado y Catherine se echó a reír a carcajadas—. Dime que no eres virgen.

—No, no soy virgen. —¿En serio iba a ruborizarse?

Brett sintió una desbordante ternura al ver que sus mejillas se encendían como dos faros. Sintió unas terribles ganas de cogerla entre sus brazos y clavó la mirada en aquellos suaves y carnosos labios que sonreían inquietos. Ahora era él quién se moría por besarla.

—Pero lo fui hasta los veintidós, tampoco es que fuese muy precoz.

—Con tu novio, supongo.

Catherine asintió y pasó el dedo por la taza como si estuviese dibujándola.

—¿Han habido muchos?

—Solo Harry.

—¿En serio? ¿Solo él? Pero entonces debió ser una relación muy seria.

—Cinco años. Hasta los veintiséis.

—¿Planes de boda? —Brett parecía muy interesado.

—No. Estábamos esperando el momento perfecto —explicó Catherine negando con la cabeza—. Y de repente se terminó. Habíamos ido a un evento de moda, él es modelo y muy bueno, por cierto. No pongas esa cara, ya sé lo que piensas, pero te equivocas. Harry es hombre extraordinario.

—No he dicho lo contrario.

—Ya, pero sé que lo normal en estos casos es decir que él era superficial o que estaba muy pagado de sí mismo. Pero lo cierto es que era un hombre maravilloso y encantador. Su personalidad era mucho más bella que su físico, con eso te lo digo todo.

—Parece que lo quieres mucho.

—Sí, lo quiero mucho —confirmó ella asintiendo con la cabeza.

—Pero no lo suficiente como para casarte.

—Porque no lo quiero de ese modo.

Brett la miraba con curiosidad y Catherine se mordió el labio pensativa. Buscaba las palabras adecuadas y el hecho de no haber hablado nunca de eso con nadie no ayudaba.

—Harry era un grandísimo amigo, compartíamos muchas cosas y muchos recuerdos, nos conocíamos desde niños. Me sentía a gusto con él, cómoda. ¿Entiendes lo que quiero decir? Con él no hacía falta esforzarse.

—Creo que lo entiendo, aunque nunca he tenido eso con nadie.

—Nunca nos enfadábamos por nada. Jamás. —Negaba con la cabeza con expresión sorprendida—. Si él quería pizza, pues vale. Si yo quería un tailandés, pues de acuerdo. Me sentía tan cómoda con él como con mi madre. A veces incluso nos quedábamos con ella a ver una peli y comer palomitas.

—No había pasión —sentenció él con una sola frase.

Catherine entrecerró los ojos.

—Había sexo —dijo sincerándose—. Buen sexo.

—Tampoco es que hayas experimentado mucho —dijo él divertido.

—Bueno. —Volvió a sonrojarse—. Pero eso se sabe, ¿no?

—A mí no me mires, yo no estaba allí, y espero que tu madre tampoco.

—Serás... —Buscó algo que tirarle, pero la taza era un poco excesivo y no había nada más a mano.

—¿Y cómo se lo tomó Harry?

—Al principio muy mal. Estuvimos hablando durante horas y los dos lloramos mucho. —Se quedó un momento en silencio, pasando el dedo por la taza con suaves movimientos—. Le dije que quería ver Venecia antes de los treinta, que quería sacar un perro de la perrera. Le conté que uno de mis sueños era pintar y que no quería vivir siempre en Nueva York, quería tener una casa lejos de la ciudad... Él me contó que le habría gustado vivir París y lo había descartado porque no encajaba en nuestra vida juntos. Hablamos del sexo, claro. Los dos éramos conscientes de que nos faltaba algo. Jamás

habíamos hecho una locura, jamás hubo precipitación ni ansia.

—¿Qué ha sido de Harry? —Brett se llevó la taza a los labios y bebió sin apartar sus ojos de ella—. ¿Os veis a menudo?

—Vive en París desde hace dos años. —Sonrió—. Se presentó por sorpresa en el funeral de mi madre. No quería que pasara por eso yo sola y sabía que no tenía a nadie más. No como él.

—Familia.

—Eso es —dijo Catherine—. ¿Y tú? Cuéntame tú ahora.

Brett entrecerró los ojos.

—Yo nunca he tenido novia. He salido con muchas chicas, pero nunca me he comprometido con ninguna porque no he sentido nada lo suficientemente fuerte como para hacerlo. Sé que muchos piensan que soy un tarambana y que me gusta ir de flor en flor. Pero lo cierto es que respeto demasiado el compromiso. El día que me comprometa lo haré de verdad, sin ambages.

—Yo no pienso hacerlo —afirmó rotunda—. No creo que exista una persona para cada uno de nosotros. No creo en el amor con mayúsculas. Las personas se emparejan por afinidades más o menos fuertes, pero todas acaban perdiendo esa pátina de magia que las impulsó a unirse. En este mundo estamos solos, fingimos no estarlo uniéndonos a otros, pero al final debemos enfrentarnos a la realidad.

—Eso es muy triste.

—¿Me he puesto dramática?

—Un poco.

Catherine sonrió y bajó los pies al suelo.

—Voy a volver a casa y a dejarte dormir —dijo poniéndose de pie.

—No tengo sueño —respondió él levantándose también con una mirada que hizo que Catherine se apretase la chaqueta que se había puesto encima del pijama.

—Son las tres de la madrugada, si mañana te das un martillazo en el dedo no voy a poder perdonármelo —dijo evitando mirarlo. Colocó la silla en su sitio y luego cerró el portátil—. ¿Puedo llevármelo?

—Considéralo tuyo hasta que todo esto acabe. —Él colocó la silla también y cogió el ordenador antes de que lo hiciese ella—. Ni sueñes que vas a ir sola por el bosque a las tres de la madrugada.

No supo si fue el tono protector, el aroma de su colonia o que llevaba muchos días pensando en ello, pero Catherine se detuvo y lo miró con una

expresión que no admitía interpretaciones. Brett dejó de nuevo el portátil sobre la mesa, estiró el brazo y la atrajo hacia él suavemente. Colocó una de sus manos en su espalda mientras la otra se enredaba en sus cabellos a la altura de la nuca. Y entonces la besó como si aquel beso fuese a durar eternamente. Catherine notaba la presión de su cuerpo, la fuerza de sus pectorales. Pero, sobre todo, sentía su lengua como una promesa que incendió sus entrañas dormidas.

Brett se estaba dejando arrastrar por el momento, sabía que debía parar, aquello no le llevaba a buen puerto. Pero notaba el pulso acelerado de Catherine bajo los dedos y era como si una energía desconocida lo estuviese devorando. No había ningún otro modo de sobrevivir que no fuese beber de su boca.

Catherine deslizó las manos bajo su camiseta y acarició su cuerpo haciendo que Brett sintiera mariposas revoloteando bajo la tela.

—¿Estás segura de lo que haces? —preguntó él frente a su boca al notar que sus manos bajaban hacia sus pantalones.

—Te deseo.

Lo dijo con tal inocencia que Brett sintió que se desataban las fuerzas del infierno dentro de él. Una sacudida de pasión en estado completamente puro y salvaje lo arrolló. La empujó hacia la pared mientras le quitaba la chaqueta y la dejaba caer al suelo a su paso. Ella rodeó su erección con los dedos y presionó con suavidad, por si se le ocurría apartarse. Aquel gesto acabó por completo con la poca resistencia que le quedaba a Brett, que la agarró por las nalgas elevándola hasta altura adecuada.

Catherine lo besaba con desesperación, impactada por una emoción desconocida que no sabía cómo gestionar. Sabía lo que ocurría, pero era como si no fuese ella, como si ella no estuviese dentro de ese cuerpo que irradiaba un calor solar y la alejaba de la cordura.

Fueron sus manos las que la libraron su propia camiseta haciendo que sus pechos se mostrasen desafiantes ante él. Y sus manos las que hicieron lo mismo con la camiseta de Brett, porque necesitaba sentir el roce de su piel. Después sus piernas lo estrangulaban exigiéndole respuesta.

Brett sintió que perdía la cabeza y sabía que solo tenía que moverse muy suavemente dentro de ella para encontrar alivio a aquella tensión insobornable. Catherine quería decirle que lo hiciera, que no se detuviera, pero no le salían las palabras, nunca había experimentado unas sensaciones tan devastadoras y solo podía gemir y dejar que fuese su cuerpo el que

hablase por ella.

Ella lo eligió, él no

—Norris Klein, con K.

El recepcionista del motel levantó la mirada del libro en el que apuntaba y volvió a bajarla rápidamente. Aquel hombre tenía algo que no le gustaba, a pesar de sus ademanes tranquilos y su aparentemente amable tono de voz había una vocecilla en su cabeza que le decía que no era trigo limpio.

—¿Va a quedarse muchos días? —preguntó tratando de sonar indiferente.

—Estoy buscando a alguien —dijo con una sonrisa—. Soy detective privado.

El asesino a sueldo sacó una cartera y le mostró un carnet falso de detective y después una fotografía de Catherine.

—Se llama Larissa Hogan y se ha fugado después de robar un montón de pasta de la empresa de su padre —explicó guardando la fotografía después de que el recepcionista negara haberla visto—. El padre está que trina, como es normal. Te deslomas por tus hijos y no debe ser nada bonito que te roben en tus narices. ¿Usted tiene hijos?

El recepcionista negó de nuevo.

—Mejor. Yo tengo tres. —Le mostró una fotografía en la que aparecían tres niños y una encantadora pelirroja—. Los adoro, no vaya usted a pensar, pero dan mucho trabajo.

El recepcionista sonrió y su lenguaje corporal mostró que se había relajado. Nunca fallaba, la idea de estar frente a un padre de familia bajaba las defensas de casi todo el mundo.

—Debe ser duro su trabajo si le lleva a alejarse de su familia.

—A veces lo tomo como un descanso —dijo Norris riendo—, pero solo si es un día o dos, cuando pasa de eso ya empiezo a echarlos de menos.

—¿Y ahora lleva mucho fuera de casa?

—Esta noche será la cuarta. Acabo de llegar a Carolina del Norte, le perdí la pista en Virginia.

—Pues sí que se esconde bien. ¿Y sabe dónde está?

Norris sacó un mapa y lo puso sobre el mostrador.

—Según el autobús que cogió en Virginia puede haber bajado en cualquiera de estas paradas —dijo señalando varios pueblos.

—¿Y qué va hacer? ¿Recorrerlos todos? —El recepcionista lo miró como si le diera pena.

Norris se encogió de hombros poniendo cara de circunstancias.

—¿Y qué puedo hacer? Es mi trabajo y tengo que dar de comer a esas preciosidades que ha visto en la fotografía.

—Le daré una buena habitación, así al menos podrá descansar bien por las noches —dijo el recepcionista cogiendo la llave de su mejor habitación.

—Gracias, amigo. Con gente como usted es menos duro estar lejos de casa.

Norris Klein cogió la llave y se dirigió a las escaleras. Necesitaba una ducha y una noche de sueño reparador.

Tras dejar la bolsa de viaje sobre la cama y quitarse la chaqueta, encendió el televisor y se fue al mueble bar a ver si tenía algo. Tres cervezas y un agua con gas. No estaba mal para el cuchitril que había elegido. Abrió una cerveza.

«—Ignace Gilbourne ha sido detenido esta tarde cuando un coche patrulla le ha dado el alto al saltarse un stop».

Norris se acercó al televisor y subió el volumen.

«—Los agentes se han visto sorprendidos por la importancia del ocupante del vehículo y se han puesto un poco nerviosos, según han informado algunos testigos que han presenciado la detención. Finalmente, no ha habido ningún tiroteo y uno de los criminales más buscados del país ha sido detenido y puesto a disposición policial».

Norris se sacó el móvil del bolsillo y sacó la tarjeta sim, después lo cogió con ambas manos y lo partió por la mitad tirándolo dentro de su bolsa de viaje. Miró a su alrededor y vio que la habitación tenía calefacción por aire y localizó la rejilla en un saliente. Cogió una silla y se encaramó, sacó las llaves del bolsillo y abrió el llavero que era una navajita multiusos. Con la navaja de solo tres centímetros consiguió sacar la rejilla. Dejó la tarjeta sim dentro y volvió a colocarla. Se bajó de la silla y la limpió con un pañuelo. Después se sacudió las manos y la dejó donde estaba. Necesitaba un móvil nuevo.

Glennys escuchaba a Catherine con atención. La dejó hablar y hablar, miró la Web que había creado y siguió escuchándola hasta que tan solo podía prestar atención a las ondas de su cabello rubio y al modo en el que movía las manos.

—No te estás enterando de nada.

Glennys sonrió al ver que la había descubierto.

—Lo siento, hija, pero es que hablas como uno de esos abogados que salen en la tele. La mitad de las palabras que utilizas me suenan a chino y las otras me aburren mortalmente. Perdóname, pero es la verdad.

—Ya veo —dijo Catherine bajando la tapa del portátil de Brett.

—Te has tomado muchas molestias y no quiero que pienses que no te lo agradezco, pero he llevado esta tienda durante más de treinta años y no he necesitado ninguna de esas cosas.

—Pero ahora no va bien. Corres peligro de perderlo todo.

Glennys se levantó a preparar el café y la dejó a ella sentada a la mesa.

—Esa Web no va a hacer que yo sea una persona más cuidadosa y razonable —dijo mientras preparaba las tazas y ponía el café en el recipiente—. Todo es culpa mía, no puedo ver a nadie que me importe pasarlo mal por dinero.

—Por la falta de él, querrás decir —dijo Catherine con sarcasmo.

Su amiga se volvió a mirarla crítica.

—Entiendo que para ti resulte pintoresco, pero no es agradable saber que a alguien a quién conoces desde que eras una niña le van a quitar su casa. O que a tu antiguo vecino le hace falta una cortadora de césped y no puede pagarla. Sobre todo porque él fue quién te ayudó cuando tu padre se cayó del árbol que se había empeñado en podar y se encargó de vigilarlo a partir de entonces para que no volviese a ocurrir.

—Discúlpame si parezco indiferente —se apresuró a decir Catherine—, no quiero que creas que soy una persona insensible porque no he carecido de cosas. Entiendo que quieras ayudar a las personas a las que aprecias, lo entiendo y lo comparto. Lo único que yo pretendo, no es juzgarte, lo que quiero es que encuentres un modo de salir adelante, nada más. No te juzgo, de verdad. Has empleado tu dinero en aquello que tú has considerado necesario.

Glennys asintió, vertió el café en las tazas y se sentó con ella a la mesa.

—¿Qué propones? —preguntó.

—Lo de la Web no era una mera cuestión de imagen, es un medio para un fin: la venta online. Para ello deberíamos cambiar algunas cosas de la tienda...

—¿Qué cosas?

—Bueno, la organización es un poco caótica. No te enfades, por favor.

—No me enfado. Tienes mucha razón —dijo Glennys sonriendo y llevándose la taza humeante a los labios.

—En mi cabeza está bastante claro y si me dejas puedo encargarme de convertirla en un lugar mucho más eficiente. Con todo mi respeto.

—Deja de disculparte todo el rato —dijo la anticuaria—. No soy nada susceptible y ya deberías saberlo.

Catherine sonrió.

—Brett puede hacernos unas estanterías. —Ya tranquila se soltó la melena—. Y catalogaremos algunos de los objetos agrupándolos por características o utilidad. Adecuaremos algunos espacios como si fuese una escena. Por ejemplo, montar una mesita con un juego de té completo como si fuésemos a recibir visitas. Un apartado con el espejo de marco dorado y la cómoda de 1924...

—Al lado puedes colocar el vestido de novia.

—¡Sííí! ¡Tienes razón! Es una idea genial. Y podemos inventarnos una historia.

—Trágica, por supuesto —dijo Glennys divertida.

—Podrías encargarte de escribir algunas ideas y cuando montemos la tienda adecuamos la ubicación a las historias que se te hayan ocurrido. ¿Qué te parece?

—Me parece una idea fabulosa. ¿Crees que eso hará que venga más gente?

Catherine asintió.

—Pues adelante, habla con Brett —dijo la mujer—. Estoy segura de que nos hará un buen precio. Ese muchacho tiene el corazón de oro puro.

—Por lo que me estuvo contando no todo el mundo cree eso de él —dijo Catherine esforzándose en mostrarse distraída.

—No te ha contado que su madre sufría de terribles dolores, ¿verdad?

Catherine la miró con sobresalto.

—Cuando él era pequeño estuvo a punto de echarse una olla de agua hirviendo encima. Nora no tuvo tiempo de apartarlo, pero se puso delante y paró la caída con las manos. Se las abrasó completamente.

—Dios mío, eso debió dolerle mucho.

—Quemaduras de tercer grado —afirmó Glennys—, y dolores de por vida. Jamás la oí quejarse y sé a ciencia cierta que ni Kenny ni ella pensaron nunca que había sido por culpa de Brett, pero el niño creció con esa culpa igualmente.

Catherine sintió una gran tristeza al pensar en cómo se debió sentir.

—El psicólogo le dijo a Nora que esa rabia que lo consumía era contra él mismo y que debían amarlo y demostrarle que creían en él.

—No sabía que habían consultado a psicólogo.

—Cuando puso un nabo en el tubo de escape del sheriff se metió en un problema grave. Aceptaron perdonarle si visitaba a un psicólogo regularmente. Brett aceptó a regañadientes. Ese mismo año sus padres tuvieron el accidente.

—Debió ser espantoso para él. —Catherine se sentía profundamente conmovida.

Glennys movió la cabeza mientras trataba de borrar aquellos momentos de su ánimo.

—Nunca he visto tanto dolor en una criatura tan pequeña. Aguantó el funeral, la reunión en su casa... Por la noche se escapó y Zach lo encontró sobre la tumba de sus padres llorando desesperado, pidiéndoles que no lo abandonaran, que sería bueno.

Catherine se llevó la mano a la boca y los ojos se le llenaron de lágrimas. Glennys asintió.

—Sí, hija, fue espantoso —confirmó—, pero Zach estuvo ahí para él y lo cierto es que hizo un grandísimo trabajo con ese chico.

Catherine se limpió las lágrimas y asintió. Ahora comprendía que Brett necesitaba más a Zach que ella. Ella tuvo a su madre. ¿Qué habría sido de Brett después de aquello si no hubiese tenido a Zach?

—Esos dos se quieren muchísimo —dijo Glennys como si fuese capaz de leer sus pensamientos—. Tienes suerte de tenerlos en tu vida.

La diseñadora asintió, pero antes de que pudiese decir nada oyeron que alguien llamaba a la puerta.

—Voy a ver quién es —dijo Glennys saliendo de la trastienda.

Cuando volvió lo hizo acompañada de Zach que traía cara de preocupación.

—Ha salido en las noticias —dijo mirando a su hija—. Lo han cogido.

—¿Y ahora qué? —preguntó Glennys después de que Zach les explicase todo lo que habían dicho en televisión—. ¿Ya está? ¿Podrá volver a casa?

Catherine negó con la cabeza.

—Hasta que haya testificado no estoy fuera de peligro —explicó—. Ya hizo matar al último testigo antes de que hiciese su declaración en el juicio.

Lo mataron mientras estaba en un piso franco, protegido por varios agentes a los que también hizo asesinar. Ese hombre no tiene ningún escrúpulo y si me localiza antes de que pueda entrar en la sala de los juzgados, me matará.

—¿Entonces seguirás aquí hasta que se celebre el juicio? —preguntó Glennys.

—Sí, hasta entonces —respondió Catherine sin percatarse de la triste mirada de su padre.

El humo de su pipa se elevaba zigzagueante mientras los pájaros llenaban el aire con sus trinos. Zach extendió el brazo y cogió la taza de café que había dejado en el brazo de la otra silla, como era su costumbre. Al mirar aquella vieja silla la recordó allí sentada, con su melena rubia revuelta y las mejillas sonrosadas.

Nunca imaginó que su vida sería lo que finalmente había sido. No se arrepentía de casi nada y estaba moderadamente satisfecho. Pero no podía decir que hubiese sido feliz. Ni que deseara volver a vivirla. Ninguna de las dos cosas tenían una bonita respuesta.

Se arrepentía de haberla dejado marchar. A pesar de todo lo que ella le dijo, de las lágrimas en sus ojos cuando lo decía. A pesar de que en aquel momento creyó que debía dejarla marchar, que no podía robarle sus sueños. Ahora sabía que se equivocaba. Ella se equivocaba.

Había levantado un imperio. Había conseguido fama y dinero, mucho más dinero del que hubiese podido gastar en diez vidas. Pero había perdido el calor de sus abrazos, la risa cantarina de cada mañana cuando bajaba las escaleras con la camisa de su pijama como única vestimenta.

No debió escucharla, no debió dejarla marchar. Y eso era de lo que se arrepentía. No de haber bebido durante meses hasta caer rendido, ni de haber rechazado a Glennys, ni de haberse marchado a deambular por el mundo como un paria sin patria ni fronteras. Solo se arrepentía de haberla dejado marchar.

Porque después de hablar con Catherine, de que ella le mostrara cómo había sido su vida todos aquellos años, lo comprendió. Supo que Bette también se arrepintió y entonces comprendió que lo que sentía en su interior, aquella torturante sensación de haberse equivocado, era cierta.

Se llevó la pipa a la boca y aspiró varias veces seguidas, reavivando los

rescaldos y viendo el humo elevarse después. Estaba harto de estar solo. No físicamente hablando, porque tenía a Brett. Solo por dentro. Vacío. De despertarse en una cama vacía sin recordar siquiera cómo era hacerlo con un cuerpo cálido junto al suyo.

Cerró los ojos un instante y los recuerdos acudieron en tropel. Sus firmes senos que podía cubrir con sus manos, la textura de su piel en la yema de los dedos. Sintió sus labios exigentes buscándolo. Su olor...

Al principio aquello fue lo que más daño le hizo. Su olor estaba impregnado en un montón de lugares de aquella casa y lo atacaba a traición cuando menos lo esperaba. Al abrir un cajón, al coger el cepillo de pelo que se dejó en el lavabo... Entonces una oleada de desesperación lo anegaba todo dejándolo sin aliento. No recordaba haber llorado tanto en su vida como en aquellos días. Hasta que empezó a beber, entonces las lágrimas cesaron y su vida se volvió un bulto borroso en el que nadie querría pensar.

Pero ahí estaba Kenny, su querido amigo del alma, el padre de Brett. No cejó en su empeño hasta que consiguió que dejase de beber. Día tras día aparecía en su casa para recoger los despojos en los que se había convertido su vida. Lo levantaba de donde se hubiera caído esa vez, lo obligaba a ducharse y lo llevaba a la cama. Se encargaba de que tuviera comida en la nevera y preparaba ingentes cantidades de café. Probablemente Kenny le salvó la vida.

Qué duro fue tener que enterrarlo. Qué dolor tan inmenso cuando había empezado a recuperar su vida. Y Brett. Aquel pobre muchacho desvalido y aterrado. Cuando desapareció aquella noche supo inmediatamente adonde había ido. Lo encontró en el cementerio, tumbado sobre la tumba fresca. Lloraba con tal desesperación que se le desgarró el alma al escucharlo. Era la angustia hecha niño.

Al verlo allí supo el porqué de todo. Supo cuál era su misión en la vida y la aceptó con agrado dispuesto a pagar su deuda con satisfacción y entusiasmo. Quería a ese chico, pero no solo iba a quererlo, lo iba a convertir en un buen hombre. Kenny estaría orgulloso de los dos.

Sonrió con orgullo. Cualquiera vería que lo había hecho bien. Muy bien, incluso. Brett era un hombre de provecho, una magnífica persona y el hijo que todo padre querría tener. Y ahora descubría que él ya tenía una hija. Una mujer hecha y derecha en la que no podría influir ya de ningún modo y que había venido a desmontar su mundo. Ya nada era como él creía y todo resultaba demasiado sorprendente.

—¿A pescar? ¿En serio? —Brett la miraba, incrédulo.

—Hace un día precioso, Zach se va a pescar, lo único que digo es que podríamos ir con él —explicó Catherine mientras recogía las tazas de café y las ponía en el fregadero—. Desde que estoy aquí he oído hablar del lago un montón de veces, pero solo lo he visto de lejos desde la carretera.

—Por mí, vale, siempre que no os pongáis estupendos con el sufrimiento de los peces y eso. No quiero que me amarguéis la tarde.

—Es una excusa para que hagamos algo juntos —dijo Catherine mirándolos a ambos.

Brett sonrió sin dejar de mirarla con aquella expresión divertida en los ojos y final.

—No la hagas insistir más —dijo Zach moviendo la cabeza—, mira que eres capullo.

—Déjala que siga, es muy persistente y quiero ver hasta donde es capaz de llegar.

—Debería haberte dado más veces con el palo de la escoba.

—Menudo padre estás tú hecho.

—Yo no soy tu padre.

Brett se acercó a él, le quitó el gorro de pescar y se lo puso él.

—Me queda mejor a mí —dijo saliendo de la casa.

—Anda, vamos, hija. —Zach le hizo un gesto para que los siguiera y Catherine sintió una extraña emoción en el pecho.

La había llamado hija muchas veces, pero por primera vez así era como se sentía.

Bajaron del coche y después de coger todos los bártulos caminaron medio kilómetro por un sendero que bordeaba el pantano. Cuando llegaron frente al lago, Catherine lanzó una exclamación admirada. El agua, que refulgía con los rayos del sol, los sauces llorones que movían sus largas cabelleras con la suave brisa y provocaban que algunas de sus hojas tocaran el agua. Los colores del otoño empezaban a extenderse por doquier y conferían al paisaje un cálido aspecto.

—Es precioso —dijo mirando a los dos hombres—. ¿Cómo no me habíais traído antes?

Zach y Brett se miraron con una gran sonrisa.

—Dejémoslo —dijo Brett llevando la silla de Zach hasta el embarcadero.

—¿Qué? —preguntó Catherine.

—Zach te lo ha dicho dieciocho veces —Brett la miraba divertido.

—¿En serio? —Miró a su padre, interrogadoramente.

—Sí, hija, sí —corroboró el viejo.

—Tengo que aprender a decir que sí —dijo girando en redondo para abarcar todo el paisaje—. Es un lugar mágico.

Cuando Zach se hubo instalado le dijo que se largaran por ahí a dar una vuelta, que no los quería pegados a él todo el rato.

—Le gusta hacerse el duro —dijo Brett cuando se hubieron alejado—, pero en el fondo es un trozo de pan.

—Lo es —aseguró Catherine asintiendo—. Entiendo muy bien lo que mi madre vio en él.

Brett la miró de reojo. No habían hablado desde lo que pasó la otra noche y se sentía como si estuviese caminando sobre ascuas ardiendo. Catherine captó su mirada y se mostró esquiva. Tampoco sabía cómo comportarse.

Avanzaron un rato en silencio, como si buscaran alejarse de Zach para asegurarse de que iban a hablar tranquilos.

—Tengo la sensación de que todos nos hemos quitado un peso de encima al saber que han detenido a Gilbourne, menos tú —dijo Brett con cierta aspereza.

—Mitch me insistió mucho en que no bajara la guardia y que, pasara lo que pasara, me mantuviese escondida hasta el juicio.

—Pero ¿no estás un poco más tranquila?

Catherine lo pensó antes de responder y lo miró esquiva.

—Supongo que ahora tengo más que perder —dijo ambigua para ver si él recogía el guante, pero Brett siguió caminando sin cambiar de expresión. Definitivamente algunos hombres eran rematadamente tontos.

—Cuando me enteré pensé que estarías dando saltos de alegría —dijo Brett mirando hacia el camino—. Supuse que cuando fuese a casa de Zach te encontraría preparando las maletas para volver a Nueva York.

—No traje maletas. —El tono irónico de su voz trataba de esconder el enorme nerviosismo que la invadía.

Brett la miraba con cierta hostilidad y Catherine no entendía el motivo. Desde que se habían alejado de Zach su lenguaje corporal se había endurecido.

—Sabes a lo que me refiero —siguió él en el mismo tono áspero—. Debes echar de menos tu lujosa casa y todo lo que dejaste allí.

Catherine se dio cuenta de que hacía días que no pensaba en nada de todo aquello. Era como si su vida en Nueva York formase parte de un pasado muy lejano, tanto, que la hacía sentir como otra persona. Zendra estaría encargándose de todo, pero aquella no era su empresa, ella no había crecido junto a la persona que la creó. Catherine conocía cada grieta, cada escalón, cada obstáculo que su madre había tenido que salvar para conseguir todo lo que había conseguido.

Los meses que duró su enfermedad, que no fueron muchos, tuvieron largas conversaciones con un mismo tema central: que lo que había construido con tanto sacrificio no se malograra por tomar malas decisiones. Su madre le había insistido mucho en que no delegara sus obligaciones en otras personas porque nadie defiende a sus hijos como un padre.

Y ella había tenido que abandonarlo todo y dejarlo en manos de sus empleados. De repente sintió que la culpa le atenazaba la garganta y se vio en un callejón sin salida. No solo no podía encargarse de la empresa, ni siquiera podía interesarse por cómo iban las cosas...

—¿Te habló de él alguna vez?

La voz de Brett la sacó de sus pensamientos.

—¿Quién?

—Tu madre. ¿Te habló alguna vez de Zach?

—Hasta antes de morir, no, nunca. —Catherine miró hacia los árboles pensativa—. Pero sé que pensaba en él cuando me miraba, que nunca lo olvidó.

—Vaya dos estúpidos. —Brett no pudo contenerse.

Catherine lo miró con el ceño fruncido.

—No creo que fuesen estúpidos, simplemente no querían lo mismo en el mismo momento.

—¿Eso piensas? —Brett movió la cabeza muy serio, parecía enfadado—. Podrían haber sido felices juntos, pero tu madre prefirió el dinero y el éxito...

—No te consiento que hables mal de mi madre —dijo ella deteniéndose en medio del sendero, mirándolo amenazadora—. No tienes ni idea de la clase de persona que fue.

—No, solo sé lo que le hizo a Zach. —La encaró sin miedo—. Le destrozó la vida, ¿sabes? Lo convirtió en una sombra de lo que era. Mi padre tuvo que recogerlo del suelo en incontables ocasiones, borracho, abandonado

como un perro.

Catherine apretó los labios.

—Sé que debe doler —siguió él—, debe doler mucho, pero es lo que hizo. Ella era toda su vida y nunca se ha recuperado.

—Ella también estuvo sola.

—Ella lo eligió, él no.

La mirada de Brett era tan dura que Catherine se sintió conmocionada.

—¿A qué viene tanto odio?

—¿Odio? —Torció una sonrisa—. Lo único que pretendo es que reconozcas la verdad. Tu madre y tú venís de otro mundo que nada tiene que ver con nosotros. Sois una anomalía en nuestras vidas. Solo eso.

Catherine entrecerró los ojos mirándolo como si quisiera atravesar la dura capa que cubría su cerebro y ver lo que se escondía allí dentro. No estaban hablando de su madre y de Zach. Hablaban de ellos.

—¿Lo abandonarías todo para vivir aquí? —La pregunta directa la dejó sin respiración—. ¿Dejarías Nueva York? ¿La empresa de tu madre? ¿Lo dejarías todo?

A Catherine le temblaron los labios mientras trataba de emitir algún sonido, pero su garganta no parecía saber cómo manejar sus cuerdas vocales.

—Lo imaginaba —sentenció Brett adornándolo con una cruel sonrisa—. Será mejor que volvamos, nos hemos alejado demasiado.

Dio dos pasos acelerados y después volvió para detenerse frente a ella.

—¿Has estado en Venecia?

La pregunta la dejó completamente fuera de juego.

—Dijiste que querías ver Venecia antes de los treinta. Ya tienes treinta y Venecia no se ha movido de donde estaba.

Si esperar respuesta se dio la vuelta y emprendió el regreso seguido por Catherine que trataba de encontrar sentido al batiburrillo de sentimientos que se había formado en su cabeza.

—¡Espera! —le gritó para que se detuviese—. Tengo que hablar contigo de algo.

Los objetos cuentan historias

—¿Podrás hacer el trabajo? —Catherine miraba a Brett que parecía haber interpuesto una galaxia entera entre ellos.

Le había contado su proyecto para la tienda de Glennys y la idea de que él construyera unas estanterías algo rústicas y con visos de clásicas.

—Quieres algo a la antigua usanza —dijo poniéndose las manos en la cintura y adelantando uno de sus pies de manera que se marcaron los fuertes músculos de su pierna.

Catherine asintió obviando las señales que le mandaba su cuerpo al pensar en la intimidad que habían compartido.

—Puedo hacerlo en mis ratos libres —dijo asintiendo—. Los chicos no podrán ayudarme, estamos con la restauración de la casa de los O'Maley y nos llevará un par de meses aún.

—¿Será muy costoso? —preguntó incómoda.

—Solo tendrá que pagar el material.

Catherine sonrió satisfecha. Estaba dispuesta a pagarlo ella y no tardaría mucho en poder hacerlo. En cuanto se celebrase el juicio.

—Gracias, Brett —dijo acercándose y cogiéndolo del brazo para que la mirase—. Siento mucho que las cosas tengan que ser así entre nosotros...

Él entrecerró los ojos para mirarla con atención y fue como si algo se desatara en su interior.

—¿Qué es lo que sientes exactamente? —preguntó.

Catherine deslizó la mano por su brazo. No tenía claro si aquello era una caricia o simplemente perdió las fuerzas al percibir la tensión que emanaba de él. La cuestión es que cuando llegó a su mano la cogió y se la llevó hacia la boca sin pensar y también sin pensar colocó los labios en su palma en un gesto demasiado sensual como para que Brett lo ignorase. La cogió por la cintura y la apretó contra su cuerpo ansioso por sentirla.

Catherine no se resistió, al contrario, rodeó su cuello con las manos y entreabrió los labios ofreciéndoselos. Cuando sintió la boca de Brett contra la suya una punzada de deseo atravesó su pecho, bajó por su vientre y se coló entre sus muslos. No parecía percatarse de que estaban en medio del sendero y que podía aparecer alguien en cualquier momento.

Brett la llevó hasta la parte frondosa del bosque sin apartar su boca y colocó las manos en su espalda para que la dura corteza del árbol no le hiciese daño cuando chocaron contra ella. Mientras, Catherine le comía la boca con ansia desmedida. Su lengua succionaba con frenesí como si todo su ser se viese necesitado de aquel contacto.

Si hubiera podido pensar se habría dado cuenta de que lo estaban haciendo en un lugar público y probablemente habría huido de sí misma completamente aterrada. En lugar de eso acababa de desabrochar los pantalones de Brett que había cambiado de posición con ella para dejar libres sus manos y poder acariciarla.

Cuando Catherine lo tuvo entre sus manos provocó un gemido intenso y contenido que más parecía de dolor que de placer, a juzgar por la tensión en el rostro masculino. Eso en lugar de disuadirla la empujó a actuar con mayor intensidad. Brett se quitó el fino jersey y lo tiró al suelo para sentarse sobre él.

—Quítate los pantalones —ordenó mirándola con firmeza.

Catherine obedeció como si una fuerza irresistible estuviese dominándola y se sentó sobre él. Brett la guió con buen tino empujando el duro miembro con precisión y cuando estuvo completamente dentro buscó bajo su jersey y desabrochó el sujetador para después agarrar uno de sus pechos. Se inclinó para jugar con el tenso botón que lanzaba intensos estímulos a su zona más sensible.

Catherine se movía sobre él en una febril danza cada vez más incontrolable. Estaba en medio del bosque, cualquiera que se acercase a aquel reducto podría verlos y en lo único que podía pensar era en sentirlo más adentro.

Brett apoyó la cabeza en el tronco del árbol buscando un resquicio para salir de allí y poder aguantar un poco más. Solo un poco más. Pero Catherine jadeaba y se estremecía sin dejar de galoparlo y su mente no encontraba a donde huir.

—Si sigues moviéndote así no podré aguantar mucho más —musitó casi sin voz.

Catherine le cogió la cara entre las manos y le metió la lengua en la boca con tal pasión que fue como si aquella lengua estuviese conectada directamente con lo que ocurría entre sus piernas. Las contracciones que lo presionaron hasta estrangularlo hicieron el resto y una explosión de endorfinas salió de sus cerebros expandiéndose por sus cuerpos como un

adorable veneno.

Catherine miraba hacia abajo. Se detenía en la cremallera de su pantalón o se quedaba prendada en los cordones de sus zapatillas. Brett era consciente de su incomodidad y se sentía mal por ello, era como si se avergonzase por dejarse arrastrar por un instinto casi animal. Y estaba convencido de que lo culpaba a él de ello.

—Será mejor que volvamos, Zach se preguntará si hemos vuelto a casa a pie —dijo sacudiendo las hojas que se habían pegado a su jersey antes de volver a ponérselo.

Catherine se fijó en su espalda arañada por el tronco del árbol en el que se había recostado.

—¿Te duele? —preguntó rozando suavemente con los dedos el borde de las heridas.

Él negó con la cabeza. No era aquello lo que le dolía. Se acercó para quitarle una hoja del pelo y algunas ramitas secas. Sonrió.

—¿De qué te ríes? —La voz de Catherine sonó tan dulce como el almíbar.

—Vestida de otoño —dijo él sin que se borrara su sonrisa y con una intensa mirada que mostraba más de lo que podía decir—. Así es como te recordaré cuando te hayas ido.

Catherine se dio la vuelta y caminó lentamente para alejarse de él. Aquel silencio se clavó en el corazón de Brett como una daga. No entendía cómo no había podido resistirse. Se sintió fatal cuando, la mañana siguiente de lo que pasó en su cocina, se encontró con Catherine y ella actuó como si no hubiese pasado nada. Había entrado en casa de Zach con una alegría desconocida para él, un sentimiento de pertenencia que jamás había sentido antes. Y ella lo recibió como todos los días, solo que esta vez esquivó su mirada y se mantuvo distante, para hacerlo más doloroso. Y ahora había vuelto a hacerlo.

Se maldijo entre dientes por ser tan débil con ella, por dejarse arrastrar por aquel fuego que lo consumía cada vez que la tenía delante y recordaba lo que le había hecho sentir. Se prometió a sí mismo que no volvería a ocurrir. Ni siquiera él se merecía eso.

—Brett, yo... —Catherine se volvió hacia él con expresión atormentada—. Esto no...

—Tranquila —la cortó él sintiendo los estallidos de su corazón resquebrajándose—, lo entiendo. Tu vida está en Nueva York. Aquí no hay

nada para ti que merezca la pena.

—No digas eso. —Lo miró dolida. ¿Qué clase de persona pensaba que era—. Pero sabes que mi vida no es sencilla. Tengo una empresa que dirigir, mi madre luchó mucho para conseguirla. Renunció a todo por ella.

—Claro —dijo él dolido—, y tú tienes que seguir sus pasos. La maldición de las Dowse.

—Eso ha sido muy desagradable.

Brett sonrió con tristeza.

—Lo siento —dijo y echó a andar sin decir nada más.

—¿Dónde andabais? Habéis estado más de una hora por ahí —preguntó Zach, que seguía sentado en su silla, con los pies apoyados en la nevera cerrada y sosteniendo la caña con una mano y su pipa con la otra.

—¿Ha picado algo? —preguntó Brett sin responder.

Zach los observaba con los ojos entrecerrados. Aún tenía buena vista y captó la brizna en el pelo de Catherine y la hoja húmeda pegada al jersey de Brett. Apartó la mirada con cierto malhumor y la fijó en el agua del lago. Eran dos adultos y no compartían ADN, podían hacer lo que les diese la gana.

—No, nada. ¿Te ha gustado el bosque, Catherine? —preguntó dotando a su voz de un tono indiferente.

—Mucho —dijo su hija metiéndose las manos en los bolsillos—. Es un lugar precioso.

Después de un rato de silencio en el que Catherine buscó una piedra para sentarse y Brett se paseó arriba y abajo del camino dando patada a cada obstáculo que encontraba, Zach los miró levantando una ceja y mordiendo su pipa.

—¿Por qué no vais a remar un rato? —preguntó.

—Estamos bien aquí —dijo Brett.

—Me estáis poniendo nervioso. —Zach bajó los pies de la nevera y se giró para mirarlos a los dos—. Os vais a hacer algo o volvemos a casa.

Brett lo miró apretando los labios, pero Catherine se puso de pie.

—Me apetece remar un rato —dijo acercándose.

—A medio kilómetro hacia allí —dijo Zach señalando el lado contrario al que habían ido—, tenéis el embarcadero de Marvin Stratemeyer. No creo que hoy esté teniendo mucho éxito, se alegrará de veros.

Brett y Catherine se alejaron en la dirección que Zach les había indicado

y el pescador respiró aliviado. No hay nada más agotador que la tensión romántica. No quería tener nada que ver con eso.

Caminaron sin hablar hasta llegar al otro embarcadero.

—Hola Marvin —dijo Brett saludando a un hombre entrado en carnes que disfrutaba de una cerveza mientras sostenía su caña.

—¡Hombre, Brett! Tú por aquí. Y muy bien acompañado, veo. ¿Habéis venido a dar un paseo romántico por el lago? Estáis de suerte, podéis elegir la barca que queráis. Ahora entre semana no vienen muchos excursionistas. — Marvin miró hacia el camino y luego volvió a mirarlos a ellos—. ¿Zach está pescando? Mira que le he dicho veces que venga aquí y así no estará solo, pero no hay manera de que me haga caso.

—Hemos venido con él y nos ha echado —dijo Brett sonriendo sin humor—, está claro que prefiere estar solo.

Marvin se echó a reír y los saludó con la mano cuando se subieron a la barca y Brett empezó a remar.

—¿Por qué tienes que remar tú? —preguntó Catherine—. ¿No es un poco machista eso?

—¿Quieres hacerlo tú? Por mí no hay problema.

La diseñadora asintió y se puso de pie un poco bruscamente haciendo que la barca se moviese más de lo debido.

—Con cuidado —dijo él poniéndose también de pie y equilibrándola.

La sujetó por los brazos haciendo que cambiase de posición con él, pero sin moverse demasiado. Catherine se sentó, cogió los remos y empezaron a moverse de nuevo. Brett la observó unos segundos para asegurarse de que sabía lo que hacía y sus ojos se vieron atrapados por la visión de sus turgentes pechos que se elevaban con cada respiración y movimiento de remo. Apartó la mirada consciente de que tenía un problema con esa mujer.

Durante un rato avanzaron por el lago suavemente disfrutando del paseo. Pero en poco tiempo los brazos de Catherine notaron el esfuerzo y la tarea empezó a resultar dolorosa. Quería decirle que la sustituyera, pero él evitaba todo el tiempo su mirada y se sentía un poco ridícula por haber insistido en remar ella. Siguió remando hasta que ya no pudo más, entonces sacó los remos y los apoyó dentro de la barca. Brett por fin le prestó atención mirándola con una expresión entre curiosa y divertida.

—¿Cansada?

—¿Te estás riendo de mí? —dijo ella molesta.

—Riendo no, pero no es que me guste mucho que me tachen de machista.

Lo que pasa es que estoy acostumbrado a remar y sé lo cansado que es. Solo trataba de ser amable.

—Claro, amable —dijo ella con ironía en la voz.

Brett la miró frunciendo el ceño.

—¿Qué pasa? ¿Eres de las que creen que amable es sinónimo de machista?

—Por supuesto que no, pero no me gustan que den cosas por sentado sobre lo que puedo y no puedo hacer. No me conoces lo suficiente para saber lo que puedo aguantar remando.

—He visto lo que puedes aguantar... en otras cosas —dijo Brett con picardía—, puedo hacerme una idea.

Catherine metió la mano en el agua y le lanzó una manotada que fue capaz de esquivar casi del todo, aunque algo de agua le mojó los pantalones y parte del jersey.

—Ten cuidado, podrías acabar en el lago.

La diseñadora miró al agua y se dijo que no le apetecía nada darse un baño. El agua debía estar bastante fría aún.

—No te atreverías —dijo mirándolo muy seria.

En cuanto vio la expresión en el rostro de Brett se dio cuenta de que estaba jugando con fuego. Cuando lo vio ponerse de pie le entró el pánico y ella se levantó también.

—¡No te atrevas! —gritó amenazadora.

—¡No te muevas! —exclamó él riendo al ver que la barca se inclinaba peligrosamente hacia los lados.

Dio un paso hacia ella para equilibrarla, pero Catherine lo interpretó como que iba a tirarla al agua y empezó a forcejear con él. Brett vio lo que estaba a punto de ocurrir y antes de que los dos acabasen en el lago se sentó para que se calmase. La barca siguió zozobrando y Catherine se sentó rápidamente segura de que no podría mantener el equilibrio. Se agarró a los bordes y esperó a que se estabilizara.

—Ibas a tirarme —dijo furiosa.

Brett negó con la cabeza.

—Si hubiese querido tirarte estarías nadando. ¿Pero tú me has visto? ¿Crees que podrías detenerme con esos bracitos de muñeca que tienes? ¿O utilizarías esas piernas de palillo que te asoman por debajo de esos ajustados pantalones que llevas?

Catherine lo miró apretando los labios.

—Tan solo trataba de cambiarme de sitio contigo para poder remar hacia algún sitio. No creo que quieras que nos estemos aquí quietos todo el rato. Pero tú casi nos lanzas a los dos por la borda con tu impulsiva e infantil reacción.

Se estaba aguantando la risa y eso hizo que ella se sintiera más estúpida. Cogió los remos y empezó a remar.

—Estamos bastante lejos del embarcadero —advirtió, y al ver que no iba a dar su brazo a torcer se puso cómodo para disfrutar del paseo—. Mañana no vas a poder mover los brazos.

—No hace falta que te preocupes por mis brazos —dijo ella fingiendo estar cómoda, pero cierto era que tenía razón y los brazos ya le dolían bastante.

—Cuando eras niña eras muy obediente, pero no se puede decir lo mismo de ahora —dijo Brett que notaba los esfuerzos que estaba haciendo y sabía que le iba a costar caro.

Catherine miró hacia atrás para ver a qué distancia estaba Marvin. Se hubiera echado a llorar si hubiese estado sola. ¡Era demasiado trecho! Miró a Brett dispuesta a auto inmolarse.

—¿Te pones tú? —susurró.

—Perdona, ¿qué?

—Que me cambies el sitio, por favor —dijo mordiendo cada palabra.

Brett sonreía divertido y hubiese sacado el móvil para fotografiarla si no temiese que lo tirase al agua.

—No te levantes hasta que yo te lo diga —dijo acercándose primero—. Ahora.

Catherine se puso de pie y él la cogió de la cintura para cambiar de posición. Al sentirla tan cerca volvió aquella extraña sensación que lo embargaba y deseó poder abrazarla y volver a sentir el sabor de sus labios.

Cuando estuvieron de nuevo sentados y Brett se hizo con los remos Catherine observó durante unos segundos sus fuertes brazos realizando el trabajo y se llevó instintivamente las manos a sus doloridos músculos.

—Mañana me pasaré por la tienda y tomaré medidas —dijo Brett sin dejar de remar con un ritmo cadencioso e hipnótico.

Catherine asintió.

—Ha sido idea tuya, ¿verdad? —preguntó él.

—Se me ocurrió al pensar en una de las ventas que hice. Se trataba de una mujer que buscaba un regalo para sus padres que celebraban su cincuenta

aniversario de bodas.

—Cincuenta —susurró con admiración.

—Sí, resulta increíble, ¿verdad? Eso es toda una vida juntos.

—¿Y qué se llevó?

—Dos tazas de porcelana. Glennys las tenía en el rincón de los cachivaches, que es un lugar en el que tiene un batiburrillo de cosas que según ella no tienen valor porque les falta algo. A ese par de tazas le faltaba el juego completo, con tetera incluida. Dos tazas solas con una tetera hoy día se venderían, pero sin tetera, en una tienda de antigüedades, pues no.

—Y sin embargo las vendisteis.

—Se me ocurrió una historia. —Catherine sonrió orgullosa—. Le conté que eran las dos únicas tazas que quedaban de un juego que Mercedes De Acosta le regaló a Edith Wharton.

—¿Mercedes De Acosta, la poetisa? —preguntó Brett—. ¿No fue la amante de Greta Garbo?

—Vaya, mira qué sorpresa, no eres tan paleta como pareces. —Se rio.

—Intento que no se me note, pero incluso leo por las noches.

—¿Y lees poesía?

—También, aunque prefiero Keats a Acosta.

—Romántico hasta la médula —dijo Catherine entrecerrando los ojos.

—Pero sigue contándome esa interesante historia sobre Edith Wharton y De Acosta.

—Se dice que ambas tuvieron una relación —siguió Catherine—. Pero Acosta de quién estaba enamorada era de Greta Garbo. Haciendo un poquito de literatura le conté que al enterarse Edith que su amante estaba también con la Garbo estrelló la tetera contra el suelo y una tras otra todas las tazas. Por despecho, ya que había sido un regalo de Mercedes.

—¿Y las dos tazas?

—Esas se salvaron gracias a su buen amigo Henry James que estaba tomando el té con ella en ese momento.

Brett la miraba admirado.

—Hay que reconocer que eres única inventando historias. Pero ¿eso no es mentir?

—Tal como yo lo veo en un anticuario compras un pedacito de historia. Esas tazas realmente eran de principios de siglo XX, porcelana inglesa y llegaron a EEUU para ser el regalo de alguien. O alguien las compró en un viaje al viejo mundo. Yo lo único que hice es dar nombre y contenido a la

historia. Los objetos cuentan historias y esas historias son las que les dan valor. Ahora aquel matrimonio, cada vez que tome el té en esas tazas, estará recordando esa pequeña anécdota convirtiendo esas tazas en un objeto valioso por el que su hija solo pagó 100 dólares.

—Realmente es un precio regalado.

—Lo que quiero decir es que no pretendía engañarla, tan solo quería dar valor a aquellos objetos para que cumplieran una función. En el fondo no es tan importante que las tazas perteneciesen a la escritora, lo verdaderamente importante es lo que sentirán esos dos ancianos la recibir un regalo tan especial de su hija.

Brett la miró con tal dulzura que Catherine tuvo que apartar la mirada. No tenían nada que ver el uno con el otro. Pertenecían a mundos completamente distintos. ¿Qué haría Brett en un desfile de moda? ¿Qué pensaría de sus amistades de Nueva York? Los convencionalismos, la etiqueta, el lujo y el derroche que impregnaban cada acto al que ella asistía lo sacarían de quicio. Le amargaría la vida.

Lo miró de reojo cuando no se percataba. Tenía la mirada perdida en las montañas y su perfil perfecto y varonil mantenía una expresión serena y suave. Era el hombre más guapo que había conocido, mucho más guapo que cualquiera de los modelos con los que había trabajado. Pero su atractivo no radicaba en su perfecto físico, sino en una personalidad fuerte y segura. Y en la bondad dura e inquebrantable que se alojaba en el núcleo de su ser y salía a través de sus preciosos ojos azules, de sus fuertes manos y de sus dulces labios. Era un hombre sencillo, al que le gustaban las cosas sencillas. Disfrutaba de una puesta de sol, de un paseo sin rumbo, de su trabajo. Adoraba su trabajo. Lo había visto acariciar el pasamanos de una escalera como si fuese la máscara de Tutankhamon. Miraba aquellas casas antiguas como un fan miraría a una diva del cine en blanco y negro.

Catherine bajó la cabeza y fijó la mirada en sus pies sintiendo el peso que crecía oprimiendo su corazón. ¿Así se sintió su madre? No, lo de su madre tuvo que ser muchísimo peor. Ella vivió con Zach. Lo intentó. Tomar la decisión de irse fue terrible para ambos, sobre todo para él. Lo destrozó. Recordó lo que le habían contado Glennys y Brett sobre aquella época. Cómo su padre cayó en la bebida y se perdió a sí mismo. Jamás le haría aquello a Brett.

Había visto cómo la miraba, sabía que no era solo sexo lo que había entre ellos. Aquellos gemidos en su cuello eran de dolor, de un dolor que implica

sentimientos profundos. El temor de perder algo maravilloso que nos ponen al alcance de la mano. Lo sabía porque ella también lo sentía. Pero no podía ser. Cuando llegase el momento ella se marcharía de Knightville y se juró a sí misma que no dejaría tras de sí a un hombre destruido.

A Zach no le pasó desapercibida la tensión que había entre ellos. Había sido la cena más rara que habían compartido.

—¿Por qué no bajáis al pueblo? —dijo—. Esta noche habrá mucho ambiente en el bar de Charlie, es el concurso de baile.

Catherine miró a su padre con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa? ¿No sabes bailar? —preguntó Zach.

—Bueno, sé bailar, quiero decir que sé moverme al ritmo de la música —explicó mientras ayudaba a recoger los platos.

—Pues ya está —sentenció—. Brett, compórtate como un buen anfitrión y llévala a bailar.

—Podemos ir, si quieres —dijo mirándola interrogador.

—Por mí, vale. —¿Por qué había dicho eso? ¿No se había prometido mantenerse alejada de él?—. Cojo mi chaqueta.

Brett miró a Zach interrogador, estaba seguro de que no hacía aquello porque sí.

Salieron de la casa y subieron a la camioneta de Zach, la de Brett estaba en su puerta. Durante el trayecto ninguno de los dos parecía tener ganas de hablar, así que se mantuvieron en silencio escuchando la música que sonaba en la radio.

Aparcaron cerca del bar de Charlie y Catherine se llevó una gran sorpresa al entrar en el local. Era mucho más grande de lo que esperaba, pero lo que la dejó sin habla fue el ambiente que había. Estaba todo el pueblo allí y la pista de baile estaba abarrotada de gente. En ese momento bailaban una canción Country en grupo y la diseñadora se quedó embobada mirando mientras Brett siguió hasta la barra y pidió dos cervezas.

Cuando acabó el baile Catherine aplaudió hasta que le dolieron las manos, estaba entusiasmada cuando se acercó a Brett.

—¿Pero tú has visto eso? —gritó para que la oyese—. ¡Ha sido increíble! Brett sonrió y le ofreció una cerveza.

—No sabía lo que querrías beber, si quieres otra cosa ya me la beberé yo.

—No, cerveza está bien —dijo llevándosela a los labios y poniendo una cara rara al probarla.

—Nunca habías bebido cerveza —dijo él riéndose.

—Está buena. —Ella también se rio y dio un largo trago.

—Brett, ¿bailas conmigo? —Una preciosa jovencita de pelo rizado se pegó al cuerpo del restaurador como si la empujase una apisonadora—. Anda, baila conmigo.

—Lo siento, Sally, estoy acompañado —dijo señalando a Catherine.

—Por mí puedes ir —dijo molesta.

Brett se encogió de hombros y se fue a bailar con la tal Sally. Catherine se bebió la cerveza y pidió otra. Se acercó hasta el billar en el que estaban jugando una partida y se quedó mirando como si entendiera algo. No tenía ni idea por qué le daban a una bola en particular, pero era entretenido.

—¿Quieres jugar? —le preguntó un chico con aspecto de motero.

—No sé cómo se hace —dijo ella sonriendo.

—No te preocupes, yo te enseño. Apartaos, chicos —dijo haciéndole sitio y dándole el palo—. Mira tú cógelo así y ahora inclínate sobre la mesa así.

Los demás emitieron sonidos muy elocuentes cuando Catherine se inclinó con el motero pegado a su trasero. No era ninguna tonta y sabía perfectamente lo que el chico pretendía, sonrió y se movió restregándose contra él y provocando que enrojeciese ante las risas de sus amigos.

—¿Así está bien? ¿Con dos segundos más tendrás suficiente? —dijo ella poniendo cara de inocente.

La carcajada general sirvió para ponerlo en su sitio y Catherine le devolvió el palo con una sonrisa.

—Me llamo Larissa —dijo tendiéndole la mano.

—John —dijo él aceptando el gesto.

Brett, que había visto la escena desde la barra, sonrió. Dejó la botella de cerveza y fue a buscarla.

—Ven, vamos a bailar.

—¿Ya has acabado con Sally?

—Hagamos esto, Calarissa —dijo él sonriendo—, solo por esta noche, somos dos amigos que han salido a divertirse.

Ella lo miró unos segundos a los ojos y finalmente sonrió al tiempo que asentía.

—¡Divirtámonos! —exclamó.

Él la cogió de la mano, la llevó hasta la pista y cogiéndola por la cintura

se deslizaron por la pista al ritmo de la música.

—Me lo he pasado muy bien —dijo Catherine cuando estaban frente a la puerta de Zach.

—Me alegro —respondió él muy serio.

—¿Tú no?

—¿Qué pretendes, Catherine? —preguntó sin apartar la mirada—. ¿Qué quieres de mí?

Ella frunció el ceño.

—No quiero nada...

Brett movió la cabeza y se fue hacia su casa. Catherine se quedó un rato mirando el lugar por el que había desaparecido. Sabía perfectamente lo que había querido decir. Había bailado con él con una intimidad propia de algo más que sexo. Habían jugado al billar, se habían reído y habían charlado sobre muchas cosas. Y no era la primera vez. Estaba claro que entre ellos había química y estaba jugando con fuego. Porque no era eso lo que quería. ¿O sí?

La vida no es más que un suspiro

Después de la salida al lago y la noche en el bar de Charlie, Brett cambió de actitud respecto a Catherine. Se mostraba distante y procuraba no quedarse a solas con ella. Su trato era agradable pero ya no había aquella complicidad que habían compartido casi desde el principio.

La diseñadora se volcó por completo en la redecoración de la tienda de antigüedades. Glennys no aceptó cerrar durante unos días de manera que tuvieron que trabajar al tiempo que atendían a los pocos clientes que entraban.

Catherine catalogó todos los objetos que había en la tienda, incluidos los de la zona de cachivaches y por las noches se dedicaba a organizarlos en la base de datos que había creado. De ese modo era mucho más sencillo ir montando los espacios.

Según avanzaban los días y se iba viendo el proceso Glennys empezó a darse cuenta del maravilloso trabajo que Catherine estaba haciendo. La tienda se iba transformando en un lugar completamente distinto a lo que había sido. Antes los objetos campaban a sus anchas por todas partes. Ahora había zonas delimitadas, espacios con ambientes diversos, y los objetos que creaban esos ambientes eran los que estaban en venta.

A Glennys le encantó especialmente el rincón de lectura. Aquella estantería llevaba en su tienda más de diez años y no había conseguido venderla. Catherine la había llenado de libros antiguos y había colocado la lámpara de pie datada en 1946, que compró en Charlotte. Delante de la lámpara había colocado un sillón orejero datado en 1954 y una mesita auxiliar de 1923. Sobre la mesita había colocado una taza perteneciente a un juego que había conseguido en una subasta en Montgomery, Alabama. Por aquel entonces solía asistir a muchas subastas en diferentes Estados. Era más joven. Ahora apenas salía de Carolina del Norte y compraba en lugares cercanos, objetos familiares de personas fallecidas...

—Es muy ingenioso poner los detalles de cada objeto y sus precios en un cuadro —dijo señalando la pared detrás del sillón—, de ese modo no rompes la estética que has creado.

Catherine sonrió complacida y ahuecó el cojín para después depositarlo

en el sillón.

—Tienes cosas preciosas, Glennys. Cuando me vaya pienso llevarme unos cuantos objetos para mi casa. —Al escucharse sintió una oleada de tristeza y suspiró sin darse cuenta.

—¿Te pone triste pensar en marcharte?

Catherine miró a su amiga y después de pensarlo un momento asintió, dándose por vencida. Los ojos se le llenaron de lágrimas y Glennys la cogió del hombro y la llevó hacia un lugar apartado, detrás de una de las estanterías que Brett ya había montado. No quería que entrase alguien en la tienda y la pillase llorando.

—Echaré de menos todo esto —confesó Catherine—. A Zach, a ti...

—A Brett.

La diseñador la miró confusa.

—¿Creías que no me daría cuenta de lo que pasa entre vosotros?

¿Tanto se le notaba?

—Y Zach también lo ha visto, estoy segura.

Catherine cerró los ojos un momento y las lágrimas cayeron libremente. Negó con la cabeza mientras se mordía el labio tembloroso.

—¿Le quieres? —Glennys tan directa como siempre.

—No lo sé. —Había decidido ser sincera con ella—. Nunca había sentido algo así por nadie, pero cuando pienso en abandonarlo todo y venirme a vivir aquí con él, me entra el pánico. No quiero abandonar el legado de mi madre, no quiero renunciar a mi profesión a mi trabajo...

—¿Y es absolutamente necesario? ¿No podría Brett...?

—¿Lo preguntas en serio, Glennys? Conoces a Brett, ¿crees que podría vivir en mi mundo? Desfiles de moda, fiestas, reuniones y viajes... ¿Imaginas a Brett siguiéndome a todas partes? ¿Abandonando su vida?

Catherine se limpió la cara con las manos y se colocó el pelo respirando hondo para recobrar la compostura.

—No puede ser —negó—. Tengo treinta años, no soy ninguna niña y no me nublará la razón ningún sueño romántico.

—Tu madre también tenía treinta años —dijo Glennys—. Y recuerdo que sus palabras fueron muy parecidas a las tuyas. De hecho me he sentido como si hubiese viajado en el tiempo.

Catherine sacó un pañuelo del bolsillo y se sonó la nariz.

—No quiero hacerle eso —dijo sincera—. Sé que mi madre destrozó la vida de Zach. Lo sé. No voy a hacerle eso a Brett. Por eso voy a mantenerme

alejada de él y en cuanto esto se solucione me marcharé por donde he venido.

—¿Y tu padre?

—Conseguiré que venga a verme de vez en cuando.

—Esperaba que pudiésemos seguir siendo amigas, pero lo entiendo. Con tu madre también tuve que entenderlo.

Catherine comprendió que había perdido a una amiga entonces y se sintió fatal. ¿Es que no pudo hacer nada bien? De repente y por primera vez en su vida se sintió decepcionada de su madre. Dejó un cúmulo de dolor detrás de ella. Todo por conseguir su sueño sin tener en cuenta lo que provocaba en los demás. Fue egoísta y debía reconocerlo.

—Ella perdió mucho al dejaros —confesó—. La oí llorar muchas veces sin motivo y cuando le preguntaba me decía que no me preocupara que habían ido a visitarla fantasmas del pasado. Y, sí, siempre se le pasaba, pero después de cierto tiempo volvían otra vez.

—Piénsatelo bien —dijo Glennys—, al final la vida no es más que un suspiro y no hay riqueza ni fama que pueda calentarte la cama por la noche ni consolar las penas de tu corazón. Estar sola es una experiencia muy amarga para alguien que ha sentido lo que es el amor.

Catherine comprendió por qué lo decía y la cogió de las manos.

—Siempre le he querido —confesó Glennys—, desde que era casi un cría. Sé que él nunca se fijó en mí, yo era una amiga, alguien con quien había compartido tantos momentos... Lo soportaba porque no perdía la esperanza. Entonces llegó Nora. No quiero que pienses que la odié por ello. Hubiera sido más fácil para mí si la hubiese detestado, si hubiese visto en ella algo que la hiciese menos merecedora de su amor. Pero no fue así. Quise a tu madre casi tanto como la quiso Zach. Fue mi amiga, mi hermana. Ella se dio cuenta de lo que yo sentía, lloró abrazada a mi cuello porque lo amaba y sabía que eso me causaría dolor. Era una mujer maravillosa, Catherine.

—Y aun así os causó tanto sufrimiento.

—Sí, es cierto. De un modo u otro pasó por aquí como un ciclón y arrasó con todo. Se llevó nuestra alegría, nuestra confianza. Nos dejó huérfanos y desolados. Pero fue porque su presencia lo iluminaba todo y al marcharse nos sumió en unas tinieblas que antes no veíamos, pero que estaban ahí.

—¿No seguisteis en contacto?

Glennys negó con la cabeza.

—Tuvimos una larga conversación la mañana que se marchaba. Creo que

es la única vez que no he abierto la tienda. Se presentó en mi casa cuando estaba preparándome para salir y me dijo que se marchaba para siempre. Hablamos durante varias horas. Me contó cuál era su sueño, lo mucho que había trabajado para conseguirlo. Cuando llegó aquí vino para tomarse un descanso después de unos años frenéticos en los que había viajado por Europa y había aprendido todo lo que se hacía en el viejo continente dentro del mundo de la moda. Ya tenía varios encargos esperándola en Nueva York. Me dijo que había elegido Knightville por el lago. Que alguien le había hablado de este sitio. Aquí podría alejarse de todo y durante tres meses no pensaría en nada tan solo disfrutaría de la paz y la tranquilidad que sabía que no volvería a tener.

—¿Cómo conoció a Zach? —Catherine se apoyó en la pared y Glennys acercó una silla que había en un lateral de la tienda.

—Yo se lo presenté —dijo con tristeza—. ¿No es curioso? Me cayó bien. Hablamos me dijo que buscaba un lugar donde alojarse y recordé que Zach me había comentado que pensaba alquilar alguna habitación porque la casa era demasiado grande para él. Muchas veces he pensado en ello, ¿sabes? Es inevitable, aunque yo apreciaba a tu madre...

—Lo entiendo.

¿Cómo no iba a entenderlo? Imaginó lo que sentiría si ella le presentase a Brett a la mujer de su vida y él cayese rendida a sus pies. Casi se quedó sin aliento al ponerse en esa situación y su cara mostró la angustia que sentía.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Glennys al ver que sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Nada —dijo negando con la cabeza—. Pero será mejor que nos pongamos a trabajar y dejemos de hablar de esto o no terminaremos nunca.

Glennys se levantó de la silla y volvió a colocarla donde estaba.

—Gracias por escucharme —dijo Catherine dándole un sentido abrazo.

Su amiga la acogió con cariño y después la apartó con suavidad.

—Voy a hacer café, nos irá bien una tacita.

Catherine la siguió hasta el mostrador y la vio perderse en la trastienda. No podía quitarse de la cabeza la idea de que la vida había sido muy cruel con aquella mujer.

—¿Han dicho algo en las noticias? —Catherine ponía la mesa para la

cena mientras Zach terminaba de cocinar el pescado a la plancha.

—Pensaba decírtelo después de cenar...

Su hija soltó los cubiertos de golpe sobre la mesa y se volvió a él.

—Ya hay fecha para el juicio —dijo mirándola muy serio—. Será el jueves de la semana próxima.

—¿Qué? ¿Ya? —Se dejó caer en la silla como si las piernas no pudieran sostenerla.

Zach apagó el fuego y puso la comida en los platos para después llevarlos a la mesa. Uno frente a Catherine y otro en su sitio, después se sentó.

—¿Y Brett?

—Brett no cenará hoy con nosotros —dijo Zach descorchando el vino blanco.

—¿Y eso? —Catherine se puso la servilleta encima del pantalón y cogió el cubierto sin dejar de mirar a su padre.

—Ha estado aquí hace un rato y le he contado lo del juicio...

Miró a su padre desconcertada.

—No puede ser que no te hayas dado cuenta de lo que pasa —dijo Zach—. Ese muchacho está loco por ti, Catherine

Empalideció y dejó el cubierto en su lugar sin tocar el pescado.

—Sabe que vas a marcharte y eso lo está matando.

Catherine cerró los ojos un momento mientras pensaba en ello.

—Tengo que hablar con él —dijo poniéndose de pie.

—No está en su casa —dijo Zach al ver que estaba decidida—. Se ha ido al pueblo.

—¿Adónde? —preguntó ella con preocupación.

—Supongo que al bar de Charlie. Es donde va todo el mundo en Knightville cuando quiere distraerse.

Catherine asintió y salió del comedor.

—Te guardaré la cena para que no se enfríe —dijo y escuchó la puerta de la calle cerrarse de golpe.

El bar de Charlie estaba muy concurrido a esas horas. Catherine recordó la noche que habían ido juntos y una cálida sensación recorrió su espalda. Miró a su alrededor hasta localizarlo, estaba jugando al billar y a juzgar por las cervezas que acumulaban había bebido bastante. Se acercó y esperó a que acabase su turno. Cuando Brett levantó la vista y la vio allí parada sonrió con expresión cínica.

—Vaya, mira a quién tenemos aquí. Pero si es la señorita «no encajo en este pueblo».

Estaban John y Larry que le hicieron un gesto con la mano para saludarla y después otro para indicarle que había bebido mucho. Catherine asintió captando el mensaje.

—Vamos, Brett —dijo acercándose a él—, la cena se está enfriando y ya sabes cómo se pone Zach con esas cosas.

—Claro que sé cómo se pone Zach. Conozco a Zach hace treinta años —dijo zafándose de su mano—. Estoy jugando una partida al billar con mis amigos. ¿Te acuerdas de John y Larry?

—Claro que me acuerdo.

—Dicen que eres una tía guay. Ya les he dicho que se olviden de ti, que vas a largarte muy pronto y no volverás a pisar Knightville en tu puta vida.

—Brett, por favor, ven conmigo.

—¿Contigo? —Miró a sus dos amigos que trataban de no inmiscuirse—. ¿Habéis oído? Quiere que me vaya con ella. Luego dicen que los tíos no sabemos lo que queremos...

Brett cogió una de las cervezas y la apuró hasta dejar la botella vacía. Después hizo un gesto a la camarera para que le trajese otra.

—Está bien, si es lo que quieres, me iré —dijo Catherine caminado hacia la puerta. Cuando llegó a ella se volvió para darle una última oportunidad y Brett la saludó con una amargada sonrisa.

Cuando estuvo de nuevo en la calle caminó durante unos cuantos metros tratando de recuperar la respiración normal. Sentía una fuerte opresión en el pecho y las lágrimas pugnaban por escapar de sus ojos. Siguió caminando hasta un banco y se sentó. Después de unos segundos se sacó el móvil del bolsillo del pantalón y jugueteó con él. Se sentía terriblemente sola y perdida. Activó la pantalla y tecleó el número de Silvia, pero sin dar al botón de llamada. Se quedó mirando aquel número como si fuese un salvavidas que no estaba a su alcance.

Aquel era un móvil prepago. Gilbourne no tenía acceso a él. Quizá había conseguido intervenir su móvil, al menos eso le advirtió Mitch, pero aquel no estaba a su nombre. Pero quizá también habían intervenido el de Silvia. Borró el número y escribió el de Ronald. Apretó el botón de llamada y esperó a que descolgaran al otro lado.

—Diga.

—¿Podría hablar con la señora Silvia Catlow? —dijo tapándose la nariz y

hablando sin separar los dientes.

—¿De parte?

—Melissa Jepson.

—¿No tiene su número? —dijo Ronald mirando a su mujer con expresión de desconcierto.

—La he llamado al otro número que me dio, pero debe haber algún problema con el teléfono —siguió utilizando la misma voz.

—Toma —oyó al otro lado—, es para ti. Melissa Jepson.

—¿Y quién es Melissa Jepson? —Escuchar la voz de Silvia hizo se le acelerase el corazón—. ¿Dígame?

—No digas mi nombre.

Silvia empalideció y se quedó muda. Por suerte Ronald ya estaba de nuevo con la mirada fija en la pantalla del televisor viendo el partido de su equipo favorito y no se dio cuenta de nada. Silvia se levantó y salió del salón. Los niños estaban durmiendo arriba así que se metió en la cocina y cerró la puerta.

—¿Cómo estás? ¡Dios mío! Me moría de ganas de oír tu voz —dijo nerviosa.

—Estoy bien. ¿Y vosotros? ¿Todo está bien por ahí?

—Sí, sí, todos estamos bien.

—¿Os molestó alguien?

—Vino un tipo, al principio. Dijo que era de protección de testigos. A mí me sonó a chamusquina, pero chica, tenía placa y parecía buen tipo, agradable. Se parecía al Stallone en sus buenos tiempos, ¿sabes?

—¿Y qué quería?

—Pues saber lo que sabíamos. Dijo que le habían encargado detectar los puntos débiles de tu escondite y que tenía que saber lo que nos habías contado para poder protegernos. Le dijimos la verdad, que no sabíamos nada. Que vino aquel policía a explicarme que desaparecerías por un tiempo, hasta el juicio, pero que no podía decirme nada para protegernos.

—¿Y os dejó en paz?

—Sí. Incluso bromeó con los niños antes de irse.

Un sudor frío había empapado la espalda de Catherine.

—¿Cuándo vuelves? Ya le han cogido, ¿has visto las noticias? La semana que viene será el juicio —dijo Silvia—. Por fin podremos vivir en paz.

—Sí.

—¿Y tú cómo estás? Cuéntame qué has estado haciendo.

—He estado trabajando en una tienda de antigüedades.

—¿Trabajando? ¿Como dependienta?

—Sí. Lo dices como si no me creyeras capaz. Sabes que soy muy trabajadora.

—Pero vendiendo antigüedades... —Silvia no daba crédito.

—Glennys me ha enseñado lo necesario, es una mujer encantadora.

—Me alegra ver que te han tratado bien. ¿Has conocido a alguien interesante?

—Te echo tanto de menos —dijo Catherine sollozando.

—¿Estás llorando? —Silvia sintió la congoja de su amiga y su corazón se estremeció.

—Ojalá estuvieses aquí. Tengo tantas cosas que contarte...

—¿Qué ocurre? No me asustes.

—He conocido a alguien —dijo al fin.

—¿A alguien? ¿Te refieres a un hombre? —Silvia empezaba a comprender de qué iba aquella llamada. Se recostó en la silla dispuesta a escuchar.

—Es... ¿cómo describirlo? El hombre más maravilloso que he conocido en mi vida.

—Dios mío, te has enamorado. Pero ¿por qué lloras? ¿Está casado?

—No es eso. Pero no puede ser, Silvia. Él no tiene nada que ver con mi mundo.

—¿Y eso qué más da? Si le quieres...

—No lo entiendes.

—No, no lo entiendo. Explícamelo.

Mientras las dos amigas hablaban, muy cerca de Knightville había alguien escuchándolas con mucha atención. Catherine se equivocaba, no habían intervenido el teléfono de Silvia. Lo que sí habían hecho era que mientras el falso agente de protección de testigos, que no era otro que Norris Klein, charlaba con la familia para saber cuánto sabían, dos tipos se encargaban de colocar micrófonos en toda la casa. De esa manera, no era necesario interrogarlos exhaustivamente, tan solo hacía falta escucharlos en su vida cotidiana. Pronto se dieron cuenta de que era cierto que no sabían dónde estaba ella, pero tenían la esperanza de que en algún momento Catherine se pondría en contacto con su amiga. Y ahí estaban las dos, hablando tranquilamente mientras Norris observaba en la pantalla de su ordenador las ondas que provocaba su conversación.

—¿Restaurador de casas?

—Yo me sorprendí igual que tú. ¿Ves a lo que me refiero? En Nueva York no hay restauradores de casas. Hay arquitectos, ingenieros, decoradores de interiores, pero ¿restauradores de casas?

—Bueno, mujer, yo no vivo en Nueva York. Supongo que es una profesión que no es muy habitual.

—Estoy hecha un lío.

—Las relaciones son complicadas, ya lo sabes.

—Con Harry fue todo tan sencillo.

—Con Harry no funcionó —sentenció su amiga.

—Bueno, ya, pero...

—Sé lo que quieres decir, pero ¿estás segura que lo que tú quieres es que sea sencillo? Por lo que veo sientes algo muy fuerte por él.

—No sé cómo explicártelo sin ponerme colorada.

—Vaya —rio su amiga—, veo que ya te ha llevado al huerto y por lo que dices han sido palabras mayores.

—Mayores no, superlativas.

Silvia se rio a carcajadas.

—¿Y cuál es la duda, entonces? No puedes deshacerte de él, querida.

—¿Y cómo lo hacemos? ¿Yo en Nueva York y él aquí?

—¿Has hablado con él? Quizá te sorprenda y le guste la idea de mudarse.

—Hemos hablado de muchas cosas y te aseguro que no se mudará a Nueva York para seguirme a desfiles y eventos de moda.

—No sé lo que piensa él, pero lo que sí sé es que ese tipo de decisiones no deben tomarse nunca de manera unilateral. Tienes que hablar con él, no importa lo que creas que te va a decir, debes darle la oportunidad de decirlo. Se lo debes.

—Lo he intentado. Acabo de ir a buscarlo al bar de Charlie y estaba borracho.

—¿Eso es algo habitual? Porque si es así olvida todo lo que te he dicho...

—No, no es habitual. Es que se ha enterado de que la semana que viene es el juicio.

—Vamos, que él también está coladito por ti.

—Eso parece.

—Tienes que hablar con él. Quizá juntos podáis encontrar una solución.

—¿Qué estás haciendo?

—Brett... —Catherine se sorprendió al verlo.

—¿Estás hablando por teléfono? —preguntó asustado—. ¿Con quién...?
Catherine lo miraba sin decir nada.

—¿Qué pasa, Catherine? ¿Quién es Brett? ¿Es él?

—Silvia tengo que colgar. Ya hablaremos.

Cuando colgó el teléfono Norris Klein ya estaba cotejando todos los datos que había extraído de la conversación. Una tienda de antigüedades propiedad de una tal Glennys. El bar de Charlie, Brett un restaurador de casas y Larissa Hogan. Hasta ahora no había conseguido nada con ese nombre, pero ahora, con el resto de datos estaba seguro de que ya la tenía. Sonrió satisfecho, quizá pudiera volver a casa antes de lo que pensaba.

—¿Con quién hablabas? ¿Quién es Silvia? —preguntó Brett.

—Una amiga.

—¿Una amiga? ¿Qué amiga? —La miraba furioso—. No habrás llamado a nadie de Nueva York...

—No es de Nueva York, vive en Somerville, Nueva Jersey.

Brett se llevó las manos a la cabeza y se tiró del pelo tratando de despejar su embotada mente.

—¿Has llamado a una amiga, Catherine? ¿A una amiga? ¿Es que te has vuelto loca? ¿Podría tener el teléfono pinchado!

—No la he llamado a su número, sino al de su marido. Pero, aunque así fuese, no podrían rastrear este teléfono y...

Brett le quitó el móvil y lo tiró al suelo para después pisarlo varias veces ante la atónita mirada de Catherine. Después le sacó la tarjeta sim y se la metió al bolsillo. En cuanto llegase a casa la metería en el triturador de basura.

—¡Pero cómo te atreves!

—¿Que cómo me atrevo? —La cogió del brazo y la arrastró hasta su camioneta obligándola a subir.

—Ni sueñes que vas a conducir en ese estado —dijo ella cogiéndole las llaves y entrando por el sitio del conductor.

El aceptó y fue a sentarse en el otro asiento.

La maldición de las Dowse

Catherine aparcó el coche frente a la puerta de la casa de Brett y se bajó dispuesta a seguir caminando hasta la casa de su padre.

—¿A dónde te crees que vas? —preguntó él bajándose también y dando un portazo.

Ella se volvió y lo miró sin comprender.

—Tenemos que hablar —dijo él.

—Estás borracho.

—No estoy borracho.

Catherine se acercó y se cruzó de brazos delante de él.

—¿De qué quieres hablar?

—¿Que de qué quiero hablar? Pero ¿tú eres tonta o qué te pasa?

—Vete a la mierda. —Catherine se dio la vuelta dispuesta a marcharse, pero él la alcanzó y la agarró del brazo obligándola a mirarlo.

—¿Quieres que Zach sepa que has llamado por teléfono a una amiga? ¿Quieres que se pase la noche en vela pensando cómo solucionar la cagada que has hecho?

—No ha sido ninguna cagada —dijo enfadada—. El móvil es de prepago, no está relacionado conmigo de ningún modo.

—¿Y tu amiga tampoco está relacionada contigo?

—Ya te he dicho que llamé al número de su marido...

—Claro y su marido vive en otro Estado.

—Estás paranoico —dijo indicando que estaba loco, con un gesto.

—En serio no te das cuenta, ¿verdad? —La expresión de Brett mostraba auténtico desconcierto—. Ese hombre es un mafioso, tiene una red de delincuentes que trabajan para él. ¿Crees que alguien capaz de matar al anterior testigo cuando estaba protegido por dos agentes en un piso franco no tendrá algún plan para ti? ¿Crees que habrá alguna persona relacionada contigo que no esté vigilada? ¡Vigilada, Catherine! ¿Entiendes lo que significa eso? ¡Todos los móviles pueden estar intervenidos! Quizá haya micrófonos en su casa. ¡Qué sé yo! —gritó.

Catherine empalideció y un intenso frío recorrió su espina dorsal hasta detenerse en su nuca y apretarla como una garra.

—No puede ser —susurró.

Brett se llevó las manos a la cabeza. Parecía fuera de sí y se movía como un tigre enjaulado.

—¿De qué habéis hablado? —preguntó y al ver que no reaccionaba la agarró por los brazos y la sacudió—. ¿De qué habéis hablado?

—No sé, de lo que hago aquí.

—¿Has mencionado a alguien? ¿Has dicho algún nombre? —la apremió. Catherine pensó en ello.

—Glennys, quizá. Y cuando has llegado...

—Sí, has dicho mi nombre —dijo pensativo—. ¿Le has hablado de la tienda de antigüedades?

Catherine asintió temblando.

—Dios mío, Brett —sollozó—. ¿Cómo he podido ser tan estúpida? ¿De verdad crees que pueden haber escuchado la conversación.

La expresión en el rostro masculino fue más elocuente que cualquier palabra que pudiese decir. Catherine se dobló sobre sí misma y luego se llevó las manos a la cabeza. No podía respirar y le dolía el pecho.

—Tranquilízate. —Brett la agarró y la atrajo hacia él rodeándola con sus brazos.

Catherine intentó zafarse de su contacto, le ardían los pulmones y tenía los ojos llenos de lágrimas.

—No puedo respirar —susurró—, no puedo...

Se le doblaron las rodillas y Brett la cogió en brazos y la llevó hasta su casa. La depositó en el sofá con mucho cuidado, fue hasta el mueble de bebidas y vertió un dedo de vodka en un vaso.

—Tómatalo —le dijo poniéndoselo delante—. Venga, tómatalo.

Catherine obedeció y después de eso pudo coger aire por fin.

—Creí que me ahogaba —susurró casi sin voz.

—Ha sido un ataque de pánico. —Se sentó junto a ella en el sofá lo suficientemente cerca como para que notase su calor—. ¿Estás mejor?

Catherine se terminó la bebida y dejó el vaso en la mesilla antes de responder.

—Tengo que marcharme de aquí...

—No digas tonterías —la cortó—. ¿Te crees que te vamos a dejar sola en esto?

La diseñadora lo miró asombrada. Después de haberlos puesto a todos en peligro, ¿aún se preocupaba por ella?

—Ahora mismo ya podría estar alguien buscándome. ¿Cuánto pueden tardar en localizar una tienda de antigüedades cuya dueña se llame Glennys?

—Estados Unidos es muy grande —dijo Brett tratando de que su sonrisa pareciera sincera—. No creo que tengamos la mala suerte de que solo haya una.

—¿Tú crees? —preguntó angustiada—. ¿Y si añadimos que en el mismo pueblo hay un restaurador de casas que se llama Brett?

—Hombre, eso lo empeora bastante —trató de reírse aunque no le salió muy bien.

—No finjas, Brett, sé que estás tan preocupado como yo.

Él se recostó en el sofá de manera que la cabeza reposaba en el respaldo mientras las piernas quedaban fuera del asiento. Catherine sentía una rabia profunda que crecía por momentos.

—¡Soy una estúpida! —gimió.

Brett giró la cabeza para mirarla y sus ojos azules no mostraban ya ningún rastro del efecto de las cervezas.

—¿Por qué la has llamado? —preguntó.

—Por ti.

—¿Por mí? —Brett se incorporó de golpe y se sentó de lado para mirarla de frente.

—Me sentía muy sola y necesitaba hablar con alguien.

—¿Sola?

—¿Vas a repetir todo lo que diga? —Lo miró con ironía.

—Siento haberme portado como un imbécil. No suelo enamorarme de diseñadoras famosas...

Catherine empalideció. ¡No! ¡Ahora no! —gritaba en su cabeza—. Este no es el momento, no puedo pensar en eso ahora.

—Tenemos que decírselo a Zach —dijo ignorándolo—. No podemos mantenerlo al margen, él está en peligro también. Me iré esta misma noche, o por la mañana, ya veremos...

—Vas a hacer como si no me hubieses escuchado, ya veo. —Brett sonrió con tristeza—. No sé, pensé que al menos me merecía un comentario del tipo: No es por ti es por mí.

Catherine se mordió el labio nerviosa y estrujó sus manos como si fueran de plastilina y tuviese que mezclarlas.

—No podemos hablar de esto ahora, Brett.

—¿Ah, no? —Él le cogió las manos y apoyó una en su pecho—. ¿Sientes

cómo se acelera? Está claro que no hay remedio. Pero no creas que no me había dado cuenta. En realidad lo sentí desde el primer día cuando te vi sentada en los escalones de la casa de tu padre. Si no sientes lo mismo, lo entenderé. Seremos amigos, seremos lo que tú quieras que seamos. Pero tengo que decírtelo, porque si no lo hago sé que me arrepentiré.

—No, Brett... —suplicó.

—Te amo, Calarissa —sonrió con dulzura—. Amo los hoyuelos de tus mejillas, el suave lóbulo de tu oreja, amo tu risa cantarina y contagiosa y la manera que tienes de colocarte el pelo detrás de la oreja...

—¡Basta! —gritó ella poniéndose de pie. Temblaba como una hoja—. ¡No sigas!

Brett también se levantó y su expresión mortificada la conmovió profundamente, pero no podía dejar que siguiera, no con la amenaza que pendía sobre su cabeza.

—¿Esa es tu respuesta? —dijo él con serenidad.

—Sí, es mi respuesta —dijo con dureza—. No quiero jugar a las casitas. Me gustas, no lo niego y he disfrutado mucho... contigo. Pero no me interesa una relación con alguien que vive en un pueblo perdido de Carolina del Norte. En cuanto todo esto acabe voy a volver a Nueva York para recuperar mi vida.

—Y yo no tengo sitio en esa vida, ¿es eso lo que me estás diciendo? —preguntó dolido.

Catherine lo miró con expresión cínica.

—¿Dejarías todo esto por mí? ¿En serio crees que podrías vivir en Nueva York a mi sombra?

—¿Sería a tu sombra? —Lo dijo en un tono tan bajo que ella no lo oyó.

—¿Te imaginas yendo a eventos de moda? ¿A desfiles? ¿Qué harías mientras tanto? ¿Esperarme en casa hasta que regresara? ¿Reducirías tu vida a eso? ¿A esperarme?

—Contéstame una cosa, Catherine —dijo él conteniendo sus emociones—. ¿Sientes algo por mí o solo me quieres para follar?

—No hace falta que seas ordinario.

—No has respondido a mi pregunta.

—Está bien —dijo enfadada—, sí, siento algo por ti. ¿Contento? ¡Eso no cambia nada! Enamorarse es algo involuntario, no puedo controlar mis sentimientos. Pero aceptar a alguien en tu vida, eso es una decisión consciente y yo no te acepto Brett Wenham. —Se volvió dándole la espalda y

susurró con la voz rota—: No te acepto.

Brett respiró hondo tratando de atenuar el enorme dolor que le causaban sus palabras y sabedor de que no tenía más opción que aceptarlas.

—De nuevo La maldición de las Dowse —dijo Brett.

Catherine se volvió hacia él ofendida, pero al ver su rostro atormentado enmudeció por completo.

—¿O debería decir la de los Scholefield? —siguió Brett—. Si no fuera porque Zach no es mi padre, sino el tuyo. Las mujeres Dowse nos aman, pero no nos quieren en su vida. Sería más sencillo de soportar si no sintieras nada por mí. —Sonrió con los labios, aunque sus ojos azules destilaban dolor cuando se acercó a ella y rodeó su cintura para atraerla contra su cuerpo—. Puedo sentirlo, el calor que desprendes cuando estás en contacto conmigo. Y tus labios se mueren por besarme...

—No voy a negarlo —dijo ella retándolo con la mirada—, no negaré lo que siento, lo que tú me haces sentir. Pero eso no cambiará nada...

Brett la hizo enmudecer con su boca y hundió su lengua en la de ella con cierta violencia. Una de sus manos se perdió entre sus cabellos obligándola a mantener el contacto. Catherine no trató de apartarse, al contrario lo envolvió en un abrazo tenso clavándole las uñas en la espalda.

Aquel gesto hizo que Brett se incendiase. Abandonó su boca para perderse en su cuello mientras la llevaba de nuevo hasta el sofá. La tumbó suavemente mientras sus labios volvían a tomar su boca, esta vez con dulzura, pero enredándose con su lengua en una lucha sin reglas.

Catherine compartía el ansia que había hecho presa en él. Gimió de placer cuando Brett se deshizo de su ropa y atrapó uno de sus pezones entre los labios, después de torturarlo con firmes lengüetazos.

Con rápidos movimientos se deshicieron de la ropa que aún les cubría y volvieron al sofá sin dejar de tocarse. Era como si temieran que no les diese tiempo de entregarse por completo, como si una oscura sombra los amenazase. Brett se apoyó en sus brazos y colocándose entre sus piernas la penetró con una dura estocada. Catherine se arqueó para facilitarle la tarea y porque su cuerpo no obedecía a otro mandato que no fuese el de permanecer unida a él. Brett se movía presionando lentamente, empujando despacio hasta la máxima profundidad, deslizándose y sintiendo el contacto en plenitud.

Catherine sentía el cuerpo estremecido y el deseo contrayéndose en su interior. Sus latidos reverberaban contra sus caderas y se transmitían hacia él como música celestial. Lo rodeó con sus piernas obligándolo a acelerar sus

arremetidas. Cada movimiento destilaba un intenso calor que encontraba consuelo en un único punto final. La promesa de ese contacto los obligaba a moverse en su búsqueda empujados por sensaciones inexplicables.

Apoyó los pies en el sofá, extenuada y ansiosa, y se agarró a los duros glúteos masculinos buscando consuelo. Brett empujó a su órdenes y Catherine contuvo el aliento preparándose para lo que estaba a punto de llegar. Los jadeos de ambos se entremezclaron como sus cuerpos. Y entonces Brett se detuvo y la miró con ojos febriles.

—No te pares —suplicó ella arqueándose para obligarlo a moverse.

Pero Brett seguía dentro de ella, inmóvil y con sus ojos azules clavados en los suyos.

—Dilo —ordenó.

Catherine lo miró sin comprender. Lo sentía llenándola por dentro y sin poder aliviar la tensión que agarrotaba todos sus músculos.

—Di que no me amas y te follaré como si no hubiese un mañana —dijo con dureza—. Pero di que me amas y te haré el amor como jamás te lo ha hecho nadie.

Catherine sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas y le rodeó el cuello con las manos.

—Te amo —susurró—. Claro que te amo.

Brett salió de su interior y la deslizó suavemente hasta el suelo de madera. Catherine sintió el frío en su espalda y un excitante desconcierto mientras lo observaba de pie frente a ella, poderoso y perfecto.

—No dejes de mirarme —dijo él—. No cierres los ojos.

Se tumbó sobre ella apoyándose en sus fuertes brazos para no aplastarla. Se adentró en su boca con delicada maestría, jugueteando con su lengua sin dejar de mirarla mientras su erección presionaba entre sus piernas. Con suavidad apoyó todo su peso sobre ella y cogiendo sus manos las elevó por encima de su cabeza provocando que sus pechos subieran provocadores, rozándose contra él.

Brett bajó la mirada hacia sus suaves pezones y gruñó entre dientes.

—Esto va a ser más difícil de lo que creía —dijo enfebrecido.

Catherine sonrió nerviosa y lo vio inclinarse hacia su pecho derecho. Cuando sintió su aliento caliente y el contacto de su lengua, se estremeció y a punto estuvo de cerrar los ojos. Brett levantó la cabeza y la miró mientras se dirigía al otro pecho y agarrándolo con una de sus manos se lo metió en la boca como si quisiera devorarlo. Cuando se apartó Catherine sentía que

aquellos sensibles botones explotarían si volvía a tocarlos. Y entonces él atrapó con los dientes una de aquellas protuberancias y tiró de ella sin piedad.

Un gemido largo y profundo salió de la garganta de Catherine que creyó que aquello era lo más placenteramente insoportable que había sentido nunca. Pero se equivocaba.

Brett bajó recorriendo el cuerpo femenino con sus labios, deteniéndose en cada porción de piel como si quisiera aprendérsela de memoria, hasta culminar entre sus muslos. Su boca acarició los labios íntimos y poco a poco se abrió camino hasta el lugar más recóndito de su cuerpo.

Catherine sintió que se le nublaba la mente y buscó un lugar al que agarrarse como si se precipitase sin control desde un acantilado esperando el golpe contra el mar. Se sentía débil y expuesta de un modo que jamás había experimentado. Notaba los movimientos de aquella lengua poseyéndola por completo y el aliento masculino sobre su sexo.

Brett se apartó y levantó la cabeza para mirarla.

—Te he dicho que no cierres los ojos —dijo muy serio y, acto seguido introdujo un dedo donde antes había estado su lengua. Se movía con una soltura admirable, atormentándola con aquella agresión acertada y constante en sus puntos más sensibles.

La excitación de Catherine era ya casi dolorosa y trató de obligarlo a satisfacerla rodeando su firme miembro con las manos y acariciándolo en toda su extensión. Pero Brett no se dejó arrastrar y apartándola con suavidad le introdujo tres dedos mientras su pulgar realizaba un masaje constante en su sedoso y abultado clítoris.

Catherine puso los ojos en blanco sintiendo que no podría aguantar ni un minuto más. Arqueó las caderas de manera involuntaria y gritó de rabia cuando Brett se detuvo.

—No seguiré si no me miras —dijo él.

Catherine se juró que no volvería a cerrar los ojos, costara lo que costara, y Brett siguió un poco más con sus movimientos hasta notar que se contraía aplastando sus dedos. Entonces se colocó sobre ella y la llenó poco a poco con una presión, constante y firme, sin pausa. El juego de Brett, parando cada vez que ella estaba a punto de correrse, había hecho que el canal se cerrase y lo sentía apretado contra su carne palpitante, ejerciendo una excitante presión.

Catherine percibió cada centímetro de contacto y lo sintió crecer dentro

de ella. Gimió con el pecho inflamado de pasión y trató de arquearse para darle más sitio, pero él la apretó contra el suelo impidiendo que se moviera a placer. Quería todo el control y sabía muy bien lo que hacía.

No cedió ni un milímetro de terreno, siguió avanzando constante y duro hasta llegar al punto de encuentro final. Su expresión era feroz e implacable y Catherine no dejaba de mirarlo temerosa de que volviese a arrebatarse su consuelo.

Brett se colocó de rodillas y elevó las piernas femeninas colocándolas sobre sus hombros y se dejó arrastrar por sus instintos más básicos. Empujó con fuerza mientras la sostenía con firmeza para que aguantara sus envites. Y cuando estuvo seguro de que había llegado a un punto de no retorno, se dejó ir con ella en una última embestida.

Catherine se vistió ante la atenta mirada de Brett que se abrochaba los pantalones tratando de leer en su oscura expresión. La diseñadora se puso los zapatos y se dirigió hacia la puerta.

—¿A dónde vas? —Brett la alcanzó, aún descalzo, y la sujetó por el brazo.

—Tengo que hablar con Zach y después me marcharé. —Lo miró muy seria.

—No irás a ninguna parte —dijo él conmocionado por su actitud—. Nosotros te protegeremos.

Catherine se soltó con brusquedad.

—Nada ha cambiado, Brett. Te lo he dicho: no hay sitio para ti en mi vida.

El hombre bajó los brazos con la expresión de alguien a quien hubiesen golpeado y no consiguiese entender el motivo.

—Has dicho...

—Que te amo —dijo ella con una mirada iracunda—. Lo he dicho, sí. Tenías tu polla dentro de mí y me habías puesto a mil. ¿Qué querías que hiciese? ¿Que acabase yo sola el trabajo?

Brett apretó los dientes y su mandíbula se dibujó bajo la piel.

—¿Te crees que tengo doce años? —preguntó cuando fue capaz de hablar de manera coherente—. Estás haciendo esto para apartarme de ti.

—¡Está bien! ¿Quieres hablar? ¡Hablemos! —Catherine volvió al centro del salón y se encaró a él—. Vale, estoy enamorada de ti y tú lo estás de mí.

Ve pensando en mudarte a Nueva York.

—Podemos encontrar una manera —dijo acercándose con suavidad—. Es una cuestión de encaje de piezas.

—Adelante, habla. —Hizo un gesto señalándolo con la mano y después cruzó los brazos frente al pecho esperando.

—Puedo encontrar trabajo en Nueva York —dijo—. Allí también se restaurarán casas, digo yo.

—Claro, seguro. —Catherine asintió—. ¿Ya está? ¿Todo solucionado? Pues venga, prepáralo todo. Cuando acabe todo esto te trasladarás a mi casa. Casi nunca estoy allí, apenas llego para dormir, pero encontraremos el modo de vernos. Oye, y si no pues te pasas por mi oficina, ya te haré un hueco en mi agenda.

—Estás siendo una gilipollas.

—Hombre, muy bonito, todavía no estamos juntos y ya me insultas.

Brett se puso las manos en la cintura y la miró dolido.

—¿Podrías...? —bufó por la nariz tratando de contener los nervios y se llevó las manos al pelo en un gesto muy característico suyo—. ¿Podrías por favor hablar como una persona normal? Seguro que hay algún modo de hacer esto.

—Mi madre siempre decía...

—¡Tu madre está muerta! —gritó él perdiendo la paciencia—. ¡Deja de hablar de ella como si fuese tu guía espiritual!

Catherine sintió como si la hubiesen abofeteado y se quedó sin aire. Brett se acercó a ella y se inclinó para que solo mirase sus ojos.

—Siempre tienes una explicación para todo, una explicación que te dio tu madre. Tu madre debió dejarte vivir tu vida. Debió explicarte quién era tu padre para que pudieses conocerlo si era tu deseo. Debió...

—No hables de ella —lo cortó furiosa mientras negaba con la cabeza.

—¿Por qué? ¿Temes que se te desmonte el mito? Porque no era un mito. Bette Dawse fue una cobarde. Co-bar-de —deletreó.

Catherine se dio cuenta de que lo había abofeteado cuando ya estaba hecho. Se llevó las manos a la boca horrorizada por ello y sintió que todo su cuerpo temblaba. Brett ni se inmutó, a pesar de que había sido un fuerte golpe y su mejilla se estaba enrojeciendo notablemente.

—No debería haber hecho eso —dijo aguantándose las lágrimas—. Lo siento, Brett. Pero no tenías derecho a hablar así de mi madre. Tú no la conociste, no tienes ni idea de la persona tan maravillosa que era.

—No, no la conocí —dijo él—, pero sé lo que hizo con aquellos que la amaban. Primero con Zach y luego contigo.

Catherine movió la cabeza y se limpió las lágrimas que cayeron de sus ojos.

—Es normal que sientas esa rabia hacia ella —dijo con la voz entrecortada—, necesitas un culpable. No quieres oír la verdad, pero tendrás que hacerlo. Esto no tiene futuro. No importa lo que sintamos, es como si fuésemos de universos paralelos. Nuestros mundos nunca se van a encontrar. Lo que ha pasado es una anomalía en nuestras vidas.

Él la miraba dolido y su expresión le destrozaba el corazón, pero sabía que debía terminar con aquello de una vez.

—No puedo llevarte conmigo, Brett, no sabrías cómo vivir. Y yo no voy a renunciar a todo por ti —sentenció.

Los ojos azules de Brett brillaban acuosos y Catherine fue testigo de los esfuerzos que estaba haciendo para no llorar. Sintió que se le rompía el corazón y a punto estuvo de lanzarse en sus brazos, pero entonces pensó en Ignace Gilbourne y recuperó la compostura.

—Hablaré con Zach y me iré en cuanto amanezca —dijo caminando hacia la puerta del salón.

Brett se movió despacio, el dolor que sentía lo había dejado casi paralizado, pero se reveló contra él y la siguió hasta el exterior de la casa y la acompañó en silencio atravesando el trecho de bosque que separaba las dos casas. Cuando ella subía los escalones de entrada vio que él se había detenido.

—¿No entras? —preguntó Catherine.

Brett negó con la cabeza.

—Vendré por la mañana antes de que te marches —dijo dándose la vuelta y regresando a su casa.

Catherine sintió que se le abría un boquete en el pecho al verlo alejarse. Hubiese querido detenerlo, pero no podía hacerlo. Si le decía lo que sentía y lo que estaría dispuesta a hacer por él jamás la dejaría marcharse sola. No se arriesgaría a que le ocurriese algo malo. No podría vivir con ello.

A su imagen y semejanza

Norris Klein limpió la navaja con la colcha de la cama y la cerró metiéndosela en el bolsillo trasero de su pantalón. Antes de salir de la vivienda que el dueño del motel tenía detrás de la recepción se aseguró de que no había nadie.

Caminó hasta el mostrador, abrió el libro de registro y arrancó la hoja que él había firmado al llegar. Nunca utilizaba su verdadero nombre, pero si había algo que lo había mantenido con vida todos aquellos años era que jamás, jamás, jamás, dejaba un cabo suelto.

Había mantenido amenas charlas con aquel hombre y debía reconocer que había sido un tipo agradable, por eso trató de que su vida terminase sin demasiado sufrimiento, aunque casi nunca podía eliminar del todo el pánico que los invadía justo antes de morir.

Ya había metido su equipaje en el maletero del coche y había limpiado la habitación para borrar totalmente sus huellas. Estaba listo para viajar hasta Knightville y esperaba estar allí en dos horas. Con suerte la pillaría durmiendo tan ricamente en su cama y sería un trabajo sencillo.

Salió de la recepción del motel, poniéndose el gorro para cubrirse el pelo, se subió a su coche y lo puso en marcha para alejarse cuanto antes de allí. No quería estar cerca cuando descubriesen el cadáver.

Zach la escuchó con creciente preocupación, pero mantuvo la firmeza en su expresión y se obligó a no perder la compostura.

—Me iré por la mañana —dijo Catherine cuando acabó—. No creo que nadie vaya a venir a por mí, pero no pienso arriesgarme a ponerlos en peligro.

Zach no decía nada, sostenía con una mano la pipa que tenía en la boca mientras la miraba con atención. Pensaba y trataba de pensar rápido porque tenía la sensación de que no tenían mucho tiempo.

—No puedes esperar a mañana —dijo después de unos minutos que a Catherine se le hicieron eternos—. No me dirás a dónde vas, pero no te irás sola. Brett irá contigo.

Catherine empalideció al darse cuenta de la inmediatez que atribuía al peligro que corría.

—No, papá, eso es imposible, Brett no puede acompañarme...

—¿Por qué? ¿Porque os habéis enamorado?

Catherine se mordió el labio mientras buscaba las palabras para rebatirlo.

—No te esfuerces, sé que lo amas. He visto cómo lo miras y no hace falta ser un lince para darse cuenta de que os habéis dado más de un revolcón.

Su hija esquivó su mirada y se metió las manos en los bolsillos de su pantalón, nerviosa.

—No lo entiendes... —susurró.

—¿Qué no entiendo?

—Entre nosotros no puede haber nada, no funcionaría.

—Vamos a ver —dijo su padre sacándose la pipa de la boca y mirándola con ironía—. A mí eso ahora me importa un pito. Lo único que quiero es que salgas con vida de todo este embrollo. Pero ya que parece querer tratar este hecho con tu padre te diré que con tu madre y conmigo ya hubo bastantes gilipollas en la familia.

Ella lo miraba sin comprender.

—¿En serio me vas a hacer que lo diga? —preguntó Zach poniéndose muy serio.

—No sé a qué te refieres.

—¿Cómo fue tu infancia, Catherine? —su voz sonó demasiado dura para que ella pudiese escucharlo sin desmoronarse—. ¿Cómo fue tu adolescencia? Siempre pegada a tu madre, siempre dirigida por ella. Sin dejar que cometieras tus propios errores, que eligieses tu camino. Bette creó un imperio y te puso a ti en la cúspide. ¿No te das cuenta de que te hizo prisionera? Ella experimentó. Viajó por el mundo durante varios años, se retiró a un pequeño pueblo de Carolina del Norte para vivir como una persona normal. Quería saber quién era ella antes de tomar una decisión sobre su vida. Amó y fue amada. Rozó con la yema de los dedos cómo sería tener una vida normal y decidió que no era suficiente para ella. —Su padre se acercó a Catherine y la interpeló sin compasión—. Pero ¿y tú? ¿A ti te dejó hacer lo mismo? ¿Te dijo que salieses al mundo y descubrieses lo que querías? ¿O te encerró en una jaula de oro y te cargó con el peso y la responsabilidad de no decepcionarla? ¿Cuántas de tus decisiones han sido realmente tuyas, Catherine?

Su hija apartó la mirada sin poder contener las lágrimas. Zach la cogió por la barbilla y la obligó a mirarlo.

—Yo solo conozco una, la que te trajo hasta aquí.

Catherine lo miró negando con la cabeza y había tal dolor en sus ojos que lo hizo estremecer.

—Ni siquiera esa fue mía —sollozó—. Vine aquí porque ella me dijo que si me ocurría algo y necesitaba ayuda acudiese a ti. Vine porque eras la única persona de mi vida que nadie más conocía.

Zach la atrajo hacia él y la abrazó con fuerza.

—Nunca he hecho nada por mí misma —dijo entre lágrimas—. No sé quién soy.

Su padre cazó su mirada obligándola a mirarlo.

—Puedes descubrirlo aún, Catherine. Puedes tener la vida que tú quieras. No le debes nada a nadie. A nadie.

La diseñadora cerró los ojos un instante y cuando recobró la compostura se limpió la cara al tiempo que asentía.

—Lo urgente ahora es solucionar el embrollo que he provocado —dijo.

Zach estuvo de acuerdo. Sacó el móvil del bolsillo para llamar a Brett.

Norris Klein entró en la calle principal de Knightville y detuvo su coche muy cerca del bar de Charlie. Cerró con la llave cuando cruzaba la calzada y entró en el establecimiento, que estaba muy concurrido. Se acercó a la barra y pidió una cerveza. Durante unos minutos estuvo bebiendo como si nada de lo que allí pasaba le importase. Cuando estuvo seguro de que ya no le prestaban atención porque se había mimetizado con el ambiente se volvió al camarero y le pidió otra cerveza.

—¿Conoces a Glennys Lypscombe? —preguntó.

—¿La anticuaria? —el camarero asintió—. Claro, todo el mundo conoce a Glennys.

El asesino a sueldo sonrió amable.

—Cuánto me alegro —dijo—. Es mi tía. La familia quiere prepararle una sorpresa y me han enviado a mí a organizarlo todo.

El camarero asintió como si le importase, pero no dejaba de mirar hacia el billar donde unas jóvenes jugaban una partida.

—Larissa Hogan trabaja en su tienda y podría ayudarme. ¿La conoces? —siguió Norris.

—Sí —respondió el otro sin mirarlo—, se mudó a Knightville hace un par de meses. Vive en casa de Zach Scholefield.

—¿Me indicas dónde está su casa, por favor?

—Si hubieras llegado hace un rato habrías podido hablar con ella. Ha estado aquí, venía buscando a Brett Wenham —explicó saliendo de detrás de la barra y acompañándolo a la calle—. Detrás de esos árboles que se ven a doscientos metros sale un camino a la derecha. Avanzas unos trescientos metros más y otra vez a la derecha encontrarás un sendero que se adentra en el bosque. No tiene pérdida, la primera casa es la de Zach y a unos quinientos metros está la de Brett. No hay ninguna más en dos kilómetros a la redonda. Es un buen terreno. Mi padre siempre dice que el mejor de Knightville. Es porque la familia de Zach fue una de las fundadoras.

—Muy interesante —dijo Norris volviendo hacia su coche—. Gracias, Charlie.

El hombre lo saludó con la mano y caminó hacia el bar sin imaginarse lo peligroso que era aquel desconocido con el que había hablado tan amigablemente.

—¡Glennys! —exclamó al ver a la mujer que caminaba por la otra acera. Se volvió hacia el coche, pero ya se desviaba a la derecha. Cruzó la calzada y sonrió a la mujer—. Acabo de hablar con tu sobrino.

—¿Mi sobrino? —la mujer frunció el ceño desconcertada.

—Sí, ha venido a visitarte. Me ha preguntado por Larissa.

Estaba claro que Charlie no era muy bueno guardando secretos, pero para ser justos tenemos que decir que no había prestado mucha atención a lo que le había contado el sobrino de Glennys.

—¿Te ha preguntado por mí y por Larissa? —La anticuaria metió la mano en su bolso y sacó el móvil con manos temblorosas.

—¿Pasa algo, Glennys?

—Nada, Charlie, vuelve al bar o te vaciarán la barra.

El hombre se encogió de hombros y se dio la vuelta para marcharse.

—Espera Charlie. ¿Está Julius en el bar? —preguntó por el sheriff.

Charlie asintió sonriendo.

—Pues claro, ya sabes que los sábados no perdona.

—Voy contigo —dijo al tiempo que daba al botón de llamada.

—¿Glennys? —la voz de Brett mostraba sorpresa.

—Brett, escúchame bien. Charlie, el del bar, me acaba de decir que un tipo que dice ser mi sobrino ha preguntado por Larissa. —Elevó la voz al entrar en el bar—. Yo no tengo ningún sobrino, Brett. Sea quien sea, va para allá.

El restaurador colgó el teléfono y echó a correr, pero se detuvo en la puerta y volvió sobre sus pasos para ir hasta un armario que tenía bajo la escalera.

Catherine metía su ropa en la mochila con la que había llegado hacía dos meses. Se dio cuenta de que no podría llevárselo todo. Se había comprado bastantes cosas.

Se sentó en la cama con una enorme tristeza en el corazón. Observó las paredes, los muebles, pasó la mano por encima de la colcha. En aquella casa no tenía ninguno de los muchos lujos a los que estaba acostumbrada. No tenía a nadie que la ayudase a hacerlo todo. Nadie que la llamase señorita Dowse. Allí era Catherine. Solo eso.

Nunca se había sentido más libre y auténtica que en el tiempo que llevaba en Knightville. Cerró los ojos un instante y se llevó una mano al pecho para calmar la angustia que la atenazaba. Zach había sido el mejor padre que hubiese podido imaginar. Pensó en lo mucho que la habría ayudado tenerlo en tantos momentos de su vida. Alguien que la levantara en sus brazos y la hiciese sentirse segura.

—¡Catherine! —Zach entró en la habitación como una exhalación—. Está aquí.

Miró a su padre sin comprender. ¿Se refería a Brett? Pero su expresión era de temor. La cogió del brazo al ver que no reaccionaba y tiró de ella.

—Está aquí, viene a por ti.

Aquellas palabras encendieron todas las alarmas en su cerebro. Dejó la mochila tirada en la cama y corrió detrás de su padre. Cuando llegaron frente a la puerta escucharon el motor del coche que se detenía frente a la casa. Zach se volvió y le hizo un gesto poniéndose el dedo en los labios. Catherine respondió señalando la parte de atrás y Zach asintió.

—Corre hacia el bosque —musitó solo para sus oídos. Le dio la linterna que llevaba en las manos y la apremió.

Catherine dudó por un segundo, no quería dejarlo solo, pero entonces comprendió que ese hombre venía a matarla y su padre moriría tratando de impedirselo.

Zach fue hasta el armario que había bajo la escalera, en el que guardaba su escopeta en el momento que sonaba el timbre de la puerta.

Catherine salió al exterior mientras su padre cogía la escopeta que tenía en un armario. Desde la parte de atrás escuchó el timbre de la entrada. El corazón latía desbocado en su pecho y le costaba respirar. Miró hacia el

bosque segura de que no saldría viva de esta. Debía alejarse cuanto antes, quizá así pudiera protegerlos a ellos. Sorprendentemente aquel pensamiento le dio la fuerza que necesitaba y su respiración empezó a relajarse acompañada. Caminó despacio para evitar cualquier ruido que pudiese delatarla, cediendo al instinto de supervivencia que la empujaba a huir desfavorada sin pensar, tan solo buscando alejarse de allí.

Miró a su alrededor y se adentró en el bosque en dirección a la casa de Brett. Tenía que avisarlo antes de que saliese hacia la casa de Zach. Su padre lo había llamado y le había explicado su plan de que se la llevase de Knightville. Le dijo que preparase una bolsa con algo de ropa porque no sabía cuánto tiempo estarían fuera.

Cuando estuvo lo suficientemente lejos de la casa para que no se viese el haz de luz, encendió la linterna y avanzó lo más sigilosamente que fue capaz. Esperaba no encontrarse con ningún animal, las serpientes le daban terror y no estaba segura de no ponerse a gritar como una loca si daba con alguna.

No lo escuchó, ni siquiera percibió que hubiese alguien más allí, tan solo sintió que la agarraban por detrás y antes de poder emitir el más mínimo sonido una fuerte mano le cubrió la boca.

—Baje esa arma —dijo Zach con expresión relajada—, ya le he dicho que no está aquí. Sabíamos que venía y se ha largado hace rato.

Norris Klein era un hombre paciente al que le gustaba caminar a primera hora de la mañana cuando todos dormían, leer libros sobre flora y fauna y la pizza margarita. Lo de ser un asesino a sueldo había sido fruto de una vida complicada y con pocas opciones. No le hacía especial ilusión matar a aquel sesentón que no le había hecho nada, pero estaba claro que se lo iba a poner difícil. El hecho de que en ese momento lo estuviese apuntando con un rifle no ayudaba mucho.

—¿Cómo cree que podemos arreglar esta situación? —preguntó el matón sin mover el arma que apuntaba directamente al corazón de Zach.

—Bueno, se me ocurren varias formas, pero en todas ellas uno de nosotros acaba con varios agujeros en el traje —respondió el padre de Catherine—. Yo le aconsejaría que saliese de mi casa y se largase por donde ha venido. Pero imagino que no va a aceptar.

Norris sonrió con ironía.

—Así que es su hija —dijo pensando en voz alta—. Veamos. Yo tengo una oferta que hacerle. Estoy convencido de que cuando disparemos tengo

opciones de salir vivo y soy un hombre de palabra. Si le digo que encontraré a su hija y la haré pedacitos, puede dar por hecho que cumpliré mi promesa. Peero, si baja el arma y me dice por dónde se ha ido, solo le pegaré un tiro certero y le aseguro que no sufrirá.

Zach sonrió sin humor. Ya había vivido bastante.

Catherine escuchó los disparos y quiso gritar, pero Brett la tenía bien sujeta y no se lo permitió.

—No te muevas de aquí —dijo dándole la vuelta para verle los ojos—. Catherine, hazme caso o nos matará a todos.

Sin esperar respuesta echó a correr hacia la casa y entró por la parte de atrás al tiempo que el sherif lo hacía por la puerta delantera. Zach estaba en el suelo en un charco de sangre y el otro hombre yacía muerto con un boquete en el centro del pecho.

—Llama a una ambulancia —dijo Brett mirando a Glennys que acababa de entrar.

Después puso las manos sobre la herida que Zach tenía en el abdomen y apretó con fuerza.

—Sal por detrás y avisa a Catherine —dijo Brett con los ojos llenos de lágrimas—, dile que se dé prisa.

Cuando entró en la casa y vio a su padre desangrándose y a Brett tratando de contener la hemorragia el mundo de Catherine se desplomó sobre su cabeza amenazando con aplastarla. Se quedó paralizada, sin atreverse a moverse por temor a que su acción precipitase los acontecimientos. Brett la miraba mientras mantenía los dientes apretados y las lágrimas caían por sus mejillas. Zach no se movía y sus ojos estaban cerrados.

Todo sucedió como en un sueño, los sonidos eran incomprensibles y los movimientos erráticos. Se vio arrastrada hasta la ambulancia y sentada en la parte de atrás acompañando a su padre. En algún momento le cogió la mano inerte y la sostuvo hasta llegar al hospital. Brett la ayudó a bajar cuando la ambulancia se detuvo frente a las urgencias y la acompañó dentro del edificio. Se sentó en una sala de espera sin emitir el más mínimo sonido y mirándolo todo como si no estuviese realmente allí.

Nunca había tenido nada que ella hubiese elegido. Todas las personas y las pertenencias de las que había disfrutado estuvieron allí porque alguien las puso para ella. Su primera niñera, la segunda. El colegio, sus amigas, incluso Harry, también a él lo trajo su madre a casa un día y le dijo susurrándole en el

oído: será un buen amigo.

Y cuando supo que iba a morir entonces le contó la verdad. Le explicó la historia con Zach y lo mucho que se habían querido. ¿Realmente su madre sabía lo que era amar? Empezaba a creer que todo había sido un plan maestro orquestado para tener un hijo sin la presencia de un padre. Alguien a quien dominar, a quien hacer a su imagen y semejanza. Alguien maleable, fácil y que pudiese proporcionarle la parte emocionalmente humana que necesitaba en su vida. De haber tenido un padre eso no habría resultado tan sencillo. Zach fue perfecto para ello.

De pronto sintió ganas de vomitar. Era como si por primera vez viese a su madre como la persona que realmente fue. Alguien a quien no podía acusar de maltrato, alguien que le había proporcionado todo lo necesario para tener una vida sin carencias económicas. Alguien que se había «preocupado» de ella.

Eso la dejaba indefensa frente a su despotismo, frente a su absoluto y total menosprecio. No la consideró digna de merecer su respeto, de tomar sus propias decisiones, de vivir su propia vida. La manipuló y socavó su voluntad hasta convertirla en una marioneta en sus manos.

Catherine se inclinó hacia delante y escondió la cabeza entre los brazos que se apoyaban en sus piernas. Como un ovillo, como alguien que quiere desaparecer.

Brett se acercó varias veces a ella, pero no obtenía ninguna respuesta por su parte. Estaba aterrado y conmocionado ante la idea de que Zach muriese. Había sido su padre más tiempo que el verdadero. Lo quería más de lo que podría expresar y la idea de no haber podido protegerlo le retorció las entrañas.

El médico salió del quirófano y se quitó el gorro para hablar con ellos.

—¿Usted es la hija? —preguntó al ver a Catherine acercarse.

—Sí —musitó.

—Bien. Su padre está fuera de peligro. Ha perdido mucha sangre y hemos tenido que quitarle un trocito de intestino, pero nada importante. Por suerte la bala salió por detrás y no tocó ningún órgano vital.

—¿No corre peligro? —la voz de Catherine parecía a punto de romperse.

—No, tranquila. —El médico la cogió del brazo tratando de reconfortarla.

Catherine asintió y se alejó de ellos caminando hacia la salida. Brett frunció el ceño y se disculpó con el médico para seguirla.

—¿A dónde vas? —preguntó agarrándola del brazo.

—Necesito ir a casa —dijo agotada—. Tengo que pensar...

—Te llevo.

—No —dijo rápidamente—, no quiero que se quede solo. Uno de los dos ha de estar siempre con él. Después de todo es nuestro padre.

Brett la miró con ternura y Catherine le abrazó con una calidez inusitada. Glennys se acercó a ellos.

—Yo la llevaré a casa —dijo.

Glennys no consiguió que dijese una palabra en todo el camino. Bajó del coche con ella y entraron juntas en la casa. Las manchas de sangre seguían en el suelo y Catherine se quedó en medio de ellas mirando la de su padre.

—No pienses en ello —dijo su amiga acariciándole el pelo—, Zach está bien. Es lo único que importa.

Catherine la miró y asintió con tristeza.

—Voy a darme una ducha y a comer algo —dijo—. No te preocupes, Glennys, estaré bien.

—Si lo que estás buscando es librarte de mí, lo siento, pero soy muy cabezona —dijo caminando hacia la cocina—. Prepararé algo de comer mientras te duchas.

Catherine subió las escaleras con gran esfuerzo, estaba anímicamente agotada. Entró en su cuarto y se sentó en la cama con los brazos caídos. Después de unos minutos sacó el móvil del bolsillo y marcó el número que había memorizado antes de empezar su viaje.

—¿Mitch? Soy Catherine. Tienes que venir a buscarme.

Estaba tumbada en el sofá mirando al techo cuando escuchó que un coche se paraba frente a la casa. Glennys también lo oyó y se levantó rápidamente para mirar por la ventana de quién se trataba.

—No te muevas, no es nadie que conozcamos —dijo asustada.

—Yo sí le conozco —dijo Catherine abriendo la puerta—. Hola, Mitch. Ahora mismo bajo.

El agente entró en la casa y miró las manchas de sangre del suelo.

—¿Quién es usted? —preguntó Glennys sin comprender lo que estaba ocurriendo.

—Soy agente de protección de testigos.

La anticuaria lo miró con el ceño fruncido.

—¿Y qué hace aquí? —preguntó.

—He venido a buscar a... Larissa.

—Sé que se llama Catherine —dijo molesta—. No me vengas con memeces. Somos amigas ¿o qué te crees que hago aquí?

—Tranquila, Glennys —dijo Catherine bajando las escaleras—. No te enfades con Mitch, solo trata de protegerme.

—¿A dónde vas?

—Me marchó con él —explicó su amiga mirándola con cariño—. No puedo seguir aquí, mira lo que ha ocurrido esta noche.

—Pero Zach se morirá de la pena si haces eso. —Se quejó Glennys—. ¡Y Brett!

Catherine la abrazó y después la miró a los ojos.

—Sabes tan bien como yo que esto es lo mejor. La policía me ocultará hasta el jueves y después del juicio todo volverá a la normalidad.

—Catherine...

—Despídeme de ellos y cuida a Zach por mí, te lo ruego.

Glennys los siguió hasta el exterior y los vio subir al vehículo sin saber cómo detenerla. En el fondo entendía por qué lo hacía, sabía lo terrible que había sido lo que había ocurrido esa noche, pero se le partía el corazón.

Catherine sacó la mano por la ventanilla cuando el coche se puso a maniobrar para volver al camino. Glennys le dijo adiós con el corazón encogido.

Vestida de otoño

Mitch Hunton miraba a Catherine con expresión culpable. Al día siguiente se celebraría el juicio y estaba seguro de poder mantenerla con vida hasta ese momento. En aquellos días habían entablado una relación mucho más amistosa que la que desarrollaron al principio. Estaba distinta. Los meses que había vivido en Knightville la habían cambiado.

Por primera vez en toda su carrera se sentía culpable. Había algo rondándole la cabeza y no podía seguir con ello dentro. Tenía que hablar con ella y darle la oportunidad de decidir. Era lo justo y lo sabía.

—Chicos —dijo mirando a los dos agentes que estaban en la habitación—. ¿Podéis dejarnos un momento, por favor?

Los policías se levantaron sin decir nada. Catherine lo miró con una sonrisa.

—Tenemos que hablar —dijo Mitch indicándole el sofá para que se sentase frente a él.

Catherine obedeció y lo miró sin borrar su triste sonrisa.

—¿Ha llegado el momento de que tengamos esa charla? —preguntó. Mitch la miró con el ceño fruncido—. Vas a decirme por fin que esto no tiene vuelta atrás, que después de testificar seguiré estando en peligro y que Ignace hará que me maten si vuelvo a mi vida.

Mitch Hunton no pudo disimular su sorpresa.

—¿Creías que era tan tonta como para creerme vuestras mentiras? Lo he sabido siempre, aunque todo resultaba más fácil si hacía ver que no.

—Bien, las cartas están boca arriba sobre la mesa —dijo el agente—. Ahora ha llegado el momento en el que debes decidir si quieres jugar.

—¿Tengo otra opción?

—Podrías no testificar.

—¿Y crees que eso me salvaría la vida? Yo no lo creo, Ignace Gilbourne no se arriesgaría a dejarme por ahí sabiendo lo que sé.

—Si lo juzgan y sale inocente no podrán volver a juzgarlo por el mismo delito.

Catherine frunció el ceño.

—¿En serio?

Mitch asintió y la diseñadora se apoyó en el respaldo del sofá pensativa. Volvió a ver a Tom tirado en medio de la calzada con la cabeza destrozada y sintió una punzada en el costado. ¿Realmente podría vivir sabiendo que aquel asesino quedaba libre? Negó con la cabeza como si se respondiese a sí misma.

—No puedo permitirlo —dijo suspirando—, no dejaré que un asesino como ese esté en la calle pudiendo impedirlo. Mañana iré a los juzgados y declararé contra él.

—Entonces tendrás que aceptar una nueva identidad y sabes lo que eso supone.

—No volveré a ver a nadie de mi anterior vida —dijo ella asintiendo.

—Ni de la vida de Larissa Hogan.

Catherine asintió sin poder ocultar el dolor que eso le causaba. Cerró los ojos un momento antes de preguntar.

—¿Mi padre está bien?

Mitch asintió.

—¿Podrás hacerles llegar unas cartas? Las escribiré ahora mismo —dijo después de que el agente asintiese. Se levantó y desapareció tras la puerta de su dormitorio.

Mitch se quedó sentado con un rancio sentimiento de rabia golpeándole en el pecho. La vida era una mierda si una persona inocente tenía que renunciar a todo para que la policía consiguiese encerrar a un criminal como Gilbourne.

Se levantó del sofá y fue a hablar con su compañeros.

—Tengo que atender un asunto. Estad atentos y no os distraigáis con nada.

—¿A dónde vas? —preguntó uno de ellos.

—Tengo que ver a un antiguo enemigo.

—Mitch Hunton. No me esperaba esta visita.

Erland Britten era un hombre de casi dos metros de alto, con un enorme bigote negro que contrastaba con su escasez de pelo en la cabeza. Tenía una mirada pequeña y ratonil que provocaba una instintiva repulsión y unas manos grandes y sudorosas. Estaba en la cárcel por tráfico de personas, era un tipo despreciable donde los haya capaz de las más detestables abominaciones. Pero lo habían cogido por haber engañado al fisco. No lo habían pillado por gran cosa y en dos años más estaría fuera, algo que a

Hunton le repateaba el hígado, pero era lo máximo que habían conseguido contra él. Y menos es nada.

—¿Qué tal te tratan? —preguntó el agente con expresión cínica—. Supongo que ya te has hecho con un buen número de funcionarios.

—Los suficientes para que no me toquen los huevos mientras estoy aquí.

Hunton asintió pensativo.

—Pero imagino que no has venido para interesarte por mi bienestar. Es la primera vez que vienes a verme y yo no estoy entre tus objetivos. ¿O es que tienes un testigo contra mí?

—Contra ti, no. Contra Ignace. —Sabía que estaba violando unas cuantas reglas, pero no era la primera vez.

Erland levantó una ceja sobre uno de aquellos pequeños ojos.

—Pobre Ignace —dijo con desprecio hacia Mitch—, le daré el pésame ahora cuando le vea.

—Pregúntale también por el trato que le han ofrecido —dijo Hunton siguiendo con el cinismo—. Si lo acepta, que lo hará, no se pasará más de diez años entre rejas. Diez años a su edad no es demasiado. Mucho menos de lo que le caería si no acepta.

Erland entrecerró los ojos y apenas se veía un punto de ellos. Mitch se preguntó si podía ver algo.

—¿Qué trato?

—Bueno, ya sabes que no puedo hablar de ello...

El traficante se inclinó sobre la mesa apoyando los brazos y mirándolo ahora con los ojos bien abiertos.

—¿Por qué no nos ahorras tiempo a los dos y dices lo que has venido a decir?

Mitch se dio tiempo para cambiar de opinión. Se la estaba jugando y sabía que tendría que responder a muchas preguntas.

—Le han ofrecido esos diez años si te delata. Si tiene alguna prueba contra ti, aceptará, te lo aseguro.

—Si tu testigo declara —lo amenazó.

—Declarará —aseguró Mitch poniéndose de pie—. No tienes mucho tiempo para pensártelo. El juicio es mañana a las nueve de la mañana. Yo calculo que te caerán... ¡Ufff! No te queda vida para cumplirlos.

El mafioso lo miró apretando los dientes, ya sin disimulo.

—Ahora somos dos los que la queremos muerta —dijo amenazador.

—Te aseguro que la otra opción te será mucho más fácil.

El agente de protección de testigos salió de la cárcel y se subió a su coche. Condujo con tranquilidad y se dio unas cuantas vueltas por Long Island antes de volver a Brooklyn. Entró en el edificio de apartamentos y subió a la segunda planta. Sacó la llave del 234 y cerró tras él.

—¿Estáis preparados? —preguntó antes de cerrar la puerta.

Quince minutos después, los dos tipos que entraron a tiros en el apartamento cayeron acribillados por las balas de los cinco agentes que los esperaban. Entre ellos Mitch Hunton.

—¿Cómo sabías que vendrían? —preguntó Nancy Howe después de comprobar que estaban muertos.

—Son gilipollas —dijo Mitch moviendo la cabeza.

Catherine le entregó cinco cartas. A Mitch le parecieron pocas para alguien como ella.

—¿Tengo tu palabra de que se las darás?

El agente asintió muy serio y se las guardó en el bolsillo interior de la chaqueta. Catherine suspiró y asintió satisfecha.

—Me gustaría tomarme una copa, ¿puedo?

El policía sonrió.

—Claro que puedes. —Se levantó y fue a servírsela él mismo—.

¿Whisky?

—Un vino blanco estaría bien.

Claro, pensó Mitch, cómo no.

Se sentaron en el sofá para hacer tiempo. La noche iba a ser muy larga.

—¿A dónde has ido? —preguntó Catherine con curiosidad.

—A intentar despertar a un monstruo.

La diseñadora sonrió ante la alegoría.

—¿Y lo conseguiste?

—No estoy seguro. Primero trató de morderme, quizá al no conseguirlo...

Durante unos segundos se mantuvieron pensativos y en silencio, cada uno con sus preocupaciones.

—¿Cuándo sabré mi nueva identidad? —preguntó Catherine—. Supongo que no podré dedicarme a nada que tenga que ver con el diseño de moda.

Mitch negó con la cabeza y cuando iba a responder su móvil empezó a vibrarle en el bolsillo.

—¿Sí? —escuchó con atención y se puso de pie para coger el mando de

la tele—. ¿Estás segura? ¿Sin un ápice de duda?

Catherine frunció el ceño consciente de la tensión del agente y miró hacia el televisor cuando apareció la imagen de la cárcel metropolitana.

—...sos ha sufrido una agresión mortal —decía la periodista—, hecho que ha provocado una revuelta interna que ya ha sido sofocada.

Mitch colgó el teléfono y miró la pantalla.

—Se está trabajando para localizar al preso que provocó la agresión —siguió la locutora—, aunque de momento no se tiene ese dato. Lo que sí tenemos es el nombre del fallecido. Se trata de Ignace Gilbourne, acusado del asesinato de Alistair Colchis, un juicio que comenzaba mañana y que previsiblemente, a la luz de los nuevos sucesos, será cancelado.

Catherine miró a Mitch interrogadoramente y el agente asintió.

—Se acabó —dijo sacando las cartas de su bolsillo y devolviéndoselas—. Todo ha terminado, Catherine.

La campanilla de la tienda tintineó con su habitual sonido y Glennys dejó lo que estaba haciendo para acudir a la llamada.

—Adelante, bien... ¡Catherine! —exclamó al ver a su amiga.

La diseñadora corrió a abrazarla y miró a su alrededor maravillada por el excelente trabajo que había hecho.

—Ha quedado precioso —dijo paseándose sin dejar de exclamar aquí y allí con cada nueva cosa que descubría.

Las estanterías eran un trabajo perfecto y delicado. Con un toque clásico y elegante que aumentaba el valor del espacio que ocupaban. Los objetos habían sido colocados tal y como ella lo imaginó y se sintió orgullosa al ver que Glennys había tenido en cuenta todas sus indicaciones.

—¿Te gusta? —la mujer sonrió orgullosa—. ¿Es como tú querías?

—Es mucho mejor —dijo Catherine, emocionada—. Pero ¿a ti te gusta? No quisiera haberte privado de...

—A mí me encanta, Catherine. Pero ¿qué haces aquí? —Dijo cogiéndola de las manos—. Vi las noticias, sé que ese horrible hombre está muerto, pero no quería hacerme ilusiones. Ninguno quisimos.

—¿Cómo está Zach? —preguntó nerviosa.

—Está bien. Ayer le dieron el alta y come casi como una persona normal. Yo me encargo de prepararle las comidas.

—Muchas gracias, Glennys —dijo con sincera ternura—. Eres una

verdadera amiga.

—Brett tampoco lo deja ni un momento, ¿sabes? Ha estado trabajando lo mínimo para que no estuviese mucho tiempo solo. Y ayer se quedó en su casa a dormir. —Glennys le dio unos golpecitos en las manos—. Se van a alegrar mucho de verte.

Catherine asintió.

—Anda, ve, no esperes más —dijo la anticuaria—. Por cierto, bonito vestido.

La diseñadora salió a la calle y corrió para subirse a su coche. Esta vez había venido preparada.

—Voy a apilar un poco de leña —dijo Brett mirando hacia el interior de la vivienda.

Catherine estaba de pie delante de su coche. Se disponía a entrar en la casa cuando oyó su voz y se quedó paralizada. Brett la vio y fue como si la brisa fresca del otoño se levantara del suelo y la cubriera de hojas. Llevaba un precioso vestido blanco adornado con hojas en todos los tonos.

—Vestida de otoño —susurró emocionado.

—He vuelto —dijo caminando hacia él y subiendo los escalones muy despacio y sin dejar de mirarlo—. Todo ha terminado, Brett, y quiero quedarme contigo. Para siempre, si tú quieres.

Brett no podía creer que estuviese allí delante, al alcance de sus manos. Extendió los brazos y la atrajo hacia él. Necesitaba sentirla contra su pecho, aspirar el aroma de sus cabellos, sentir el latido de su corazón en los labios. Catherine lo abrazó también y durante unos minutos ninguno dijo nada, tan solo sintieron.

—La casa se está quedando helada —se escuchó la voz de Zach acercándose a la puerta—. ¿Cuántas veces te he dicho que cie...? ¡Catherine!

Su hija corrió a abrazarlo emocionada.

—Cuidado, cuidado —pidió él—, aún duele.

—¡Oh, papá, lo siento! —dijo intentando apartarse, pero él no se lo permitió.

—Esta es la mejor medicina, te lo aseguro —dijo riendo—. Vamos, Brett, entra en casa que se enfría. Entremos para que Catherine nos cuente todo lo que ha pasado.

Lo besó con ternura y con un gemido, casi una risa, se apartó de él dejándose caer en la cama, agotada.

—Tienes unas manos increíbles —dijo Brett.

—Pues aún no las he utilizado demasiado contigo —dijo con picardía.

Él se incorporó colocándose sobre ella.

—¿Conmigo? ¿Estás tratando de ponerme celoso?

—No, pero me gustaría que hubieses alabado otra parte de mi anatomía, no precisamente mis manos.

Brett sonrió divertido.

—¿Quieres que hable de su pechos? Me nublan la mente incluso cuando están ocultos bajo la ropa porque no puedo evitar recordar lo que te provoca que haga esto... —Se inclinó atrapando el relajado botón que rápidamente se endureció entre sus labios.

—¡Para! ¡Estoy muerta! —dijo empujándolo y provocando un movimiento sensual sobre su cuerpo.

—Yo puedo resucitarte —dijo él acercándose a su boca.

—Ya lo hemos hecho dos veces y es nuestra primera noche de muchas, no hace falta batir ningún récord —dijo ella riendo también al tiempo que esquivaba sus besos.

—¿La primera de muchas? Querrás decir de todas, porque no pienso dejar que te apartes de mí jamás.

Catherine lo miró con tal intensidad que todos los mecanismos de reactivación se pusieron a funcionar a plena potencia.

—¿Tú eres humano? —preguntó al sentir su erección oprimiendo entre sus piernas.

—Cuando estoy contigo, no —respondió antes de besarla.

—La moda nunca fue una opción, sino una imposición —respondió Catherine dando vueltas a su taza de té.

Estaban en la cocina reponiendo fuerzas y hablando de cosas sobre las que jamás había hablado con nadie.

—Fue mi mundo desde que tengo memoria. Yo creía que eso era lo que quería, pero ahora sé que no —siguió—. Nunca me había sentido tan

satisfecha como trabajando en esa tienda...

—¿Quieres trabajar con Glennys? —preguntó Brett, sorprendido.

—No —respondió negando con la cabeza—, lo que me ha hecho sentir así es lo que he hecho allí. Me encanta cómo he sido capaz de transformar ese lugar y convertirlo en algo que es tal y como imaginé.

Brett empezaba a comprender.

—¿Quieres decorar interiores?

—Algo así —dijo ella sonriendo como una niña a la que acaban de regalar colores nuevos—. Quiero crear espacios. Transformarlos. ¿Eso existe?

—Claro que existe —dijo Brett riéndose—. Incluso creo que puedo ayudarte. Me han contratado para restaurar una casa situada en una antigua plantación en Virginia. La ha comprado un grupo inversor que está buscando un negocio que se ajuste a dicha inversión. Una de las posibilidades es crear un hotel y hay varios interesados en ello. Podrías hablar con ellos y ofrecerte para el diseño.

—¿Una plantación? ¡Dios! Ya estoy viéndola. Un hotel al estilo Lo que el viento se llevó. Podría recrear algunas de las estancias y buscar el mobiliario que se ajuste...

Brett se echó a reír a carcajadas mientras la cogía del brazo y tiraba de ella para sentarla sobre sus rodillas.

—¿Te he dicho lo adorable que eres? —preguntó sin dejar de reír.

—No me suena haberlo oído —dijo ella subiendo los pies al barrote de la silla y rodeándole el cuello con los brazos.

—No te preocupes, vas a escucharlo tantas veces, que adorable será tu segundo nombre.

Catherine se quedó pensativa un momento.

—¿Qué piensas? —preguntó él.

—Tendré que arreglar las cosas en Nueva York —explicó sin soltarlo—. Dejaré la empresa en manos de Zendra hasta que consiga un comprador.

—¿Vas a deshacerte de ella?

Catherine asintió.

—En realidad nunca fue mía y no la quiero —dijo sonriendo—. Lo mejor que me dejó mi madre es esto.

—¿Esto?

—Sí, al contarme quién era mi padre despertó en mí el deseo de saber y lo que ocurrió con Gilbourne me dio el empujón que necesitaba.

—Habrías venido de todos modos. Lo sabes, ¿verdad?

—Ahora sí —dijo asintiendo—. Hubo un momento en que creí que incluso en eso me había manipulado, pero no. Creo que me lo contó porque por fin comprendió lo injusta que había sido con los dos y quiso arreglarlo antes de irse. Pero todo lo que ocurrió entre Zach y yo, el vínculo que hemos creado, es única y exclusivamente mérito nuestro. Él podría no haberme querido cerca y yo podría no haberme sentido unida a él.

—Y gracias a eso te conocí —dijo Brett mirándola a los ojos con tanto amor que consiguió estremecerla—. Estoy loco por ti, Calarissa.

—Lo mismo digo, Brett Wenham. Pero ¿no crees que deberíamos dormir un poco?

Se levantó con ella en los brazos y subió las escaleras hasta el dormitorio. La depositó con suavidad en el suelo y la desprendió de la bata y el camisón que llevaba.

—Nunca necesitaré dormir más que esto —dijo acariciándole el cuello y bajando hasta sus senos.

—Creo que es el momento perfecto para que me beses —susurró ella.